
Arrogante
MILLONARIOS Y MALVADOS
ASER HEART

Arrogante

MILLONARIOS Y MALVADOS

ESCRITO POR

ASER HEART

Título del libro: Arrogante – Millonarios y Malvados
© Aser Heart, 2024
Primera edición publicada por MelBooks en junio de 2024
ASIN: B0DTJ1ZFGR

«Esta novela es una obra de ficción. Cualquier alusión a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor y cualquier parecido con episodios, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.»

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Reservados todos los derechos.

"Para todos los que aprendieron
a amar con cicatrices y se atrevieron a darle
una oportunidad a la persona indicada."

Advertencia para los lectores:

Este libro contiene contenido explícito y trata temas que pueden no ser adecuados para todos los lectores. Entre los temas abordados se incluyen relaciones románticas y sexuales entre personas del mismo sexo, así como elementos del género romance oscuro. Esto puede incluir situaciones de manipulación emocional, violencia, y otros aspectos perturbadores.

Recomendamos discreción y sugerimos que los lectores más sensibles o aquellos que puedan sentirse incómodos con estas temáticas consideren sus propios límites antes de proceder.

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo epílogo

Otros libros escritos por el autor

CONTACTA CONMIGO

Prólogo

Izan Herrera

Unos años antes…

Miki nos convenció de que, para hacer más amenos los últimos años de secundaria, teníamos que utilizar a su hermano menor como nuestro juguete particular. Lucas era bajito, gordo y un llorica en todo su esplendor. Un día, se acercó a mí para pedirme que hablara con Miki y que pusiéramos fin a aquella dinámica. Le mentí. Le dije que le ayudaría y, con una bonita sonrisa en el rostro, me pidió que fuéramos grandes amigos.

No sé por qué seguí con el papel que me asignó Miki; lo agarré por la corbata del uniforme y lo arrastré hasta el patio, decidido a compartir aquella valiosa información con el grupo.

A nadie le gustó la idea. Se negaban a dejar de usarlo como nuestra diversión particular. Así que, antes de que le pusieran la mano encima, me puse a su altura e intenté calmar sus lágrimas.

—Cuando quieras que dejemos de jugar contigo, solo tendrás que decir la palabra secreta —miré a Miki, y este se cruzó de brazos sin entender lo que estaba haciendo—. Solo tienes que gritar "*dulce*" y nos detendremos.

Lucas se limpió las manos llenas de barro, tragó saliva y clavó sus ojos marrones en los míos. Unos segundos después, el más pequeño del grupo se destrozó las cuerdas vocales.

—*Dul… Dulce*.

Pero Miki no lo aceptó, y al final… seguimos jugando con él. No pensé que fuera tan grave. Solo era una forma de pasar el rato. Así pasaron cuatro años. Cuatro años en los que Lucas apenas abrió la boca. Solo decía una palabra, como si se hubiera aferrado a ella para no romperse del todo. Incluso delante de los profesores, cuando todo se le venía encima, solo murmuraba eso, como si fuera una especie de conjuro.

~~*Dulce*~~.

~~*Dulce*~~.

~~*Dulce*~~.
~~*Dulce*~~.
~~*Dulce*~~.
~~*Dulce*~~.
~~*Dulce*~~.
~~*Dulce*~~.
~~*Dulce*~~.
~~*Dulce*~~.
~~*Duuuulceeeeeeee*~~.

Capítulo uno

Lucas Bosch

Nunca esperé la visita de Óscar en la oficina, y mucho menos que su propósito fuera arrastrarme hasta el Club Ébano. Lo que había entre nosotros murió hacía medio año. Según él, seguíamos siendo amigos y lo mejor para mí era salir un poco del lugar donde pasaba las horas trabajando. Arthur Moore se tomó la molestia de llamarme para convencerme de que conociera el sitio donde había trasladado su club de BDSM, y lo descarté porque era una temática que no me despertaba interés.

Compró un viejo castillo cerca de Barcelona y lo remodeló hasta convertir su interior en el lugar favorito de millonarios que practicaban la sumisión y el control como si fuera arte contemporáneo. Para dar la bienvenida al club, el dueño organizó una subasta de sumisos y amos para complacer las fantasías más oscuras y retorcidas de los invitados que estaban dispuestos a pujar.

Me encontraba rodeado de figuras influyentes y altos cargos de la política. Todos se saludaban con naturalidad mientras lucían con orgullo sus trajes grises y sus paletas con el número que les correspondía. La invitación que me mostró Óscar pedía explícitamente que los asistentes vistieran tonalidades grisáceas para diferenciarnos de los oferentes. En cambio, las personas que se exhibirían esa noche se destacarían por dos colores: el blanco para los obedientes y el traje negro para los amos.

Todos los presentados habían aceptado las reglas del juego. Estaban allí por voluntad propia, movidos por la necesidad de ser deseados, comprados o quizás reclamados. Para mí, seguía siendo prostitución, pero aun así firmé el contrato de confidencialidad. Dejé mi teléfono móvil, entregué el abrigo y acepté la copa de vino que me ofrecieron mientras paseaba por el gran salón.

Al terminar mi copa, decidí que lo mejor para mí era abandonar la propiedad de Moore y regresar antes de que comenzara la subasta.

Busqué a Óscar para despedirme y me sorprendió verlo acompañado del Duque Álvaro. Ambos reían, mientras el actor apoyaba su mano en el hombro del noble. Cuando Óscar decidió dejarme, me dijo que estaba obsesionado con mi trabajo. Claro que, al acercarse a Álvaro, lo que hacía era arriesgarse a mantener una relación secreta, porque Álvaro no podía permitirse perder el título que había heredado de su padre.

Dio la sensación de que estaba celoso… y no era así; él ya no formaba parte de mi vida y podía hacer con la suya lo que quisiera.

—¿Señor Bosch?

¿Qué probabilidades había de que me encontrara con algún cliente? Y la señora Medina no era una clienta cualquiera: era la dueña de la cadena hotelera más importante del país, y había decidido confiar la seguridad de sus hoteles a Bosch Cyber Defense Solutions.

—Buenas noches, señora Medina —la saludé, tratando de sonar amable y cercano con ella, aunque estuviéramos en ese templo de las humillaciones consentidas—. ¿Cómo se encuentra?

Soltó una ligera carcajada.

—Estoy muy bien. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien —respondió. Soltó su collar de perlas y acarició mi mano mientras estiraba los labios—. Me alegro de ver otra cara conocida. El simple hecho de encontrarme con usted aquí me da más confianza. Creo que también le confiaré la seguridad de los clubes de campo.

Me sorprendió hacer negocios con ella porque era una mujer desconfiada y tardó semanas en firmar un acuerdo.

—¿Lo dice en serio?

Siguió frotando sus dedos sobre la palma de mi mano y se relamió los labios pintados de rojo burdeos.

—Me gustan los hombres como usted, señor Bosch. No teme a nada, es arriesgado e incluso ha decidido participar en la subasta —dijo, mientras curioseaba la paleta que me dieron y que escondí en el bolsillo trasero de mis pantalones. — Al parecer, los dos compartimos gustos similares —la señora Medina estaba muy equivocada, pero le seguí el juego asintiendo con la cabeza—. Iré a

saludar a un par de amigos. Hablaremos de trabajo la semana que viene. Contactaré con su secretaria. Disfrute de la noche.

El hecho de conseguir otro contrato millonario me hizo olvidar por un momento que una mujer como ella, que rondaría la edad de mi madre o incluso más, estaba coqueteando conmigo y se despidió besando mi mano.

—Te sorprendería mucho saber que la señora Medina es una sumisa que busca un amo para que la complazca los trescientos sesenta y cinco días del año.

Giré sobre mis zapatos y miré a Moore.

—¿Qué pasa con el contrato de confidencialidad que nos hiciste firmar? ¿Estás rompiendo tus propias reglas?

Arthur me tendió un pañuelo para que me limpiara la marca de pintalabios que la señora Medina había dejado en mi piel. Mi seriedad terminó cuando el inglés rio por lo bajo para no llamar la atención de nadie.

—Me alegro de ver a un amigo. Hace un año que no te veo —estrechó mi mano y terminó dándome un abrazo—. He tenido suerte de conseguir todos los documentos legales y abrir las puertas del Club para una noche tan especial como la de hoy. ¿Te animarás a participar?

Dejé mi copa de vino en la bandeja de un camarero que pasó a nuestro lado. Si pensaba quedarme hasta la subasta, más me valía empezar a beber algo más fuerte.

—A Bosco le habría gustado.

—Por cierto —miró a su alrededor—, ¿dónde está?

Eso mismo quería saber yo. Últimamente, el señor Lluch estaba muy ocupado y no atendía a nadie que no fuera su juguete sexual.

—Lleva un tiempo visitando a un artista marcial. Ya sabes cómo es Bosco. Si alguien le dice que no, insiste hasta que este caiga rendido ante él.

Arthur dejó de ser el serio anfitrión que había estado presumiendo toda la noche y soltó una carcajada al imaginar lo insistente que estaba siendo nuestro amigo con un hombre heterosexual.

—Veo que has venido con la estrella de cine.

Miré por encima del hombre y busqué a Óscar. El ganador de un Goya seguía coqueteando con el duque. Me encogí de hombros y mantuve la sonrisa forzada que quería que vieran todos.

—Ha insistido en que venga. Y le he hecho caso.

—Pensé que lo habíais dejado. Me lo dijo él, así que le presenté a Álvaro porque no dejó de suplicar. ¿Me mintió y seguís en una relación?

—No. Ya no hay nada.

—¿Y por qué sigues viéndolo?

Ese era mi problema.

Que, si me llamaba, iba corriendo.

Que, si me visitaba, accedía a todo.

Y, aun así, seguía con la esperanza de volver.

—Porque soy imbécil.

Arthur cogió la paleta que estaba escondiendo y en la que marcaba el número seis, y me obligó a sujetarla con fuerza.

—Deja de ser Lucas Bosch una noche. Levanta tu paleta y déjate llevar. No te estoy pidiendo que te comprometas una semana, un mes o un año. Simplemente diviértete una hora. Elige una habitación de juegos y deja que te guíen en este fantástico mundo de dolor y placer.

—Ni siquiera sé cómo funciona el BDSM.

—¿No has visto *The Secretary*? ¿*Belle de Jour*? ¿*9½ Weeks*? —al darse cuenta de que mi fuerte no era el cine, insistió una vez más—. ¿*Fifty Shades of Grey*?

—¿Pretendes que escoja a una mujer?

Se llevó una mano a la cabeza y, sin perder la calma, me cogió de la solapa de la chaqueta para arrastrarme lejos de los otros invitados. Me miró fijamente a los ojos, con una sonrisa ladeada que podía ser a la vez un reto y una invitación.

—También puedes someter a un hombre. Más bien, todos ellos son bisexuales. Esta noche hay uno con corbata blanca.

—¿Blanca?

—¿No te has leído el código?

—No.

Poco a poco estaba perdiendo la paciencia conmigo.

—Traje blanco con corbata blanca significa que es virgen en este mundillo. Es como tú, pero en sumiso —buscó a alguien en concreto para convencerme del todo de que tenía que pujar en la subasta—. Lorenzo Ruyman está aquí. Hará lo que sea por él. Si no te das prisa, te lo quitarán.

—Estás loco.

—Y tú necesitas divertirte.

Terminó la conversación y volvió a saludar a los demás invitados, mientras yo me quedé pensativo, fijando la mirada en el hombre al que mi padre tanto detestó cuando fueron rivales en su juventud.

Recogí otra copa de vino y me acomodé en uno de los sillones dorados. No pensaba participar en la subasta. Lo que me interesaba eran las decisiones que se tomarían esa noche en el club Ébano.

Capítulo dos

Izan Herrera

Apoyé la cabeza en la tapa del retrete mientras vaciaba el estómago. Estaba tan nervioso que acabé vomitando lo poco que había cenado en la sala blanca. Me arrepentí demasiado tarde. No podía salir corriendo. No, y mucho menos cuando necesitaba algo de dinero. Había perdido el trabajo, la casera me había echado del piso que compartía con Nael, y tenía que seguir mintiendo a mi madre para que no se preocupara por mí. Estaba tan jodido que acepté subastar mi cuerpo sin saber muy bien quién me elegiría esa noche.

Solo un loco se presentaría en el club Ébano, y ese insensato era yo. Sabía que uno de mis antiguos compañeros de trabajo asistía a esas reuniones que organizaba el dueño del castillo, pero pasé por alto que la mayoría de los que pujaban eran bisexuales y entusiastas del BDSM. Por eso, quienes vestíamos de blanco nos exponíamos como sumisos. Y quienes iban de negro, eran los amos.

Intenté incorporarme del suelo del baño y tropecé con el largo de los pantalones, así que acabé cayendo de culo. Me apoyé en la pared más cercana y cerré los ojos para hablar con ese Dios al que solo acudía cuando ya no me quedaban opciones. Me aferré a la corbata y supliqué que esa noche una mujer atractiva ofreciera más de dos mil euros por estar conmigo.

Aunque la suerte nunca jugaba a mi favor.

—¿Izan? —Erik irrumpió en el baño y empujó todas las puertas de las cabinas hasta dar conmigo. Se arrodilló frente a mí y, con un pañuelo de seda que sacó del bolsillo, me limpió el sudor de la frente—. ¿Estás mejor? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

—¿Te has fijado en el tipo de participantes que hay?

Asintió con la cabeza.

—He reconocido a un par de empresarios, un duque y una mujer que es dueña de una cadena hotelera.

—¿Crees que ella podría elegirme?

—La señora Medina solo elige amos rubios. Tiene una fijación con ese tipo de hombres —soltó, y dejó caer su mano sobre mi rodilla—. Lo siento mucho, Izan. Si no quieres continuar y subir a la tarima, aún estás a tiempo. Solo tienes que respetar el contrato de confidencialidad y no contarle a nadie lo que has visto esta noche.

Jamás cuestioné a Erik; él mismo me había dicho que acudía a ese tipo de reuniones porque le excitaba la idea de ser castigado por un hombre dominante. Y como muchos millonarios compartían esa fantasía, el juego se volvía más interesante cuando todos competían por él.

Por eso, a diferencia de mi traje blanco, Erik llevaba una corbata roja; eso indicaba que era un sumiso sin límites.

—¿Cuánto crees que podría sacar esta noche?

Erik se sentó frente a mí y tuvo que acomodar sus piernas entre las mías porque el espacio era muy reducido. Ajustó el complemento que me incomodaba y echó la cabeza hacia atrás, recordando a otros novatos como yo en su primera noche.

—Eres atractivo, delgado y de estatura baja…

—¡Eh! —lo interrumpí antes de que se pasara con mi altura. El hecho de que al terminar el instituto me quedara estancado en un metro sesenta y nueve… me seguía jodiendo muchísimo—. Estoy rozando la media. Tengo una altura perfecta.

Nervioso, comenzó a entrelazar los dedos y a golpear el suelo con las manos.

—He visto chicos como tú. Hay hombres que han llegado a ofrecer diez mil euros si el sumiso accedía a pasar una semana con ellos.

—¿Hombres? ¿Una semana? —Con esa cantidad podría sobrevivir medio año si no malgastaba—. ¿Y si no me gusta?

—Si aceptas tu papel de sumiso, es para complacer a tu amo —sí, eso lo había entendido. Erik relajó los brazos y dio un leve toque a mis piernas con sus zapatos para que lo mirara—. ¿Qué harás si te elige un hombre? No eres gay, ni siquiera bisexual. No permiten alcohol ni drogas. ¿Estás dispuesto a llegar hasta el final, Izan?

Si uno de esos millonarios gastaba su dinero solo por tocarme, tendría que mirar a otro lado y dejar que hiciera conmigo lo que

quisiera. Que me penetrara un hombre no me convertía en homosexual. Solo en un bastardo desesperado.

—¿Qué se siente?

—¿Qué? —preguntó, desconcertado.

—Tener sexo con otro hombre.

Sus ojos azules brillaron con una mezcla de entusiasmo y ternura. Erik era joven, cinco años menor que yo, y siempre había sabido que era gay. Lo tenía claro desde niño. Sus padres le inculcaron valores, y eso se notaba a la legua. Era un buen chico. Siempre estuvo a mi lado, incluso sin que se lo pidiera. Me tendió la mano sin condiciones y confió en mí sin miedo a ser juzgado por un idiota como yo.

—Imagino que se siente igual que con una mujer —confesó, sin pensarlo demasiado y con total sinceridad—. Es un cuerpo sobre otro. Sientes su piel cálida, el calor que emana de él, y la excitación que se percibe en su entrepierna. Lo único que importa es entregarte y sentir el placer al mismo tiempo que tu amante.

No estaba preparado para entregarme a un hombre. A pesar de la mirada curiosa de Erik, me limité a morderme las uñas porque no podía dejar de temblar. Tenía que armarme de valor para salir de ese baño, ajustar la corbata y ofrecerme ante todos esos amos con las carteras llenas.

«*Soy Julia Roberts en Pretty Woman, con la diferencia de que tengo una polla*.»

—¿Quieres que te bese?

—¿Perdón? —me sorprendió la naturalidad con la que soltó la pregunta.

Erik se sonrojó y permaneció cerca. Tiró del extremo más largo de mi corbata y, si no lo hubiera detenido, su boca habría acabado sobre la mía.

—Si te beso, dejarás de estar nervioso.

—Si me besas, me voy a defender, y no quiero hacerte daño, Erik. Sé que solo quieres ayudarme. Y no estoy preparado. Prefiero que me toque uno de esos cabrones antes que herir a alguien que aprecio.

Se abalanzó para abrazarme, y me quedé quieto mientras me deseaba lo mejor. No mentí cuando le dije que podía hacerle daño.

Siempre resolví mis conflictos a golpes. Por eso vivía metido en líos.

—¿Quieres que te arregle la corbata?

—Por favor.

Erik tomó los extremos y comenzó a anudarla sin decir nada. Sus dedos se movían con precisión, casi con cariño. Evitó mi mirada para centrarse en la tarea, no obstante, noté la tensión en su respiración. Cuando terminó, deslizó el nudo con suavidad hasta ajustarlo al cuello y lo dejó en su sitio sin lastimarme.

Aparté un poco su cabello a modo de agradecimiento y nos pusimos de pie. El aire del baño seguía oliendo a jabón caro, que se impregnaba en nuestras ropas. Me refresqué la cara para quitarme la palidez y abandonamos ese rincón del castillo para volver con los demás.

Para tratarse de una fortaleza del siglo XVIII, el interior parecía una obra de arte digna de contemplar durante horas. Los pasillos eran impecablemente blancos y estaban decorados con detalles dorados que le daban un aire de elegancia atemporal. Las puertas de las habitaciones —conocidas como los cuartos de castigos— tenían el mismo tono escarlata que las lámparas que colgaban de los techos altos.

Seguimos la alfombra de terciopelo rojo hasta la sala blanca. Atravesé las pesadas cortinas que velaban la entrada como si protegieran algo prohibido. Al otro lado, el ambiente era todavía más atrevido: las paredes exhibían arte erótico cuidadosamente enmarcado, los suelos de mármol negro reflejaban la luz tenue del techo, y una docena de sillas de madera, con diseños sinuosos y provocadores, parecían creados por un artesano que conocía muy bien el lenguaje del deseo.

El silencio me paralizó por un instante, pero lo que realmente me sorprendió fue ver a los demás, también dispuestos a ofrecerse en aquella sala. La mayoría lucía con orgullo corbatas rojas y azules, señales claras de su experiencia y rol. Todos parecían tener claro lo que hacían. El único que estaba allí por dinero era yo, y también fui el único que ni siquiera eligió la corbata azul, porque ignoraba el significado de ese código. Esa ignorancia me pesaba como una vergüenza tangible.

Mis compañeros notaron el color de mi corbata y me sentí desnudo bajo sus miradas curiosas. Les di la espalda para no dejarme llevar por la rabia hacia aquellos extraños y me relajé un poco al ver a una mujer de mi edad, la única con una corbata negra sobre su traje blanco.

Era hermosa, con labios carnosos y unos ojos verdes que resaltaban por sus largas pestañas. Me acerqué para corresponderle la sonrisa y, por un instante, sentí que a su lado podría respirar tranquilo. Al menos durante quince minutos.

—Lamento la pregunta —la curiosidad me estaba matando—. ¿Por qué elegiste el color negro?

Tenía todo el derecho a no responderme, aun así, se cruzó de brazos y bajó la cabeza con timidez, evitando mi mirada.

—Me enamoré de alguien que no supo diferenciar el dolor placentero del obsesivo. Al pensar que era parte del juego y ser una inexperta, acepté que los golpes eran para educarme, no para castigarme. Tardé un tiempo en comprender que me estaba destrozando y que mi sumisión no era placentera —apretó los labios y se tomó su tiempo antes de decirme por qué estaba realmente allí —. Quiero redimirme, y necesito encontrar a alguien que me someta sin terminar con cicatrices.

Me quedé en silencio.

Estaba loca.

Había perdido la cabeza.

¿Quién, en su sano juicio, volvería a buscar un amo después de haber sido agredida por otro?

Para mi sorpresa, no era la única que anhelaba ese deseo después de haber pasado por algo similar. Porque, si el color negro existía en el club Ébano, sería porque otros ya habían estado en su lugar.

¿Y cómo iba a encontrar a la persona adecuada?

¿Su miedo no la perseguiría en la siguiente sesión?

Me disculpé con ella y me dejé caer en el sillón más cercano. Media hora más tarde, Arthur Moore, el propietario del club, hizo su aparición.

—Buenas noches, damas y caballeros —saludó con acento británico—. Es la hora de posar.

De pronto, el nudo de la corbata me asfixió. O quizá fue el anuncio de Arthur.

Nos observó a todos y, cuando se detuvo en mí, me sonrió.

«*Puto pervertido*.»

Le respondí con una mueca tensa y me incorporé para reunirme con los demás. Formamos una fila y me quedé al final, incapaz de mostrar la cara. Erik ocupó el tercer puesto y seguimos a Moore hasta el gran comedor.

Los focos se encendieron, bañando con una luz roja pálida el escenario de la subasta. Uno a uno, comenzaron a desfilar. Las corbatas rojas fueron aclamadas con entusiasmo; las azules, en cambio, recibieron las pujas más bajas, ya que había pocos sumisos entre la élite.

«*Entre la maldita corbata y los huevos que se me han subido… es imposible que pueda respirar*.»

Tragué saliva con dificultad. Un hombre de unos cincuenta años me avisó de que era mi turno. Seguía con la esperanza de que ninguna oferta viniera de un hombre. En realidad, deseaba que una señora se fijara en mí y quisiera hacerme cualquier barbaridad antes que tener que chupar una polla.

Hacía mucho que había perdido mi racha de suerte.

Las desgracias llamaban a mi puerta cada dos por tres.

Estaba en la ruina.

Me había enganchado a las apuestas del casino.

Y, además, era un jodido mentiroso.

Lo resolvía todo con mentiras que a mí me parecían piadosas, pero que eran una tortura para los demás.

Sentí cómo el sudor empapaba mi espalda y aflojé la corbata ante todas esas personas que me observaban con deseo y hambre. Básicamente, tenía grabado en la piel que podían hacer conmigo lo que quisieran, sin que yo tuviera derecho a quejarme.

El silencio se rompió con una voz grave:

—Veinte mil.

Era un hombre.

De mediana edad.
Cabello casi plateado.
Traje caro y dispuesto a gastarse una fortuna en mí.
«*Estoy jodido. Muy, muy jodido*.»

Capítulo tres

Lucas Bosch

Solo levanté la cabeza cuando las pujas empezaron a dispararse por otro hombre que lucía una corbata roja. Era más joven que los primeros que se presentaron en la tarima. Sus ojos claros solo se fijaron en una persona: Lorenzo Ruyman. Aunque el magnate no alzó la paleta, su intención aquella noche era llevarse al novato del grupo.

Arthur insistió en que participara. Me negué a ser otro imbécil con dinero ansioso de practicar sadomasoquismo con alguien desconocido.

Luché contra la ansiedad que me provocaba no estar al tanto de mi teléfono móvil y vi por el rabillo del ojo cómo Lorenzo observaba el corto trayecto que hizo el sumiso de cabello rubio hasta el abogado que supervisaría y validaría legalmente los contratos entre amo y sumiso. Noté cómo se tensó, y no pude evitar pensar que entre ellos había pasado algo.

Dejé de imaginar tonterías cuando el asiento continuo al mío fue ocupado. La mano de Óscar se posó sobre mi rodilla e intentó captar toda mi atención. Antes de dirigirle la palabra, cogí una copa de whisky y la saboreé bajo su curiosa mirada.

—¿Por qué estás tan tenso?

Óscar hundió sus dedos en mi pierna para que dejara de pensar en mis cosas. Di un último trago a mi bebida y le lancé la pregunta que rondaba mi cabeza desde que llegué a ese lugar.

—Sé sincero conmigo y no me sueltes ese discurso de que paso las horas encerrado en mi despacho. ¿Por qué me has traído? Ni siquiera hemos hablado en meses —estuve a punto de recordarle que éramos buenos amigos, pero estaba equivocado—. ¿Esto te parece divertido?

El actor luchó para no soltar una carcajada. Arregló los mechones oscuros que peinaba hacia atrás y cruzó una pierna sobre la otra

mientras se acomodaba en su asiento. Siguió mirando a los candidatos y jugueteó con la paleta que me entregaron.

Él sabía que no participaría.

Era consciente de que no dejaría de observarlo.

Sabía que me esforzaría por no ponerme celoso ante su actitud cariñosa con el duque.

—Dejaste de ser divertido. Te centraste en la empresa que heredaste de tu padre y solo me follabas una vez al mes —giró la cabeza para mantener mi mirada—. ¿Por qué iba a quedarme a tu lado? Estaba cansado de que solo me hicieras regalos bonitos y caros para que no escapara de ti.

Apreté los puños e intenté no entrar en su juego. Esos obsequios brillantes y con demasiados ceros eran compras que él mismo se hacía, aprovechando que tenía acceso a una de mis tarjetas de crédito. Nunca se los reproché porque lo veía feliz y estaba cansado de que en su mundillo se burlaran de él si aceptaba colaboraciones con marcas de lujo que luego exhibían en sus redes sociales.

—¿Me has pedido que te acompañe para humillarme?

Se mordisqueó el labio y se acercó para tranquilizarme. Bajo la atenta mirada de su amante rozó la punta de su nariz con la mía. Noté su mano deslizarse por el interior de mis piernas hasta detenerse en mi entrepierna.

—Solo quiero que te diviertas.

Alcé una ceja sin comprender lo que estaba haciendo.

Y lo entendí todo cuando intentó ponerme duro.

Lo aparté de mi lado y miré a Álvaro.

—Deberías hacerle compañía —solté, y cogí otra copa del whisky más caro que nos sirvieron a medianoche—. No te servirá de nada ponerle celoso conmigo. Aquí os podéis divertir. Afuera, solo fingirá que sois buenos amigos.

Su risa, para demostrar que estaba molesto, no tardó en acariciar mi oreja.

—Al menos duerme a mi lado.

—Te felicito, Óscar. Si eso es todo lo que quieres, me alegro por ti.

Presionó sus dedos en mis mejillas y me obligó a mirarlo. Su rostro perfecto había tomado un rojo intenso, encendido por la furia. La línea de su mandíbula, cincelada como si la hubieran tallado a mano, se tensó con cada palabra que reprimía. Tenía los labios apretados y una vena le latía en la sien. Incluso en su enfado, seguía siendo insultantemente atractivo, como si la rabia solo lo hiciera más deseable.

¿Y a quién quería engañar? Si no hubiéramos estado discutiendo, me habría lanzado sobre sus labios carnosos y los habría devorado hasta que su querido aristócrata perdiera la compostura por completo.

—No solo me deseas, Lucas, aún me amas.

Intenté alejarme de su rostro, aunque fue imposible. Se aferró con fuerza a mí y no me dejó apartarme.

—¿Sigues con tu juego?

—Dilo. Dime que piensas en mí.

Estiré los labios.

Había perdido la cabeza.

Y estaba a punto de que yo también me volviera loco.

—¿Quieres que te mienta?

—Sabes que te mueres de ganas de besarme. De follarme aquí mismo si hiciera falta. Te estoy haciendo un favor, Lucas. No te he abandonado.

Estaba siendo misericordioso conmigo.

Me liberé de su retención y acaricié los labios que tanto había saboreado cuando él estaba a mi lado. Óscar entrecerró los ojos y, justo cuando estuve a punto de besarlos por última vez, la voz de Arthur me sorprendió.

—Damas y caballeros —anunció con voz firme y pausada—, ha llegado el momento más esperado de la noche. No presentaré más candidatos, porque ante ustedes está el último sumiso de esta velada. Como podrán apreciar, lleva una corbata blanca. Ese color, en nuestro código, simboliza la pureza de quien aún no ha probado el verdadero sabor de la entrega ni ha sentido el peso exquisito del control. Este joven se ofrece como lienzo en blanco, ansioso por ser moldeado y por rendirse ante unas manos que sepan ejercer

autoridad. Quien puje por él no solo adquirirá su obediencia, sino el privilegio de iniciarlo en el arte más delicado: enseñarle a ceder el alma a cambio de placer. La puja comienza en quince mil euros. El ganador se convertirá en su único amo durante los próximos seis meses.

Y entonces mi mundo se detuvo al verlo.

La misma persona que me había hecho la vida imposible junto a mi hermano apareció junto a Moore. El traje blanco era su castigo o el sucio secreto que intentaba ocultarle a su entorno. Mantenía la cabeza baja, sin atreverse a mirar al público que se frotaba las manos de forma ansiosa ante semejante pieza de colección en el mundo BDSM.

Su cabello castaño seguía tan indomable como siempre. Los mechones, ahora más largos, caían en ondas suaves y desordenadas hasta rozarle la nuca. El blanco inmaculado del atuendo acentuaba la palidez de su piel, haciéndolo parecer casi traslúcido bajo las luces del salón. A diferencia de los otros candidatos, él no encajaba en aquella tarima que se había hecho inmensa en su presencia. Seguía siendo bajo, delgado, casi frágil y con unos brazos sin rastro de músculo.

No me hizo falta ver sus ojos para saber que seguían siendo verdes. Me acordaba demasiado bien de ellos, como también de su nariz afilada y de esa boca de labios carnosos que siempre esbozó una sonrisa cruel.

Enderecé mi postura y seguí todos sus pasos.

El primero en pujar fue el dueño de unos restaurantes de comida rápida y, después de él, Lorenzo Ruyman ofreció el doble.

—Cincuenta mil.

—Setenta mil.

Disfruté del terror que se reflejó en su rostro.

A diferencia de él, Izan Herrera me acompañó en mis peores pesadillas. Por su culpa, me costaba socializar con los demás, y en la universidad temía que cualquiera fuera como Miguel y él.

—Cien mil.

Era mi oportunidad para vengarme.

Estaba indefenso y con la guardia baja.

—Ciento quince mil.

Lo odié durante años.

Solo quería ser su amigo.

¿Por qué me humilló durante tanto tiempo?

—Doscientos mil.

Miré a Lorenzo y me di cuenta de que estaba a punto de ganar la última subasta. Le arrebaté a Óscar mi paleta y giré el mango de madera antes de alzarla.

—Doscientos mil a la una. Doscientos mil a las dos. Doscientos...

No podía permitirlo.

Izan sería mío y de nadie más.

—Medio millón —elevé la voz y hasta me levanté del sillón de la emoción.

Todos se giraron para mirarme, hasta noté la emoción de Arthur, que me observaba desde el otro extremo de la sala. Óscar tiró de mi camisa y acabé sentándome de nuevo. Me miró sin comprender qué estaba pasando conmigo.

Ni yo mismo me reconocía.

Ruyman ni siquiera me dirigió la mirada, pero me superó por cien mil más.

Así que tuve que subir la cantidad.

—Setecientos mil.

—Setecientos cincuenta mil.

Izan Herrera costaría todo el dinero que estaba dispuesto a gastar en aquella absurda subasta.

—Ochocientos mil.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Óscar, con un nudo en la garganta. Intentó arrebatarme la paleta, y no lo dejé—. Mírame, Lucas.

—No puedo.

—Lucas.

—No puedo —repetí una y otra vez.

—Ochocientos cincuenta mil.

Nadie me detendría.

La necesidad de ganar por primera vez en toda mi vida me quemaba por dentro, impulsándome a arriesgarlo todo sin importar

las consecuencias.

—Un millón de euros.

Ese dinero, para alguien como yo, no era nada. Y tener a Izan arrodillado ante mí, sometido y vulnerable, era un placer que estaba dispuesto a pagar hasta con mi propia alma. Era la prueba de que había ganado el poder que me arrebataron cuando era un crío.

Al escuchar esa escandalosa cantidad, Izan alzó la cabeza, y sus ojos verde oliva se iluminaron al reconocer a la persona que pujaba por él, sintiéndose protegido y aliviado.

Lorenzo Ruyman se rindió. No por falta de dinero, sino porque percibió mi desesperación por hacerme con la última propuesta de la noche. Sentí la mirada irritada de Óscar y la emoción contenida de los demás asistentes, testigos de la locura que desataba el mismísimo Lucas Bosch.

Eres mío.

Mío.

Solo mío.

No vas a escapar de mí.

Y jugaremos al absurdo juego del club Ébano.

Capítulo cuatro

Izan Herrera

Dejé de temblar cuando me encontré con el hermano pequeño de Miki Bosch. Por un momento pensé que tendría que arrodillarme ante el hombre canoso que no dejó de pujar por mí, pero cuando lo vi a él, incorporándose y alzando su paleta hasta ofrecer un millón de euros para salvarme el trasero, por fin pude respirar en paz. Solté todo el aire que había contenido durante los cinco minutos más tensos de mi vida y le dediqué una sonrisa a mi salvador.

Lucas ni se inmutó y se cruzó de brazos al ganar aquella codiciosa subasta. La persona que estaba sentada a su lado se marchó con el rostro serio, golpeando todo lo que encontraba a su paso.

Uno de los abogados de Arthur Moore me pidió que lo siguiera cuando terminó el espectáculo. Abandoné la lujosa sala donde estaban reunidas las figuras importantes y nos adentramos en otro pasillo, donde aguardaban los otros chalados que ofrecieron su cuerpo a cambio de placer. Me acomodé junto a Erik y le di un leve empujón con el hombro al sentirme libre. No pensaba abrirle el trasero a nadie. Podría volver a un hotel después de llegar a un acuerdo económico con Lucas.

«*Eres mi puto héroe, pequeño Luc*.»

—¿Por qué estás sonriendo?

Él, en cambio, no supo ocultar su descontento con la subasta. Los ojos se le llenaron de lágrimas que se empeñó en contener. Se cruzó de brazos, buscando refugio en sí mismo, y al encogerse dio la impresión de volverse aún más pequeño de lo que era.

—Es una gran pregunta. ¡Una fabulosa pregunta! —me dieron ganas de saltar, de gritar con todas mis fuerzas y reírme de todos esos que acabarían en la cama de un vejestorio. Pero siempre se me olvidaba que mis compañeros estaban allí por placer y no por necesidad de vender su cuerpo por algo de dinero—. El tío que ha

pujado un millón por mí es un colega del instituto. El hermano de un viejo amigo. Si no hubiera sido por él, habría acabado con el hombre de pelo plateado.

—El señor Ruyman.

Me encogí de hombros.

No me interesaba lo más mínimo la vida de ese tipo.

Erik parecía desvivirse por su atención.

—Estoy seguro de que ha tramado un plan para que el dueño del club crea que seré su marioneta durante medio año. Luc no era muy hablador, aunque era listo. Tan brillante que sacaba mejores notas que el idiota de Miki —me llevé las manos al estómago y seguí riéndome—. Cuando me subí ahí arriba, entendí por qué tengo que trabajar y no buscar dinero fácil en juegos de azar. No es solo por perderlo. Es porque podría evitarme problemas como estos. Tú me entiendes, ¿verdad?

Él no respondió, pero aun así me lancé sobre él y lo abracé con todas mis fuerzas. Giré con su cuerpo entre mis brazos y me detuve cuando otro trabajador de Arthur Moore nos informó de que podíamos vestirnos con nuestra ropa y que en unos quince minutos los asesores legales se reunirían con nosotros.

Me despedí de Erik y tarareé una canción mientras me libraba de aquel traje blanco hecho a mi medida para que luciera impecable. Me puse mi ropa deportiva y até los cordones de las zapatillas. Saqué un caramelo que me habían regalado y lo encajé en mis labios mientras esperaba a que alguien golpeara la puerta del vestuario individual donde me había encerrado.

Minutos después, el asesor que mencionaron me avisó de que ya estaba listo el contrato que firmaría junto a Luc. Me cubrí la cabeza con la capucha de la sudadera y seguí los pasos del hombre, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

Entramos en uno de los despachos del castillo de Moore y me senté en el borde de la silla mientras esperábamos a Lucas Bosch. El asesor no estaba solo: junto a él, un abogado del club aguardaba con los documentos preparados sobre la mesa, listo para formalizar el contrato que vincularía al sumiso con su nuevo amo durante los próximos seis meses.

«*Imbéciles. Son todos unos imbéciles*», pensé, mientras me burlaba de esas personas que simplemente estaban haciendo su trabajo.

Se me escapó una risa ligera y me rasqué la nuca cuando el aire acondicionado me erizó el vello de los brazos.

—¿Nervioso?

—No —le respondí al abogado.

—Eres valiente. No todos llegan hasta aquí. Muchos, al ver lo que implica realmente entregarse, se detienen. Y está bien. Si decides no continuar, no serás juzgado. Nadie te obliga a permanecer. Puedes irte en cualquier momento.

Ellos no lo entendían.

Necesitaba el dinero.

Luc me había salvado.

Y como era un buen tipo, le pediría el dinero prestado.

—Estoy bien. Puede hacer lo que quiera con mi cuerpo —dije con una sonrisa ladeada, jugando a hacerles creer que todas esas humillaciones iban a suceder—. Me entregaré a él y le serviré, como debe ser.

No escuché la puerta abrirse, pero Lucas lo oyó todo. Apoyó las manos en el respaldo de la silla y me lanzó una mirada desde arriba, con ese gesto de superioridad que le sentaba mejor a Miki que a él.

—Entonces seré un buen señor —aclaró, tras escuchar el absurdo discurso que solté para evitar más preguntas del abogado—. ¿Podrían traer el contrato?

—Por supuesto, señor Bosch. Volveremos en un minuto. Pueden servirse una copa si lo desean.

Busqué el minibar y me levanté para coger una cerveza bien fría mientras nos dejaban a solas. Cogí otra para Luc y volví a sentarme para compartirla con él. Intenté captar su atención, pero él estaba demasiado concentrado en la mesa del abogado y del asesor.

—No sé cómo darte las gracias —di un trago y empecé a hablar —. Primero, tengo que aclararte que no soy gay, ni bisexual ni nada parecido. Me gustan mucho las mujeres. El problema es que estaba arruinado. Así que me hablaron de este lugar y acepté la solución más ridícula del mundo: venderle mi cuerpo a algún millonario

desesperado por darle unos latigazos a un pobre sumiso sin personalidad.

Ni siquiera respiré al soltar todo ese discurso.

Lucas seguía sin mirarme.

No quería que me juzgara.

Tampoco buscaba que comprendiera lo desesperado que estuve para acabar en el club Ébano.

—¡Dios! Un millón de euros —me relamí los labios, excitado solo de imaginar una cantidad así—. No sé qué decir. ¡Joder! Sabía que los Bosch teníais dinero, pero no tanto. Un jodido millón de euros. Me has dejado sin palabras, Luc.

Al escuchar su nombre, noté que me miró de reojo.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad? Soy Izan. Izan Herrera —pensé que a lo mejor no me hablaba porque no me recordaba; sin embargo, eso era imposible. Pujó para salvarme del lío en el que me metí solo y sin presiones—. El amigo de Miki. Íbamos al mismo instituto. Ese centro pijo en el que conseguí una beca. ¿Cuánto ha pasado? ¿Diez años? Oye —saqué el caramelo que ya se estaba derritiendo en mi bolsillo—, me voy a comer este dulce. Hace poco he dejado de fumar y me subo por las paredes.

Seguía sin responder.

Intenté metérmelo en la boca, pero justo en ese momento el abogado y el asesor regresaron con el contrato que Lucas tanto deseaba leer. Se colocaron al otro lado del escritorio, con la solemnidad de quienes conocen el peso de cada cláusula, y comenzaron a leer las condiciones del acuerdo entre Dominante y Sumiso.

—Por voluntad propia —empezó el abogado, con voz clara y firme —, el sumiso se compromete a entregarse física, mental y emocionalmente al dominante que haya resultado ganador de la puja. Esta entrega se extenderá durante un período de seis meses, bajo las normas, prácticas y límites previamente establecidos por ambas partes. Durante este tiempo, el dominante asumirá la total responsabilidad de la guía, formación y control del sumiso, garantizando su integridad, su seguridad y el cumplimiento de los principios de consentimiento.

Todo aquel discurso empezó a darme sueño.

—Ambas partes acuerdan el uso de una palabra de seguridad que será elegida por el dominante, con carácter inmediato y absoluto. El respeto por ella no será negociable.

»En cuanto a la compensación: al finalizar el contrato, si ambas partes han cumplido con lo estipulado y no ha habido ruptura anticipada por incumplimiento, el sumiso recibirá una compensación económica previamente acordada, equivalente al 25 % de la cantidad final de la subasta. Esta cantidad será entregada como retribución simbólica por su entrega y desempeño. Asimismo, si alguna de las partes rompe unilateralmente el contrato sin causa justificada, deberá indemnizar a la otra por los daños causados. La cifra de indemnización se determinará según la sexta cláusula del contrato. ¿Ambos están conformes con los términos antes de proceder a la firma? Y si es así, ¿me podría dar la clave de seguridad, señor Bosch?

Lucas estaba siendo muy reservado.

Ni siquiera el abogado consiguió romper su silencio.

—La palabra de seguridad será "*Dulce*".

Atemorizado, giré la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—¿Está de acuerdo con la palabra "*Dulce*"? —el abogado buscó mi aprobación para anotarla en el contrato—. ¿Señor Herrera?

Me bebí la cerveza de un trago y me levanté al sentir cómo se me revolvía el estómago otra vez. Me quité la sudadera que me abrigaba y empecé a moverme inquieto por el despacho al escuchar aquella maldita palabra de seguridad.

Dulce.

Dulce.

Dulce.

Duuuulceeee.

Los recuerdos que creí enterrados volvieron para hundirme en la puta realidad. Miki y yo le hicimos la vida imposible cuando solo tenía doce años. Luc nunca fue mi amigo, simplemente me divertí a costa de su sufrimiento.

Lucas no intentó ayudarme. Más bien, buscaba vengarse del capullo que le aporreaba el culo por tenerlo gordo.

Nadie en su sano juicio tendería la mano a quien le hizo temblar, le arrancó la cordura y le borró la sonrisa con la que iba al instituto.

Me arrodillé y me llevé las manos a la cabeza. Pensándolo bien, habría preferido que ganara el viejo de cabello plateado.

—¿Algún problema, señor Herrera?

—Necesito un minuto, por favor.

Me abofeteé las mejillas e intenté mantener la compostura… aunque resultó complicado. Cuando noté que el aire volvía a llenar mis pulmones y me aseguré de que no iba a vomitar frente a todos, me reincorporé y regresé a mi asiento.

Había algo que debía saber antes de firmar ese contrato.

Y no, no iba a salir corriendo.

Si me rendía ante él durante seis meses, ganaría doscientos mil euros.

—¿Eres gay?

Por fin Lucas rompió el silencio.

Había olvidado que tenía los ojos marrones. Y, sinceramente, debía admitir que el cabrón se había puesto fuerte, había ganado altura y era jodidamente atractivo.

Así que, un hombre como él, seguro salía con modelos.

—Lo soy.

«*Joder.*»

—¿Cómo de gay? ¿Curioso? ¿Gay tirando a bisexual? ¿Gay de broma? Porque si eres gay de broma, déjame decirte que me has acojonado.

La risa nerviosa estuvo de más.

Fue inevitable.

—Soy homosexual. ¿Algún problema?

Ya me reí de su físico cuando éramos críos, no podía permitir que creyera que también lo despreciaría por su orientación sexual.

—No. Ninguno —no podía quedar como un homófobo paleto—. Tengo amigos gais. Erik, por ejemplo. Seguro que lo conoces. Aunque —por la mirada que me echó, entendí que iba directo al desastre—, no digo que todos los gais os conozcáis entre vosotros.

«*¿Por qué no puedo dejar de decir gay*? ¡Mierda!»

El sudor empapó mi espalda de nuevo.

Y agradecí que el abogado interviniera.

—Lamento insistir, pero necesito una confirmación —dijo sin levantar la vista del contrato—. ¿Están ambos de acuerdo en utilizar "Dulce" como palabra de seguridad? Será vinculante durante toda la vigencia del acuerdo y su pronunciación implicará la suspensión inmediata de cualquier actividad.

El problema era que él quería vengarse.

No necesitaba que me lo dijera.

Ya me lo había dejado claro con esa palabra.

«*Tú solo preocúpate por el dinero*.»

—Está bien —reuní el valor que había perdido en segundos—. ¿Dónde tengo que firmar?

Si pensaba que me iba a escapar, estaba muy equivocado.

Estaba dispuesto a convertirme en su mascota.

A ser humillado.

Golpeado.

Escupido.

Azotado.

Lo que él quisiera con tal de que dejara de odiarme.

Ya no éramos unos críos.

Así que no usaría la palabra de seguridad, por muy cruel que fuera el castigo.

Pero sí pensaba aprovecharme de su posición económica.

—Antes de firmar, me gustaría añadir algunas cláusulas.

El abogado alzó la vista hacia Lucas.

—¿Señor Bosch?

—Las escucharé.

Si iba a convertirme en su puta sumisa, al menos quería hacerlo rodeado de lujos.

—El señor Bosch se compromete a proporcionarme un lugar donde residir durante los seis meses del contrato —declaré con voz firme—. Además, cubrirá la totalidad de mis gastos personales en ese periodo.

Lucas asintió, y el abogado tomó nota. No tardó en entregarnos el contrato actualizado y lo firmé sin dudar. El hombre al que tendría que llamar "mi amo" estampó su firma junto a la mía y evitamos mirarnos.

El abogado hojeó las últimas páginas antes de cerrarlo con cuidado.

—Todo está en orden. Un asistente del club los conducirá ahora a la habitación de juegos que podrán utilizar durante los seis meses del acuerdo —hizo un leve gesto hacia la puerta—. Por favor, acompáñenlo.

Recorrimos otra planta del castillo, guiados por un hombre que no pronunció una sola palabra. Nuestros pasos resonaban firmes sobre el suelo pulido, y la luz cálida suavizaba las frías paredes de piedra.

Seguí con las manos en los bolsillos, observando el paso firme y elegante de Lucas. Envidié su altura, sus hombros anchos, y cómo sus músculos se marcaban bajo el traje gris. Sabía que me llevaban al lugar donde, a partir de ese momento, tendría que obedecer al hermano pequeño del que alguna vez fue mi mejor amigo.

Entramos en la sala de juegos: una estancia amplia y luminosa. Elegante, pero a la vez sucia, y era perfecta para follar.

Las paredes de ladrillo eran ásperas al tacto y estaban cubiertas de arneses de cuero negro alineados con precisión. Del techo colgaban gruesas cadenas que se balanceaban levemente. Al fondo, se erguía una enorme cruz de San Andrés, tallada en madera oscura y lista para usarse.

El potro, con correas ajustables, ocupaba el centro de la sala. A otro lado, un armario de cristal exhibía un arsenal completo de juguetes: vibradores de distintas formas y tamaños, pinzas ornamentadas con acabados metálicos, látigos de cuero flexible, cuerdas de seda y una docena de frascos con lubricantes de sabores. También había aceites con efecto frío para calmar el escozor que pudieran provocarte en la piel.

Incluso había varios tipos de mordazas y capuchones que estaban expuestos como trofeos.

Me acerqué a donde colgaban unas esposas de acero y golpeé el frío metal con los dedos. Dejé que se balancearan y tragué saliva al imaginar cómo quedarían en mis muñecas.

—Hablaré con Arthur Moore —la voz firme de Lucas me sobresaltó. Detuvo el tintineo de las esposas y continuó hablando con el asistente—. Quiero esta habitación exacta en mi casa. Y la quiero cuanto antes. Si es tan amable, cierre la puerta al salir.

Me giré despacio, aun procesando la orden. El hombre nos dejó solos, y antes de que pudiera anticipar su siguiente movimiento, solté un gruñido cuando me levantó los brazos y ajustó las esposas con las que jugueteaba de forma ignorante. Me vi atrapado entre su cuerpo y el muro que acarició mi espalda.

—¿Desde cuándo eres gay?

Quería evitar que empezara el juego.

No me respondió.

Decidió atacar.

—¿Y tú desde cuándo eres una puta?

El pequeño Luc logró herirme.

Apreté la mandíbula con furia.

Estuve a punto de escupirle que era un hijo de puta, pero me contuve. No volvería a ser el cabrón de antes. Y mucho menos delante de un arrogante como él.

—¿Qué quieres? Ya soy tuyo.

Se mordió el labio. Me agarró del rostro con fuerza y se inclinó peligrosamente hacia mí. Me temblaron las piernas, y agradecí que ese idiota me hubiera esposado, porque de lo contrario me habría derrumbado.

—No sabes las ganas que tengo de humillarte… de destrozarte como tú hiciste conmigo. No voy a parar hasta que me supliques entre gritos que te suelte —separó mis piernas con la suya, y su rodilla comenzó a frotarse contra mi entrepierna—. Seré el primer hombre que te folle, que te someta y borre esa maldita sonrisa que aún eres capaz de mostrar en un momento como este. Tú mismo lo has dicho, Izan. Ahora eres mío.

Y con esa rabia que lo seguía desde que me vio, se abalanzó sobre mis labios y me besó con una agresividad que me destrozó la

boca. Sentí cómo la sangre se mezclaba con nuestra saliva y cómo, poco a poco, mi polla despertaba al roce de un hombre.

No iba a ser fácil ser el sumiso de Lucas Bosch.

Capítulo cinco

Izan Herrera

Notar cómo mi polla se endurecía al contacto con otro hombre fue una humillación que me caló muy hondo. Intenté apartarme de sus labios, pero la mano de Lucas se cerró con firmeza en mi cuello, impidiéndome escapar. Tiré instintivamente de mis brazos, y un gruñido se escapó de mí cuando el metal de las esposas, firmemente ancladas por encima de mi cabeza, comenzó a arder en mis muñecas. Poco a poco, mis extremidades superiores se volvieron más pesadas, como si el cuerpo ya no pudiera sostenerlas, y los músculos empezaron a tensarse hasta provocarme un dolor palpitante y absurdo, como si el castigo viniera desde dentro.

En cuanto dejé de resistirme a su boca, sus manos descendieron hasta el elástico de mis pantalones deportivos. Tragué saliva, consciente de lo expuesto que estaba, imaginando cómo sería capaz de follarme allí mismo, sin preparación ni cuidado. Me había hecho una idea equivocada de lo que significaba ofrecer tu cuerpo en un club BDSM, y cuando por fin probé la realidad, el miedo me atravesó hasta los huesos. Me sentí como una rata callejera, acorralada y sin escapatoria. Deseé que Lucas me desnudara rápido y que su rol de amo no me dejara inconsciente para que mi castigo no fuera aún más humillante.

Aunque todos esos pensamientos sucios se desvanecieron cuando el pequeño Luc se apartó de mi boca, jadeando, y me liberó del metal que se había grabado en mi piel. Lo miré, confundido, sin entender del todo por qué había parado... hasta que bajé la vista. Tuve que llevarme la mano a la entrepierna al notar cómo esos malditos pantalones verdes evidenciaban la tienda de campaña que se había formado.

—Te enseñaré dónde vivirás estos seis meses. ¿Quieres recoger tus cosas antes de irnos? —evitó mirarme de nuevo y me dio la espalda mientras se acercaba a la salida de la habitación de tortura.

Le dije que no y él insistió porque era lo más normal en una situación como la que estaba viviendo—. ¿Objetos personales, ropa o algo que necesites para sobrevivir en tu día a día?

Si él iba a pagar todos mis caprichos, evaluaría la opción de comprarme ropa nueva. La que le dejé a mi amigo para que me guardara después de que me echaran del piso era vieja y estaba llena de agujeros por la ceniza del tabaco.

Intenté esbozar una sonrisa, pero recordé demasiado tarde que Lucas odiaba mi felicidad. Me encogí de hombros, me subí las mangas de la sudadera una vez que me abrigué con la prenda y le dejé claro que no tenía nada que recoger excepto el teléfono móvil que siempre guardaba en un bolsillo. No comprendió lo poco responsable que era a mi edad y me pidió que lo siguiera hasta su vehículo.

Fuera de la propiedad de Arthur Moore, un aparcacoches llegó conduciendo un Porsche Panamera GTS negro que parecía deslizarse como una pantera a punto de devorar a su presa. El motor rugió de forma controlada y silenciosa, pero a mí me retumbó en el pecho por la emoción. Tuve que morderme la mejilla para no ponerme cachondo de nuevo.

Di una vuelta lenta alrededor del coche, absorbiendo cada detalle con la mirada. Nunca había visto una belleza sobre ruedas tan pensada para ponerme a mil y recordarme al mismo tiempo que jamás podría tenerla.

Cuando el hombre abrió la puerta, el olor a cuero caro era muy diferente al aroma que desprendía la habitación donde estuvimos unos minutos a solas. Ese perfume era más erótico y tentador. Los alemanes sí sabían hacer buenos coches. Los asientos, tapizados en cuero negro con pespuntes rojos, me llamaban más que un porro de hachís. Estaba convencido de que, si me relajaba en su interior, terminaría por correrme.

—¿Puedo conducirlo?

—No —respondió inmediatamente, recogió sus llaves, se despidió del trabajador del club y se acomodó en el asiento del piloto. Me hizo una señal para que entrara y, como un niño bueno, le obedecí. —Ponte el cinturón. Tardaremos media hora en llegar.

Guardé silencio, hice lo que me pidió y me quedé quieto mientras lo observaba conducir. Seguía molesto con todo lo que había pasado entre nosotros y ese malestar se reflejaba en su ceño fruncido. Él había sido quien me besó de forma brusca y salvaje, como si su deseo hubiera sido arrancarme los labios. Asumí que fue el ganador de la puja y que, durante seis meses, tendría que servirle como un buen esclavo sexual.

El problema llegó cuando descubrí que tendría que exponerme ante el chico que molesté en mi adolescencia y que, encima, era gay. Eso me pilló fuera de juego. La cabeza me seguía dando vueltas y me preguntaba cómo alguien como Lucas Bosch terminó en un club como el de Arthur en busca de sumisos.

Seguimos en silencio y dejé que mantuviera esa expresión dura e irritada. Giré la cabeza hacia la ventana y me quedé observando nuestra hermosa ciudad; Barcelona por la noche era muy diferente que en plena luz del día. Las luces parpadeantes de los semáforos, los letreros de neón de los negocios y los faros de los vehículos formaban una coreografía silenciosa sobre el asfalto mojado. A medida que nos alejábamos del centro, los edificios antiguos y apretados dieron paso a bloques más altos, modernos y elegantes.

Las calles se volvieron más anchas, las aceras estaban más limpias y los transeúntes desaparecieron como si el lujo no permitiera testigos de su paz. Lucas circulaba por zonas con fachadas de cristal y acero, viviendas donde no escuchabas a tu vecino quejarse a las cinco de la tarde y con seguridad privada para que nadie como yo se atreviera a pasear por allí.

Cuando por fin llegamos a la mansión Bosch, la casa que imaginé se quedó ridículamente pequeña ante el palacio que tenía. No solo contaba con una carretera privada, también había jardines, fuentes y un camino pavimentado con piedras.

El portón se abrió como por arte de magia y entramos en el interior. Me quedé parado, intimidado y fascinado por la riqueza de los Bosch. El dinero y el poder que controlaba su familia separaban su mundo del mío. Allí no podía ser bienvenido, pero aun así salieron un par de trabajadores para darnos las buenas noches.

Me bajé del coche y, mientras aparcaba, di una vuelta bajo la atenta mirada de las personas que custodiaban la propiedad. Llené mis fosas nasales con el aroma de jazmín que desprendía el jardín e imaginé todo el dinero que pudo invertir para rodearse de tanto lujo.

Los muebles del jardín eran blancos y resultaban jodidamente sofisticados. Había un bar en el exterior, una zona para barbacoas y una cancha de baloncesto con pista de hormigón pulido. Detrás de la piscina, había una réplica más pequeña de su mansión, que supuse que era la casa de invitados.

Si la idea de Lucas era encerrarme en ese rincón que para él sería la caseta del perro, yo estaba dispuesto a ponerme un collar y beber de un cuenco de titanio a cambio de tener una buena cama donde descansar. Después de semanas durmiendo en colchones prestados, con la espalda hecha trizas y el frío metido en los huesos, cualquier lugar con techo y calefacción me parecía un paraíso. Ese edén significara complacer a un hombre orgulloso y rencoroso que vestía con traje caro y tenía una mirada fría y penetrante.

«*Jamás pensé que perdería mi dignidad por unos cuantos ceros en mi cuenta corriente*», pensé, mientras refugiaba mis manos en los bolsillos del pantalón.

Cuando terminé de babear, busqué a Lucas, que seguía aparcando el Porsche. Tenía una cochera privada que, por lo que alcancé a ver desde fuera, parecía una maldita exposición de lujo: un Ferrari, un Lamborghini y un par de Mercedes que seguramente ni se venderían en España. Todos estaban aparcados como si rindieran culto al motor de élite.

Se quitó la americana gris y la dejó caer sobre su brazo. Me pidió que lo siguiera e intentó ser un buen anfitrión, aunque no quería serlo conmigo. Se tomó la molestia de mostrarme el lugar donde conviviría con él durante medio año.

Al atravesar la puerta principal, vi un diseño minimalista que le daba un toque elegante, con el blanco, negro y dorado dominando el espacio a la perfección.

Los suelos eran de mármol blanco y las lámparas doradas parecían sacadas de una galería de arte. Las paredes negras, con

detalles metálicos, rompían el esquema del diseñador justo cuando creías haber entendido su inspiración.

El lugar estaba lleno de trabajadores, reinaba un silencio absoluto.

Seguimos por un pasillo largo, con techos altos y ventanales que te quitaban la privacidad que seguramente tendrías en un piso.

Tuve la necesidad de romper ese silencio que comenzaba a ponerme de los nervios.

—Por lo que veo, te gusta estar desnudo ante el mundo —lo comenté porque podían verte desde afuera. Para mí era extraño, pero para él... parecía estar acostumbrado.

—No tengo nada que ocultar.

No quería insinuar que fuese capaz de descuartizar a alguien solo porque le apeteciera; sin embargo, sí me dieron ganas de decirle que tenía toda la pinta de ser ese tipo de millonario que organizaba orgías en su mansión, con invitados enmascarados para no revelar su identidad.

Al fin y al cabo, los ricos no tenían que deslomarse como la clase media, así que era lógico que sus aficiones y fetiches fueran bastante más... peculiares que los del resto de los mortales.

Subimos unas escaleras de líneas rectas y se detuvo frente a una puerta blanca. La abrió, me dejó pasar primero y esperó a que contemplara el interior.

—Esta será tu habitación. Es la única que han podido preparar en quince minutos —soltó, como si el espacio fuera pequeño y sencillo para alguien como yo. Pues estaba muy equivocado. Era más grande que el piso del que me echaron.

Tenía una cama enorme en el centro, cubierta con sábanas grises y cojines perfectamente acomodados. Bajo la estructura, había una alfombra blanca, mullida, perfecta para echarse una siesta. Las cortinas eran negras, gruesas, y la luz exterior se filtraba en franjas doradas a través de los cristales.

Había un escritorio, una butaca y una estantería llena de libros que ni tocaría, ni siquiera para comprobar si tenían polvo entre las páginas. La habitación contaba con cuarto de baño privado y, al parecer, iba a estar bastante alejada de donde él dormiría.

—En la mesa he dejado una tarjeta de crédito. Puedes gastar todo lo que quieras. Es lo que firmamos en el acuerdo —se apoyó en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Era evidente lo alucinado que estaba por vivir como un millonario. Pero en algún momento tendría que cumplir con la otra parte del contrato. Y, al parecer, esa era la noche para Lucas. Pasó de largo a mi lado y se dejó caer sobre la cama. Se aflojó la corbata y, con tono autoritario, empezó a comportarse como un amo—. Ponte de rodillas y acércate a mí.

Para una mujer eso habría sonado jodidamente sexy. Para mí, que intentara dominarme ya... fue aterrador. De todas formas, obedecí. Evité mirar sus ojos oscuros y adopté la pose de perro para complacerlo. Gateé hasta él y me senté entre sus piernas al alcanzar su cuerpo.

Lucas abrió las piernas con calma, marcando su territorio sin necesidad de palabras. Su mano cayó sobre mi cabeza y comenzó a jugar con mi cabello, enredando los dedos entre los mechones con una caricia distraída, como si probara mi obediencia, decidiendo en silencio qué más podría exigirme.

Ser un sumiso novato no me facilitaría las cosas, y mucho menos sin saber qué tan experto era él. Lo único que había visto en el porno era que los hombres azotaban e insultaban a las mujeres hasta que estas se humedecían y, entre lágrimas, le pedían a su señor que las follara.

Si tenía que adaptarme a ese papel... no me veía capaz de derramar una lágrima para que Lucas se pusiera cachondo.

Aunque eso no le hizo falta. Se bajó la cremallera del traje y dejó al descubierto su erección. Tenía un miembro enorme, grueso, surcado por venas que parecían marcar todo el territorio hostil. En vez de intimidarme al verla tan dura, palpitante y enrojecida por la presión, sentí envidia.

«*Encima tiene un pollón enorme. Será hijo de puta*.»

—Chúpamela —ordenó.

Tragué saliva con fuerza y cerré los ojos un instante. Era un experto devorando coños, sí, pero penes... eso ya era otra historia. Mi boca no estaba hecha para ser atravesada por un falo como ese:

enorme, pesado, de al menos diecinueve centímetros —o más—, y además darle placer.

No, mi garganta no era tan profunda. No estaba hecha para ser follada por aquel monstruo de carne caliente y piel estirada al límite.

—¿Qué te chupe qué...?

Tiró de mi cabello y empujó mi cabeza hacia su polla. Mis labios se pegaron al trozo caliente, duro y venoso, y no pude evitar temblar al sentir su piel contra la mía. Cerré los ojos y, sin pensarlo demasiado, saqué la lengua para tantear su superficie. Lamí con torpeza, pero me esforcé por chupársela, aunque nunca antes había hecho algo así.

Al chuparla demasiado fuerte, de la punta brotaron unas perlas que terminé saboreando. El líquido que desprendía tenía un sabor salado con un leve toque metálico que despertó mis papilas y me resultó muy extraño. Estaba haciendo una cata de semen y ni siquiera me dio arcadas. Solo noté su penetrante mirada observando cada movimiento que hacía alrededor de su polla.

Lucas olía jodidamente bien. No desprendía aroma a bragueta cerrada o semen pegado en el vello púbico. Estaba depilado, podías percibir el jabón que se había frotado por las pelotas y, además, el perfume caro que impregnaba su ropa nublaba todos mis sentidos.

—¿Qué estás haciendo?

«*Eso mismo quiero saber yo*.»

—Te la estoy chupando.

Me dejó claro que no lo estaba haciendo bien. Coló un par de dedos bajo mi barbilla y me obligó a mirarlo. Pasé de tener su polla sombreando mi rostro a excitarme por lo atractivo que se veía con la poca luz que se colaba en la habitación.

—Sujétala y métetela en la boca.

Miré su miembro y luego lo miré a él con una ceja alzada.

Una polla así no necesitaba una mano para manejarla. El trozo de carne se mantenía firme y parecía tener vida propia, más allá de su función. Temí que le salieran ojos, boca, y que me gritara que la chupara hasta dejarla en carne viva.

La toqué con miedo y entonces sentí cómo se estremeció bajo mi mano. Ese calor, centrado entre mis dedos, hizo que Lucas temblara

y se viera más dócil de lo que quería aparentar.

Me dispuse a chuparla de nuevo y, cuando intenté meterla en mi boca, Lucas me detuvo.

—Eres un inútil.

Sí, lo era.

¿Cuál era el problema?

—Nunca he chupado un rabo. Estoy aprendiendo.

Estaba cansado de que me tratara como su puta.

Lo era.

Quería que me diera tiempo.

No me negué.

No me asusté.

Seguí adelante y...

—Al menos espero que sepas abrir tu agujero.

Me levantó del suelo como si fuera una muñeca de plástico y me lanzó a la cama. Noté cómo me bajaba los pantalones del chándal y lo decidido que estaba a destrozar mi ropa interior. Lucas había perdido la cabeza. Pagó un millón de euros para tenerme a su merced y quería follarme sí o sí.

Una cosa era chupársela, y otra entregarle mi culo sin prepararme mentalmente. Temblé sobre el colchón e intenté detenerlo, aunque su erección necesitaba atravesar cualquier cosa y no estaba dispuesto a escuchar mis súplicas.

—Por favor, Luc.

Se detuvo un instante.

—No estoy preparado.

—Tengo condones y lubricante. No necesitas nada más.

«*Sí, necesito un puto psicólogo. Tu polla me causará daños psicológicos, imbécil*.»

Recordé lo fácil que era sollozar para las actrices de cine adulto que seguía y me metí en el papel.

—No... no estoy listo —soné roto, atemorizado y con ganas de llorar. Iba por buen camino—. Por favor, Luc, dame tiempo. Déjame buscar una forma para prepararme.

Estaba demasiado cabreado y cachondo como para concederme esa oportunidad. Aunque se detuvo. Cogió aire, se apartó de mi

cuerpo y se subió los pantalones.

—Tienes un día. Si mañana no estás listo para complacerme, asumirás las consecuencias por incumplimiento.

Se marchó.

Soltó la amenaza y me dejó solo.

Me senté en la cama con el trasero descubierto, pensando en sus palabras.

Al principio temí que me follara, pero luego me dio más miedo saber que si no cumplía con mi rol de sumiso, tendría que pagar una gran suma de dinero que no tenía.

«*¿Ser follado por un hombre o arruinarme más*?»

Era una buena pregunta, y yo mismo me busqué una respuesta.

—Te daré mi cuerpo —saqué el móvil y me di cuenta de que eran las cuatro de la madrugada—. Déjame hacer una llamada y encontrar la forma de complacerte.

Mi cuerpo, mi mente y mi voluntad serían de Bosch durante seis meses. La única persona que podía ayudarme ya había servido al club y se había expuesto en más de una ocasión.

Erik sería mi salvación.

Sí, el buenazo de Erik me echaría una mano.

Capítulo seis

Izan Herrera

Caí en un sueño profundo al meterme en aquella maravillosa cama tamaño King. Hacía tiempo que no me sentía tan arropado, cálido y protegido. Las sábanas olían a suavizante caro, y la almohada se adaptaba a mi cabeza. Me di el lujo de apagar la alarma a las ocho de la mañana y, cuando bostecé, el reloj marcó en un parpadeo las once. Nadie me gritó ni me reprochó que era hora de levantarme. Di unas cuantas vueltas más sobre el colchón hasta que me cansé de esa comodidad que me pasaría factura.

Paseé por la habitación desnudo, me di una ducha y observé mi rostro en el espejo. Las ojeras no tardarían en desaparecer y mis mejillas engordarían un pelín más si conseguía llenar mi estómago tres veces al día: tenía clarísimo que en esa mansión lo lograría.

Me até una toalla alrededor de la cintura y decidí dar un paseo por la propiedad privada mientras me secaba el cabello. Los empleados ni siquiera me miraban y, si lo hacían, era con la intención de servir al invitado del señor Bosch. Me sentí como un príncipe y aproveché que tenía todo a mi alcance.

Bajé a la cocina y me presenté al personal.

—Buenos días, ¿qué desea desayunar?

Se me tensó la cara al no poder evitar sonreír.

—¿Puedo elegir el desayuno? —pregunté, mientras ocupaba uno de los taburetes que había en la enorme cocina.

—Por supuesto.

—¿Qué suele desayunar, Lucas? —Me dio curiosidad saber cómo consiguió ser tan alto y fuerte cuando de pequeño era una bolita de grasa—. Déjame adivinar. Seguro que bebe café negro y una tostada de pan integral. Suena tan aburrido como él…—eso último lo susurré para mis adentros.

Y me equivoqué del todo.

—El señor Bosch no suele desayunar. Aunque, si alguna vez lo ha hecho, suele comer huevos Benedict con trufa negra y jamón ibérico. Lo acompaña con un café después del entrenamiento que termina a las cinco y media de la mañana —básicamente dijo que su jefe comía huevos crudos y que madrugaba—. ¿Quiere que se lo prepare?

Sacudí la cabeza asqueado.

—Beberé un Cacaolat.

—¿Un qué, señor?

—Cacaolat. Un batido de cacao —siguió mirándome confundido, así que pasé a otra marca—. ¿Colacao? ¿Nesquik? —Al parecer no tenían bebidas azucaradas ni bollería industrial—. Entonces me comeré un bocadillo de chorizo.

El chef sonrió.

—Lo tendré listo en una hora.

—¿Una hora?

—Tengo que dejar que la masa fermente, señor.

¿Quién no tenía una barra de pan congelada en casa?

¡Por supuesto!

La respuesta era un millonario.

Me levanté del asiento que ocupaba y le dije al hombre que desayunaría fuera. Volví a la habitación, me vestí con la misma ropa y ojeé las otras estancias sin llamar la atención de nadie. Lucas no tenía cuadros familiares, solo obras de arte que no era capaz de entender. Eran brochazos que costarían miles de euros y que yo sería capaz de replicar con la punta de mi pene.

Solté una carcajada y llamé a Erik para que me diera la ubicación del centro comercial donde nos encontraríamos. Amablemente me pasó la dirección y, cuando estuve a punto de ir a la planta principal, encontré el cuarto de Luc. Todo estaba perfectamente ordenado, esas cuatro paredes olían a él y su perfume no bajaría de los cien euros. Caí sobre su cama y recordé cómo me pidió que se la chupara.

«*¿Te sientes atraído por mí*?», pensé, mientras levantaba el libro que estaba leyendo.

—The art of war de Sun Tzu —intenté leer con el poco inglés que dominaba—. ¿No sería mejor tener una revista guarra? Realmente no te conozco, Lucas. Estuvimos juntos durante años, toda nuestra secundaria, pero… somos dos desconocidos.

Me avergonzaba tener que acostarme con el hermano pequeño de Miki. Me daba pudor que fuera un hombre, aunque era más terrible saber que le había hecho bullying de forma inconsciente y que tenía la necesidad de vengarse de mí.

Dejé el libro en la mesita de noche y abandoné su habitación. Recogí la tarjeta de crédito que dejó en mi poder y me acerqué hasta la cochera donde estaban todos sus vehículos de lujo. Me froté las manos ante la idea de conducir uno y elegí el que más me llamó la atención.

—Eres el Lambo más sexy que he visto en toda mi vida —dije, mirando ese rojo intenso que parecía desafiar al sol—. Ven con papi, cariño.

El chófer de Lucas me sobresaltó:

—¿Necesita ir a algún lugar?

Enderecé mi postura, eché hacia atrás mi cabello y le demostré lo seguro que era conmigo mismo.

—Sí, me llevaré el Lamborghini.

—Lamento comunicarle que el señor Bosch me ha dicho que, si quiere salir, yo mismo seré su chófer.

—Tengo carnet de conducir.

—Y no lo dudo, señor, pero ese será mi trabajo. ¿Adónde quiere ir?

Sí, a veces me comportaba como un crío de ocho años, lo sabía. Era un adulto con responsabilidades, uno de esos que pagaban facturas y se hacían cargo de sus cosas. ¿Por qué iba a necesitar un niñero? Aunque claro, viendo cómo era yo, lo raro sería que Lucas se fiara.

—¿Podemos ir en el Lambo?

—No, señor.

«*Mierda*.»

Mario se convirtió en mi chófer personal y accedió a llevarme al centro comercial donde me encontraría con Erik. Condujo con soltura

y seguridad hasta La Maquinista, mientras charlábamos en el camino.

Al llegar, me dijo con tono tranquilo que, si en cualquier momento necesitaba que volviera por mí, solo tenía que llamarlo y en un instante estaría esperándome para llevarme de regreso.

Erik me esperaba en la entrada del centro comercial, impecable como la noche anterior. A sus veinticuatro años era capaz de llevar un traje entallado que le sentaba como un guante, pero que le arrebataba su juventud. Tenía la corbata perfectamente anudada, los zapatos brillaban en cada paso y su cabello rubio estaba engominado hacia atrás. Su elegancia estaba fuera de lugar, sobre todo cuando íbamos a pasear por un sitio ordinario.

—No deberías ir por ahí vestido con ropa deportiva —echó un vistazo a mis prendas favoritas y ladeó la cabeza—. Tu amo podría enfadarse.

—Me gusta ir con los huevos sueltos —agité mis caderas y me burlé de él, aunque Erik parecía molesto. No conmigo, sino porque nadie apostó por él en el club. —¿Estás bien, Erik?

Me di cuenta de que Erik parecía cansado, triste, con una melancolía que no lograba ocultar del todo. Sin decir mucho, abandonamos el bullicio del centro comercial y seguí sus pasos con curiosidad hasta el Sex Toys Center más grande que había visto en mi vida.

A diferencia de mí, Erik estaba demasiado metido en ese mundo donde las reglas eran muy estrictas. Su obsesión por acatar cada norma parecía llevarlo al límite.

Por ese motivo seguía vestido como un sumiso sin amo.

—El señor Ruyman me ignoró.

—¿El viejo?

—¡El señor Ruyman no es un viejo! —era la primera vez que me alzaba la voz y, al darme cuenta, se me tiró encima para disculparse. Acaricié su espalda mientras me abrazaba y dejé que se desahogara conmigo. —Es un caballero. Él me mostró este mundillo que amo y respeto. ¿Por qué no me miró? ¿Por qué te eligió a ti? ¿Por qué pujó tanto?

Intenté tranquilizarlo.

—A lo mejor no te vio.

—Por supuesto que me vio. Pasé toda la mañana con él. Volví al club por él y haría cualquier cosa por él.

Estaba obsesionado.

Y, al ser un sumiso, no era capaz de dar el paso.

—¿Y si lo llamas?

—Un sumiso no llama a su amo —se apartó de mi pecho y me miró muy serio—. No puedo romper las reglas. No debo ni puedo.

«*Están locos. Todos ellos*.»

Tiré de su bonito traje y nos adentramos en la tienda. El Sex Toys Center era un espacio sorprendentemente amplio y moderno, con pasillos anchos que parecían no tener fin. Podías encontrar vitrinas llenas de juguetes de silicona, vibradores de todos los tamaños y formas, plugs anales con acabados metálicos y anillos para el pene con varios modos de vibración ajustables.

En otra estantería se exhibían accesorios de BDSM: esposas de cuero o con forro aterciopelado, collares con hebillas, látigos de distintas longitudes —desde fustas hasta correas gruesas—, e incluso cadenas con candados.

Había pasillos de disfraces, máscaras venecianas con encaje y plumas, y arneses de cuerpo completo con anillas metálicas. Todos los rincones olían a vainilla mezclada con cuero.

—Aquí están los lubricantes —Erik era el único que mostraba entusiasmo.

Observé los lubricantes de sabores, los aceites de masaje aromáticos, las cremas estimulantes y los productos para el cuidado íntimo. Y, para colmo, contaban con una sección exclusiva de libros y guías sobre prácticas sexuales, dominación y sumisión, y seguridad en el BDSM.

«*No me vendría mal leer uno de estos*», pensé al sujetar una guía que explicaba cómo entregarte sin perder el control. «*Aunque quizá no se refiera a la fuerza bruta*.»

—¿Qué estamos buscando exactamente?

No quería que las dependientas se acercaran para ayudarnos. Ya era suficientemente humillante saber que buscaba algo para mi trasero como para que ellas también formaran parte de esa

conversación. Así que rodeé su cuello con mi brazo y lo acerqué a mi lado para que me escuchara bien.

—Necesito controlar mi trasero. Si Luc me va a follar, no quiero que me haga daño.

—Entonces deberíamos buscar un dilatador.

—Perfecto —respondí mientras nos adentrábamos en ese pasillo —. ¿Cuál me aconsejas comprar?

Erik se frotó la barbilla pensativo.

—¿Cuánto mide?

—Es grande.

—¿Cuánto?

Intenté mostrárselo con las manos, pero fue imposible. Tuvimos que rodear las estanterías y buscar un dildo que se asemejara al tamaño de la polla de Luc.

—¿Veinte centímetros?

Estaba tan sorprendido como yo.

—Oh, sí. Esa cara puse yo también —respiré aliviado al descubrir que no era el único con un miembro estándar—. ¿Qué puedo hacer? Ni siquiera me cabe en la boca.

Mientras hablábamos, Erik empezó a llenar el carrito con todo lo necesario para prepararme. Cogió varios lubricantes y me mostró un set de dilatadores de silicona, diseñados para entrenar el agujero poco a poco y evitar cualquier daño.

—Tienes que empezar con el más pequeño y poco a poco ir aumentando de tamaño. No tengas prisa y báñalo bien con lubricante.

El que tenía prisa era Lucas.

A mí me daba igual.

De camino a la caja, Erik metió juguetes eróticos que estaba convencido de que no usaría: plugs con colas de perro, bolas anales y hasta un masajeador de próstata tamaño bolsillo.

—Es mejor que un vibrador. Al menos para empezar.

Al llegar a la caja, bajé la cabeza.

—Tenemos de oferta fundas para dedos con varios sabores. ¿Queréis probarlas?

La dependienta pensó que éramos pareja.

—¿Fundas?

—Funcionan muy bien para cuando intentas dilatar a tu pareja. Después ese rincón de tu cuerpo sabrá al sabor que hayas elegido.

Nos miramos y seguramente pensamos lo mismo:

¿Quién querría que su agujero supiera a Coca-Cola?

Lucas terminó pagando unos trescientos euros y me llevé a Erik conmigo para volver al centro comercial. Comimos una hamburguesa con queso y nos detuvimos en una tienda de electrónica.

Me dio envidia que, mientras algunos se gastaban su dinero en consolas y videojuegos, yo tuviera que comprar juguetes sexuales.

—El señor Bosch debe de ser un buen hombre. No todos te acogen en su casa y mucho menos te dan una tarjeta de crédito sin límite —comentó, mientras devoraba el helado que compramos después—. El señor Ruyman prefería venir conmigo y comprarme todo lo que quisiera. No me daba la libertad que tienes con el señor Bosch.

Cierto.

No me dijo en ningún momento en qué podía gastar su dinero. Más bien, acordamos que cubriría cualquier capricho. Y, en ese instante, deseaba una PlayStation 5 con un montón de juegos.

Lancé el helado de Erik y entramos en la tienda. La tarjeta negra que me prestó Lucas comenzó a deslizarse por varios datáfonos. Las tiendas me prometieron que al día siguiente tendría todas mis compras en la dirección del señor Bosch.

Me estaba aprovechando un poco, pero si él iba a saborear mi trasero virgen, al menos quería tener el último Call of Duty.

***

Al llegar, me encerré en el baño y me enfrenté al dilatador. El aparato era un reto para mí, así que dejé de calentarlo en mi mano y respiré profundamente antes de humedecerlo con un lubricante de efecto calor. Lo coloqué cerca de mi entrada y dejé caer mi cabeza sobre la tapa del wáter antes de introducir el juguete. Mi piel se

resistió; cada milímetro que atravesaba mi abertura me quemaba por dentro; era una mezcla de ardor y hormigueo que me paralizaba.

Era tan incómodo que cada intento por empujarlo más profundo me arrancaba un gemido ahogado. Fue frustrante notar cómo las lágrimas se deslizaban por mis mejillas sin poder contenerlas. Me sentí vulnerable, débil y cobarde por no ser capaz de penetrarme con el dilatador.

—Eres un idiota y tienes miedo —me reproché.

Apreté la mandíbula, tomé aire y empujé con todas mis fuerzas hasta clavar el dilatador en mi interior. Grité, no de placer, sino de dolor. El ardor fue instantáneo, salvaje, como si los pliegues de mi culo se resistieran a ceder, contrayéndose contra el objeto que los forzaba a abrirse. Sentí cómo cada centímetro avanzaba a la fuerza, estirando esa zona sensible con una presión insoportable. Me ardían las entrañas, mis ojos amenazaban con salirse de las órbitas y la respiración se me cortó. Caí al suelo, temblando, con una mano en la pared y otra apretando el borde del lavabo. Luché por no perder el conocimiento ante la incomodidad de tener eso metido tan dentro.

Y, aun así, no me lo quité.

Lo soporté cinco minutos.

Los trescientos segundos más largos de mi vida.

Cuando decidí sacarlo, solté un grito al descubrir que no podía.

—¿Izan? —la voz de Lucas sonó al otro lado de la puerta—. ¿Estás bien?

No respondí.

Quería morirme.

¿Cómo iba a contarle lo que estaba haciendo?

—Es… Estoy… bien.

No me creyó.

—Voy a entrar.

—No.

Seguía tirado en el suelo, con los pantalones por las rodillas y con un tapón en mi agujero que supuestamente me ayudaría a no sentir dolor.

Pero era jodidamente doloroso.

Humillante.

Y muy doloroso.

Luc no me hizo caso. Tiró de la manecilla dorada y entró en el baño. Contempló la escena a mis pies y sentí cómo mis mejillas se encendían de vergüenza. Se agachó para estar a mi altura y apartó el cabello sudado de mi frente.

—¿Qué estás haciendo?

—Te prometí que me prepararía. ¿Contento?

Era raro verlo sonreír.

Incluso soltó una carcajada.

—Quítatelo.

Pegué el rostro al suelo.

—No puedo. Ha hecho ventosa.

—Eso es imposible.

—¿Por qué te mentiría? —me mordí la lengua al darme cuenta de que volví a gritarle—. Ya te lo he dicho. No puedo sacármelo.

Lucas se quitó la americana negra, se sentó en el retrete y se remangó las mangas mientras me hablaba con voz suave y calmada.

—¿Puedes levantarte del suelo?

Apoyé las manos, presioné con fuerza y me levanté con las piernas temblorosas. Los pantalones de chándal me cayeron hasta los tobillos y tuve que cubrir mi miembro con la sudadera para no quedar desnudo.

—¿Por qué te tapas?

—¿Para qué querría enseñarte mi polla?

«*Recuerda quién es el amo y quién es el sumiso*.»

—Es que… tú la tienes más grande —era terrible tener que admitirlo.

Le saqué otra carcajada.

No dijo nada más. Apartó mis manos de la sudadera y me giró un instante para examinar qué tipo de dilatador había comprado. Lo que no esperaba era que Luc terminaría envolviendo mi polla con su mano con naturalidad. Empezó a tocarme lentamente, rozando la piel con la yema de sus dedos y acariciando la punta hasta erizarme la nuca.

—Luc… Lucas.

—Tienes que relajarte. Es lo único que se me ocurre. Si sigues apretando, no podré sacártelo.

Alcé la cabeza, cerré los ojos y apreté los dientes. No era capaz de calmarme si él me masturbaba para sacarme el maldito dilatador. Tenía el control y yo estaba a su merced por un problema tan ridículo.

Arrimó su cabeza a mi brazo y sentí cómo su respiración se volvió pesada, igual que la mía.

—Te la chuparé.

—¿Qué?

—Cierra los ojos.

No.

No.

Por favor, no.

Pero sus labios acabaron envolviendo mi miembro y sentí la calidez y la humedad de su boca. Manteniendo los ojos cerrados, me sujeté a su hombro para no caer de culo.

La manera en que me chupaba era devastadora y perfecta. Cada movimiento, cada succión, parecía calculada para destrozarme por dentro, para arrancarme gemidos que ni sabía que tenía guardados. Su boca era un maldito infierno disfrazado de gloria bendita, y yo estaba condenado a correrme ahí, en su garganta.

Me olvidé del maldito objeto que me abría por dentro, del dolor y de todo lo demás. Ni siquiera pensaba en que era un hombre el que estaba trabajando en mi entrepierna.

Mis dedos encontraron su pelo castaño, y sin darme cuenta, empecé a mover las caderas. No importaba hacia dónde empujara, su boca me devoraba hasta el fondo, con un apetito que parecía no tener fin.

Cuando me corrí, fue con un gemido tan profundo que resonó contra las paredes de mármol del baño. La espalda se me arqueó, el cuerpo entero vibró, y Lucas soltó mi polla justo a tiempo para tirar del dilatador y dejarme libre de esa tortura.

Jadeando, quise darle las gracias y decir algo que no sonara ridículo, pero entonces lo vi: estaba cubierto con mi semen. No pude

evitarlo. Me agaché y me dispuse a limpiar sus labios con la manga de la sudadera.

Tuve muy mala suerte. Tropecé con mis propios pies y terminé cayendo sobre él, con el cuerpo aún ardiendo y el calor de sus labios en mi entrepierna.

—Ya eres libre —dijo, sujetándome con fuerza.

—Gra… gracias.

Ni siquiera me aparté de su lado.

—¿Necesitas algo más?

¿Cómo podía decirle que acababa de darme la mejor mamada del mundo?

No.

Eso me lo llevaría a la tumba.

No podía subirle el ego con un halago tan erótico. Pero seguí limpiando sus labios, despacio, como si eso me permitiera prolongar un poco más el momento.

Esa sonrisa... joder, no me molestaba en absoluto.

Capítulo siete

Lucas Bosch

Todavía podía oír los gemidos de Izan resonando en mi cabeza, como si lo tuviera otra vez delante, desnudo de cintura para abajo, temblando mientras se aferraba a mis hombros. El muy idiota se había estremecido con el plug anal que él mismo se había comprado, convencido de que así estaría listo para mí. En resumen… quería ofrecerme su agujero sin quejarse, aunque sabía que, de todos modos, podía terminar follándomelo.

No imaginé que verlo tan asustado y avergonzado llegaría a volverme loco. Lo detestaba, quería destrozarlo como él hizo conmigo, pero en lugar de vengarme, me encontraba en mi despacho, cachondo y a punto de tocarme.

Tenía que aceptar que Izan era el prototipo de hombre que solía llevarme a la cama: delgado, bajito y con un genio de mierda que solo se calmaba con caprichos. Era guapo, sus ojos seguían poniéndome nervioso y, si tenía que decir algo malo de él, destacaría esa horrible ropa deportiva que siempre llevaba.

Antes de alcanzar mi polla y asumir que iba a caer en sus encantos, abrí el paquete que me había enviado Arthur Moore. Sabía que el mundillo del BDSM no me interesaba en lo más mínimo y que era un completo novato, así que decidió enviarme un par de libros que, según él, serían mi guía para someter a Izan Herrera. Todos tenían portadas simples, sin imágenes llamativas ni frases provocadoras; solo títulos discretos que no escandalizarían a nadie.

Al final, opté por *Dominio sin culpa*.

El libro se alejaba del cliché de azotes y cadenas. En lugar de eso, empezaba con una especie de filosofía sobre la confianza y el consentimiento. Al parecer, no todo era cuestión de fuerza bruta o juegos de poder, sino de entender al otro. Enseñaba a interpretar las señales, respetar los límites y, sobre todo, a saber cuándo parar.

Aunque no era lo que buscaba. Quería que Izan gritara la palabra de seguridad para que sintiera la humillación que solo se experimenta al rozar el límite.

Por eso, cogí *El arte de la disciplina*. Ese segundo libro, de tapa dura y color rojo, era mucho más directo, cruel, y se saltaba toda la complicidad de pareja. Era una guía práctica, casi militar, de castigos, control y técnicas para mantener al sumiso bajo mando. Tenía capítulos dedicados a sanciones, posturas de control e incluso métodos para obtener obediencia absoluta.

Ojeé un capítulo que explicaba cómo administrar el dolor sin causar daño. E imaginé a Izan de rodillas frente a mí, con la espalda recta y la mirada fija en el suelo, atrapado en el miedo que él mismo se había buscado en el club Ébano. Agarraría la fusta con firmeza y, sin titubear, comenzaría con golpes suaves que apenas dejarían un cosquilleo en su piel.

Alternaría golpes precisos en su espalda con toques más fuertes en los muslos, justo donde la piel es más sensible. Me encantaba la idea de humillarlo y encontrar el punto exacto para hacerlo gritar. Y, si lograba que ese bastardo gimiera de placer, la fusta acabaría en sus pelotas.

La imagen que recreé no hizo más que avivar mi erección. Sentí cómo el bulto crecía de forma tirante y dolorosa dentro del traje. Manipulé los cristales del despacho hasta dejarlos opacos —asegurándome de que nadie pudiera verme— y solté el mando con la mano temblorosa para liberar mi polla, aún atrapada.

Deslicé los dedos suavemente por el tronco y, cuando las ansias pudieron conmigo, empecé a pajearme con más fuerza. Cerré los ojos y seguí con la imagen de Izan arrodillado ante mí, con las mejillas sonrojadas y el trasero marcado por la fusta. Tenía ganas de agarrarlo del pelo ondulado y obligarle a chuparme la polla.

Tenía los huevos tan cargados que terminé con la respiración entrecortada y el corazón en la garganta. Apreté más fuerte y aceleré el ritmo. Cuando estuve a punto de correrme, sonó el teléfono. Me quedé congelado, jadeando como un animal, con la mano envolviendo mi palpitante miembro.

—¿Sí?

—Lamento molestarle, señor, pero tiene una llamada.

No había ninguna cita registrada en mi agenda, así que la única persona que podía ponerse en contacto conmigo era la señora Medina o Izan.

—¿Quién es? —pregunté con la voz ronca, aún con el miembro en la mano. Por un segundo me ilusioné como un imbécil ante la idea de que fuera Izan al otro lado de la línea, porque si era él, le haría quedarse mientras me tocaba hasta correrme. Le obligaría a escuchar cada gemido, cada golpe húmedo de mi mano contra mi polla y, justo cuando estuviera por venirme, le diría que todo ese semen sería suyo.

—Es el señor Vellido. Dice que es importante.

¿Importante?

Se marchó del club sin despedirse y capté el mensaje que él quería dejarme claro: que solo éramos amigos después de lo que pasó.

—Por favor, Isabel, dígale a Óscar que estoy ocupado. Más bien, miéntale y cuéntele que estoy en una reunión.

Respiré aliviado cuando mi secretaria se deshizo de Óscar. Volví a acomodarme en el sillón, con la polla aún dura entre los dedos, listo para terminar lo que había empezado. Por suerte, el calentón no se me había ido; al contrario, estaba a punto de correrme mientras mi imaginación seguía alimentándome con imágenes sucias de Izan.

Pero no era mi día de suerte.

La puerta del despacho se abrió y de fondo escuché la voz de Isabel intentando detener al intruso. Guardé el trozo de carne duro en mis pantalones y me subí la cremallera bajo la atenta mirada de Óscar.

—¿Qué estabas haciendo?

—Cierra la puerta —le pedí.

Me alejé del escritorio y me serví un vaso de agua bien fría. Al sentir cómo mi piel ardía, dejé caer un chorrito sobre la camisa y busqué algo de calma antes de establecer una conversación con mi exnovio.

—Primero pujas en el club Ébano y ahora te masturbas en la oficina. ¿Quién eres? ¿Dónde está el Lucas de antes? ¡Te gastaste un

millón de euros en un desconocido! ¿Por qué? ¿Y por qué no has respondido a mi llamada?

Presioné los dedos en mi sien y me di cuenta de que no podía mentirle. No porque quisiera joderle o ponerle nervioso, simplemente porque no era capaz.

Caminé por el despacho y me dejé caer en el sillón de pensar. Cubrí mis ojos con la corbata y respondí a todas las preguntas que lo estaban volviendo loco.

—No, no es la primera vez que me toco —dije con calma—. Y el que me llevó al club fuiste tú. Es lo que querías, ¿no? Que me divirtiera y me olvidara de ti. Así que pujé por él y ofrecí un millón de euros. No quería perder ante Lorenzo Ruyman.

Escuché sus pasos acercándose.

—Me han dicho que te lo has llevado a tu casa. ¿Es cierto?

—¿Te lo ha dicho el duque?

—Responde, Lucas.

—Está conmigo, sí.

Tiró de mi corbata y me obligó a mirarlo.

—¿Por qué?

—Porque es mi sumiso.

—¡Es un desconocido!

Levanté la espalda del sillón y me crucé de brazos. Nunca había visto a Óscar tan irritado, molesto y celoso por una idiotez.

—No lo es.

—¿Que no es un desconocido?

—Íbamos al mismo instituto. Le dieron una beca cuando falleció su padre e iba a la misma clase de Miguel. Perdí su rastro el día que se fue a la universidad y, como perdió el contacto con mi hermano, no supe nada más de él hasta que lo vi en el club de Arthur.

Seguía sin creerme.

—Me dijiste que no tenías amigos de la infancia.

—En ningún momento te he dicho que Izan y yo fuéramos amigos.

—¿Izan?

Era la primera vez en meses que quería perderlo de vista. Fue molesto tener que excusarme e intentar tranquilizarlo, pero

resultaba absurdo.

—¿Qué quieres, Óscar? ¿Algún contacto? ¿Quieres que hable con alguna agencia de modelos o llame a otro director de cine? Dímelo ya. No quiero que perdamos el tiempo en esta ridícula conversación.

Su bronceado natural se esfumó y se le pusieron pálidos hasta los labios. Se alejó de mí e intentó mantenerse firme después del espectáculo que montó.

—No he venido por eso…

—Entonces vete. No voy a fingir que estamos bien. Me dejaste, tonteas con otro hombre y vienes a mí porque te molesta que pujase en el club. ¿Cómo me fijé en alguien que no sabe realmente lo que quiere?

No estaba dispuesto a que me pisoteara de nuevo o se burlara de mí. Así que pasé junto a él, abrí la puerta y le indiqué que saliera del despacho.

Óscar, con pasos lentos y torpes, se arrastró hasta la salida.

—Tú no eres así.

Eso era cierto.

Había cambiado.

—Quizás estoy harto de que todos os riais de mí.

Cuando lo perdí de vista, recogí mi americana con calma y revisé por última vez la bandeja de entrada. Al ver que no tenía nada pendiente, apagué el ordenador, bajé los estores automatizados del despacho y di por finalizado mi trabajo a las dos en punto de la tarde. No era habitual que el dueño de Bosch Cyber Defense Solutions abandonara las instalaciones antes de las diez de la noche, pero ese día rompí todas mis normas.

—¿Ya se va, señor?

—Sí, iré a visitar a Bosco. Nos vemos mañana, Isabel.

***

Bosco no estaba en su despacho del casino y, cuando lo llamé, me mandó la ubicación de un gimnasio escondido en pleno corazón de

Barcelona. No solía frecuentar la zona turística, y recordé que estaba visitando a un semi-pro de MMA. Sabía lo mucho que se excitaba cuando un hombre curioso lo miraba sin parpadear, así que empezó a rondarlo hasta que cayera rendido a sus pies.

El olor a sudor seco, goma quemada y humedad estuvo a punto de hacerme retroceder. Cuando vi a mi amigo, sentado en una vieja silla de madera observando cómo dos tipos se golpeaban sin protección, me acerqué hasta él y seguí la pelea con atención.

—¿No deberían usar casco?

Bosco ni siquiera me miró.

—Solo lo utilizan en sesiones de alto impacto.

—Tienen las orejas destrozadas. Al menos el que va de azul —me senté a su lado y observé el entrenamiento con detenimiento.

Rio.

—No todos se las cuidan. En cambio, el Toro suele drenarse la sangre antes de que se endurezca y se inflame hasta convertirse en las famosas orejas de coliflor.

—El Toro es el de rojo.

—Sí, se llama Tigran Fernández.

—¿Puedo preguntarte por qué lo visitas semanalmente? Y evita decirme que lo estás patrocinando. Te conozco demasiado bien. No soy el único que lo ha notado.

Le dio un sorbo a su botella de titanio, que tenía el logo del gimnasio, y por fin se centró en mí.

—Se está viendo con mi padre. No sé con qué fin —bueno, eso era fácil; Esteban quería controlar los Casinos Imperium, pero como el abuelo de Bosco se saltó una generación y lo nombró director ejecutivo, su padre no iba a rendirse con facilidad—, aunque lo averiguaré.

Me arreglé la americana y crucé los brazos.

—Está lleno de chupetones. ¿Te lo estás tirando?

—¿Tú qué crees?

El entrenamiento terminó y se saludaron con un abrazo húmedo y pegajoso. Tigran se separó de su compañero y caminó hacia las cuerdas del ring, a apenas un metro de donde estábamos sentados. Su piel oliva, ligeramente bronceada por el sol, brillaba por el sudor

que aún le cubría el cuerpo. Tenía el cabello corto, negro y despeinado tras la intensa sesión de sparring.

Sus músculos estaban tensos y definidos, y los brazos marcados por venas hinchadas que delataban las largas horas de entrenamiento. Como bien dijo Bosco, Tigran intentaba cuidar sus orejas; sin embargo, una de ellas ya tenía ese aspecto desastroso que solo posee un auténtico guerrero del ring.

Cuando sus ojos oscuros y penetrantes se cruzaron con los de Bosco, la tensión entre ellos se volvió casi palpable. No necesitaba una respuesta verbal de mi amigo; estaba claro que Tigran y él tenían algo más allá del gimnasio. Y eso sonaba jodidamente peligroso si Tigran estaba en contacto con Esteban.

—Buenas tardes, señor Lluch.

—Te he dicho muchas veces que me llames por mi nombre. No estoy arreglando este gimnasio para que me sigas tratando como un desconocido —Tigran era educado, así que le costaba tutear a Bosco —. Él es Lucas Bosch, un gran amigo.

Me puse en pie para estrecharle la mano, y antes de ejecutar el saludo, Tigran se limpió el sudor con una toalla vieja colgada en las cuerdas.

—Es un placer.

—El placer es mío. Nunca había conocido a un profesional de MMA.

—Todavía no he ganado ningún título, pero intentaré conseguir uno este año —hizo un gesto con la cabeza y se despidió de nosotros—. Voy a ducharme. Le veré más tarde, señor Lluch.

Bosco frunció el ceño y lo siguió con la mirada.

—Tu padre quiere quitarte la presidencia.

—Lo sé.

—¿Y por qué sigues viéndolo?

—Porque es muy bueno en la cama —Bosco se levantó de la silla en la que llevaba una hora y me pegó un puñetazo en el hombro—. Soy tu mejor cliente. Tu mejor amigo. Estoy encantado con la tecnología que has instalado en los casinos, y cómo las cámaras de seguridad detectan a esos cabrones de la lista de autoexcluidos. Aunque necesito otro favor.

—Tú dirás.

—¿Primero quieres que hablemos de tu participación en el club Ébano? —puse los ojos en blanco. En el fondo, salí a buscarlo porque necesitaba que alguien apoyara la absurda idea que se me pasó por la cabeza—. Arthur me dio el nombre del sumiso. Izan Herrera.

Salimos del gimnasio para que Bosco se encendiera un cigarro.

—Ya te hablé de él.

—El capullo que te hacía bullying con Miki.

Cada vez que oía su nombre, la rabia me quemaba por dentro hasta nublarme los sentidos. Lo odiaba tanto que deseaba arrancarlo de mi vida de una vez por todas. No quería verlo, ni soportarlo ni un segundo más. Y no me importaba que fuera mi hermano mayor.

—Todo ha cambiado. Ya no tenemos quince años.

La carcajada de Bosco me tocó las narices.

—¡Mide un metro setenta! He visto su foto. ¿Qué pesará? ¿Cincuenta kilos? —tiró la colilla y volvió a darme un golpe en el hombro—. Las tienes todas contigo. Él mismo se exhibió como una puta sumisa. Humíllalo un poco. Juega al rol que te ha asignado Arthur. Azótalo, hazle soltar unas cuantas lágrimas y, si está dispuesto a dejar que te lo folles, desahógate con su cuerpo.

—¿Y si eso no basta?

Sentí cómo vibraba el móvil en mi bolsillo.

—No pierdas el control, Lucas. Por muy humillante que fuera todo lo que te hizo, tú debes quedar por encima. Somos adultos, no lo olvides.

—Estuve noches sin dormir…

—¿Y qué pensaste cuando pujaste un millón de euros? ¿Qué ibas a destrozarle la vida?

No respondí.

Me quedé en silencio.

—Ese pobre desgraciado ha tenido que vender su cuerpo porque está jodido —me agarró del cuello de la camisa y me zarandeó—. Una cosa es dejarle el culo rojo y otra…

—¡Joder! —me solté de su agarre y alisé mi ropa—. Ni que fuera a matarlo. Solo quiero que sufra. Que grite un poco y que me pida

perdón de rodillas. Pero es un puto arrogante.

Bosco negó con la cabeza.

—Limítate a seguir las reglas.

—Pensaba que eras mi amigo.

—Y por eso mismo te digo que no pierdas la cabeza, o lo lamentarás.

Leí el mensaje que me había llegado.

"La habitación de juegos está lista." —Club Ébano.

—Tengo que irme.

—¡Lucas!

Lo miré antes de marcharme.

—¿Qué?

—Diviértete con él, y no te quedes atrapado en el pasado.

Someterlo era la única forma de encontrar algo de paz después de todo. Y, aunque lo negaría delante de cualquiera, me moría de ganas de torturarlo un poco. Solo un poco. Lo justo para ver cómo reaccionaba Izan al descubrir que ya no tenía el control de nada.

Ni de mis pesadillas.

Ni de sí mismo.

Y cuando lo entendiera, entonces empezaría lo divertido.

Capítulo ocho

Lucas Bosch

Recibí una llamada del banco porque detectaron varios cargos pequeños en PlayStation Store, hechos con mi tarjeta de crédito. Me advirtieron que parecía cosa de un crío, menor de quince años. Al ser consciente de que no tenía hijos, me ofrecieron cancelar la tarjeta de inmediato, pero les dije que no se preocuparan. Conocía perfectamente al adolescente que estaba jugando con mi dinero.

Cuando llegué a casa, saludé a los trabajadores y subí hasta la planta superior. Por el camino pensé cómo arrastraría a Izan hasta la habitación de juegos que habían instalado esa mañana. Al verlo tirado en el suelo de su cuarto, gritando a todo pulmón, comprendí que sería fácil llevármelo conmigo.

—Coge otro fusil, imbécil. Al final conseguirás que nos maten. ¡No! —gritó con todas sus fuerzas—. Eres un inútil. Me han matado por tu culpa, joder. Ahora tendré que empezar otra partida. Estoy cansado de perder. Ya son tres seguidas.

Intenté llamar su atención, aunque estaba muy concentrado matando a otros jugadores online. Era increíble que, casi a sus treinta años, siguiera jugando como un niño pequeño. Lo poco que sabía de él era que tenía el grado en diseño y desarrollo de videojuegos, pero no fue capaz de dedicarse a ello. Prefirió trabajar de camarero y esperaba tener un golpe de suerte: quería ser streamer, aunque no llegaba ni a mil seguidores.

A Arthur le contó que lo echaron del piso que compartía con un amigo porque no podía pagar el alquiler. Y su madre, que vivía en Madrid, al parecer no era consciente de la inmadurez e irresponsabilidad de su hijo.

—Izan —lo llamé de nuevo.

—¡Os vais a cagar todos!

El sonido de los disparos retumbó con intensidad por toda la habitación. Me dieron ganas de coger la consola que descansaba en

el escritorio y lanzarla por la ventana. Me acerqué con la mandíbula tensa y tiré de la vieja camiseta que llevaba debajo de la sudadera. Cuando tuve toda su atención, con una amplia sonrisa, me pidió que esperara cinco minutos.

—Estoy en medio de una partida. Ahora hablamos.

¿Qué clase de sumiso me pedía que esperara?

Los dos desconocíamos la dinámica Dom/Sum; aun así, no podía permitir que se riera de mí. Quería probar las herramientas que dejaron en el nuevo cuarto del placer y no aceptaría un no por respuesta.

Le arrebaté el mando del aparato, grasiento por el aceite de las patatas que estaba comiendo, y cuando se enfureció por interponerme en una partida que estaba ganando, arrugó el ceño para mostrarme su enfado.

Borré esa expresión en cuanto lo alcé del suelo, lo acomodé en mi hombro y lo arrastré hasta la otra punta de la casa.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué me cargas como a una muñeca?

Era demasiado manipulable.

Y eso me encantaba.

—¿Te has atrevido a levantarme la voz?

—Estaba ganando la partida… ¡Auch!

Golpeé su trasero y guardó silencio.

Noté cómo tragó saliva y observó cómo nos alejábamos de su cuarto para perdernos en la habitación de juegos que replicaron del club. El interior era idéntico: paredes tapizadas de terciopelo, luz tenue, grilletes perfectamente alineados junto al cabecero, y el olor a cuero nuevo se mezclaba con el aroma de las velas.

Colocaron un banco de castigo, una cruz de San Andrés algo más pequeña que la del castillo, y un perchero repleto de látigos, esposas y collares.

Cerré la puerta con la punta del zapato y lo dejé en el suelo para que se entretuviera explorando las herramientas. Mientras él se distraía, me quité la americana y ajusté el arnés sobre la camisa. Remangué las mangas con calma y elegí una fusta de cuero

trenzado. La golpeé contra la palma de mi mano unas cuantas veces, disfrutando del silbido agudo que cortaba el aire.

—¿Vas a castigarme por jugar a la consola?

Ni siquiera sonaba preocupado.

Me acerqué al banco y lo azoté para captar su atención.

—Voy a castigarte por hacerme esperar.

—Pero…

—Ni me repliques. Arrodíllate y ven gateando hasta mí.

Sus mejillas se tiñeron de rojo, bajó la mirada y dejó caer el cuerpo hasta apoyar las rodillas en la alfombra. Al darse cuenta de que estaba preparado para recibirlo, se acercó con los brazos temblorosos.

—Lucas…

—Amo —le corregí.

Al alcanzarme, intentó levantar la cabeza, y se lo impedí con mi mano.

—¿Qué tengo que hacer, amo?

—Dejaré que te levantes, te desnudes y te acomodes sobre el banco por ti mismo.

Su respiración se aceleró. Sabía que no era por la emoción, aunque a mí me puso muy duro verlo tan dócil y dispuesto a complacerme.

Liberó su delgado pecho de la camisa que olía a patatas de bolsa y se bajó el pantalón de chándal mientras desviaba la mirada. Quería ver sus ojos verdes. Al mismo tiempo, sonreí al verlo cubierto con mi ropa interior.

Ni siquiera le quedaba un poco grande, más bien se le escurría por las piernas, e intentó coger los boxers antes de que viera su polla.

—Mañana, a primera hora, te comprarás ropa.

—¿Qué clase de ropa, amo?

Me acomodé detrás de él y peiné su cabello rebelde mientras aspiraba el aroma que desprendía. Olía a mí y eso no me molestaba.

—Algo más apropiado. Un traje. Unos vaqueros. O puedes recibirme desnudo en la habitación para no hacerme perder el tiempo.

—¿Quiere que lo reciba desnudo o le sorprendo?

Enredé mis dedos en sus mechones ondulados y acerqué mi boca a su cuello. Desde que vi que tenía un pequeño tatuaje bajo la oreja, deseé morderlo hasta clavar mis dientes alrededor de la cabeza del alienígena.

—¿Te burlas de mí?

—No, amo —tartamudeó.

Se le escapó la ropa interior y dejó expuesto ese pequeño pene que succioné y que me tuvo toda la mañana cachondo.

—Pues parece que sí.

—Lo lamento muchísimo.

«*Necesito marcar su cuerpo con mi nombre*.»

Pero me limité a recorrer la curva de su cuello con la lengua y besar ese dibujo ochentero grabado en su piel.

Izan tragó saliva con fuerza y se sujetó los brazos para no moverse.

—¿Te molesta que te bese?

Negó con la cabeza.

—¡Responde!

—No.

Apoyé mi barbilla sobre su hombro y comprobé cómo sus rosados pezones se endurecieron. Ni siquiera hacía frío en aquellas cuatro paredes. La calefacción estaba perfecta y, si lo montaba en el banco, los dos terminaríamos sudando.

Pasé los brazos por dentro de los suyos y recorrí su pecho con las manos. Su piel era cálida, suave y en ningún momento se apartó de mi lado. Retorcí con la punta de los dedos sus pezones y se contorsionó mientras dejaba escapar un gemido suave que intentó retener mordiéndose el labio.

—Voy a follarte, Izan, pero antes te azotaré.

Alzó la cabeza y me dejó sin aliento al verlo tan dulce e inocente.

Siempre fue un monstruo.

Al tenerlo desnudo y sometido a mi voluntad, parecía un ángel caído al que estaba a punto de mancillar.

—Es mi castigo —comprendió.

Me apartó de sus pezones, se estiró boca abajo sobre el banco de castigo y esperó a que me posicionara detrás de él. Dejó sus extremidades caer a cada lado del mueble y recogí la fusta que había tirado al suelo para tener las manos libres. Al quedarme detrás, me relamí ante lo firme y provocativo que era su trasero.

Lo acaricié con los nudillos y observé todos sus movimientos. Izan clavó la barbilla en la zona más acolchada del banco y luchó para que su cuerpo no reaccionara. Eso me hirvió la sangre, poniéndome cachondo y notando cómo despertaba mi polla.

La fusta esperó un instante. Antes de que sus nalgas enrojecieran, presioné el bulto de mi entrepierna contra la zona más esponjosa de su cuerpo. Quería hundirme en su agujero, torturarlo y destrozarlo hasta correrme. Cerré los ojos y me froté contra él. Izan soltó un quejido que parecía más bien un gemido.

—¿Amo?

«¿*Vas a suplicar que te folle*?»

—¿Qué quieres?

—Podría… ¿Podría taparme los ojos?

Levanté la vista y me encontré con un enorme espejo frente a nosotros. Reflejaba mi silueta erguida y el bulto descarado que se marcaba en mi pantalón, tenso por la excitación contenida. Él también lo vio y bajó la cabeza, como si así pudiera borrar la humillación de estar tendido, desnudo, al servicio de otro hombre. No podía dejar de mirarme. Su cuerpo yacía boca abajo sobre el taburete de castigo, con los brazos y las piernas separadas.

Se le notaba avergonzado… y también excitado.

Su cuerpo lo traicionaba: los muslos le temblaban, la piel se le erizaba y aquella erección inquieta parecía suplicar atención. Me deshice de la corbata con desgana, saboreando el silencio que nos envolvía, y se la até sobre los ojos.

Al perder el sentido de la vista, quedaba a merced de cada roce, cada orden y cada golpe. Su cuerpo, encendido y receptivo, se ofrecía por completo al juego que apenas comenzaba.

Acaricié su culo con la fusta y le di un golpe bien fuerte. Izan soltó un grito, pero se mantuvo firme para no salir corriendo.

—Estás de suerte. Serán diez golpes. ¿Cuántos llevamos?

—Uno.

«*Buen chico*.»

Le di otro.

—Dos.

Otro más.

—Tres.

Al tener las piernas separadas no solo exponía su trasero, también me daba libertad para acariciar sus pelotas, tensas por los golpes.

—Cuatro. Cinco.

—¿Recuerdas la palabra de seguridad? —le pregunté antes de marcar otra vez su piel.

—Seis. Sí, amo. La recuerdo.

Golpeé un poco más fuerte, justo debajo de la curva del trasero.

—Bien... Porque voy a hacer que te cueste usarla —susurré antes de azotarlo, esta vez en la parte interna del muslo, donde el ardor picaría un pelín más.

Su cuerpo se estremeció y un gemido ahogado escapó de su garganta.

—¿Eso dolió, o te gustó?

No respondió de inmediato, así que lo azoté por hacerme esperar.

—Contéstame.

—Las dos cosas.

—Sigue contando.

—Nueve.

¡Plaf!

—Diez.

Solté la fusta y me entretuve recorriendo con los dedos las marcas que le había dejado en la piel. Las líneas rojas ardían y se extendían por todo su culo. Izan respiró profundo, tragándose cada jadeo mientras su cuerpo se retorcía entre el dolor y el placer que dejé. Se había entregado al castigo sin rechistar.

Y eso merecía un premio.

Me liberé del cinturón, bajé la cremallera despacio y deslicé mi polla endurecida entre sus nalgas calientes. La piel de Izan ardía bajo mi tacto, invitándome a perderme en aquel fuego vivo. Pero

justo antes de atravesar su agujero, me aparté con un suspiro, recogí un preservativo con efecto calor y lo enrollé en mi miembro. Quería que su interior se incendiara, que ardiera como el mismísimo infierno.

—¿Amo?

No le respondí.

Al darse cuenta de que estaba preparado para follarlo, Izan levantó su cuerpo. No quería que se bajara del banco, así que posé mi mano en su cuello y lo empujé hasta pegar su rostro al cuero rojo del mueble.

—¿Vas a impedirme que te folle?

—No.

—¿Y por qué me hablas?

Seguí empujando mi polla contra su tentadora entrada, que solo tocó un juguete de acero inoxidable.

—¿Izan?

—No… no me hagas daño, por favor.

Sus palabras me dejaron confundido.

Y me jodió que sonara tan tierno.

Su respiración estaba entrecortada y luchaba por soltar cada palabra. No quería caer en su manipulación emocional, así que terminé embistiendo su agujero y gruñí cuando sus estrechas paredes empezaron a ordeñar mi miembro. Lo penetré sin piedad y dejé que nuestros gemidos resonaran por todo el cuarto rojo.

Estaba tan apretado que pensé que iba a cortarme la polla. Tuve suerte de que el preservativo estuviera empapado con lubricante que calentó todo su interior. Los gritos siguieron escapando de sus labios mientras le penetraba y frotaba su tatuaje con los ojos cerrados.

—Es jodidamente dulce follarte —susurré.

Liberé su cuello y clavé mis dedos en su estrecha cintura. No quería perder el control y necesitaba penetrarlo despacio, con prudencia, para no desgarrarlo.

Al fin y al cabo, era su primera vez, y lo único que había tenido dentro hasta entonces era un juguete que él creía que le había hecho ventosa.

Si no me hubiera pedido que le vendara los ojos, nuestras miradas se habrían cruzado en el espejo. Y esos ojos verdes habrían sido mi tentación más peligrosa.

—¿Izan?

Estaba a punto de correrme y fue molesto no escucharlo.

—¡Responde!

Salí de su interior, duro y resbaladizo, para comprobar que estuviera bien. Al estar tan concentrado en mi propio placer, olvidé lo delicado y frágil que era Izan. Perdió el conocimiento y tuve que levantarlo del banco de castigo para llevármelo a la cama. Lo tumbé boca arriba y me di cuenta de que todo su abdomen estaba húmedo por su esperma, y no era capaz de abrir los ojos.

Respiré hondo y pasé una mano por su rostro.

—¿Izan?

No, no estaba fingiendo.

Me sentí inútil por no poder mantener el rol hasta el final y me tiré a su lado mientras me ocupaba de mi polla que estaba dura como una piedra. Seguía caliente, con el sumiso dormido y desesperado por poderme correr.

Con la mano húmeda por el lubricante del condón, empecé a deslizarla por mi miembro, apretando con ganas y sintiendo cada roce como una puñalada de placer. Pensaba en su piel, en su culo que había estado apretándome la carne, y en cómo se retorcía cada vez que lo azotaba con la fusta.

Mis dedos apretaron, subieron y bajaron con rapidez por todo el falo, mientras un calor húmedo comenzaba a apoderarse de mi cuerpo. Cerré los ojos y solté un gruñido bajo, mezclado con un suspiro al sentir cómo me corría con fuerza.

El sudor perlaba mi frente, el corazón se me disparó y, poco a poco, me arrimé a él.

—Que sea la última vez que me corro solo —apreté el puente de su nariz, pero ni se inmutó—. ¿Te ha quedado claro?

Capítulo nueve

Izan Herrera

Me encontraba demasiado cansado para abrir los ojos, el teléfono no dejó de sonar en toda la mañana. Con pereza di vueltas en la cama hasta que alcancé el móvil. No era normal que todo mi cuerpo estuviera agarrotado y que mis músculos ardieran por todas mis extremidades.

Antes de descolgar la llamada, hice un gran esfuerzo para incorporarme. Apoyé la espalda en el cabecero y me froté los párpados para deshacerme del sueño. No sirvió de nada. Quería dormir un poco más, y no quería dar una mala imagen del invitado de Bosch. Así que tiré de las sábanas, bostecé como un cachorro y atendí la llamada de mi madre.

—Mamá —me aclaré la voz para que no descubriera que se me habían pegado las sábanas a las once de la mañana—. ¿Cómo estás? Iba a llamarte cuando tuviera un rato libre en el trabajo.

Me destrozaba mentirle, pero no quería que supiera que su hijo era un fracasado y que no había conseguido el empleo de sus sueños. Ella, desde la capital, hizo el esfuerzo de enviarme dinero para que siguiera viviendo solo en Barcelona hasta que una buena empresa de videojuegos me contratara.

Era increíble que, a mi edad, nadie se dignara a mirar mi portafolio o a escuchar todas las ideas que tenía en la cabeza. Llevaba tiempo desarrollando un RPG que haría temblar la industria, aunque necesitaba fondos para avanzar con el proyecto y encontrar a otros que me echaran una mano.

—Debes de haber estado muy ocupado. Lo comprendo, cariño. ¿Qué tal ha ido todo? ¿Cuándo saldrá el juego?

—Por ahora solo lo están probando y ya han enviado algunas copias a varios influencers del mundillo gaming. Soy el primero que quiere que este proyecto salga al mercado —era patético seguir escupiendo una mentira tras otra—. No has respondido a mi

pregunta, mamá —su voz, suave y calmada, me preocupó un poco —. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien —se esforzó por soltar una de sus risas, esas que me hacían olvidar todo lo malo—. El trabajo me va bien y sigo yendo a las clases de crochet. Te he hecho un alíen verde. Te encantará.

Todo el mundo sabía que me fascinaban los extraterrestres. Hasta tenía uno tatuado detrás de la oreja.

—Podrías enviármelo y lo pondré en la oficina…

—Había pensado llevártelo la semana que viene —me interrumpió para darme una buena noticia. La echaba de menos, y la situación que estaba viviendo no era la que le describí hace un mes—. ¿Te parece bien? Estoy deseando darle un achuchón a mi pequeño.

«*Mierda*.»

No podía decirle que no vivía en un dúplex en la zona de Pedralbes, y que tampoco conducía un Maserati. Y, mucho menos, que rechacé una oferta de Naughty Dog. Su hijo era un fracaso que terminó vendiendo su cuerpo y acostándose con otro hombre.

«*¿Qué pasó anoche*?»

—¿Izan?

—Te llamo en quince minutos, mamá. Me está llamando mi jefe. Te quiero mucho.

Y colgué de inmediato.

Me arrastré por la cama, salté al suelo y solté un grito al notar que la espalda estaba entumecida como si tuviera lumbago o tres hernias discales.

Era extraño, y lo que pasó después de que Lucas fastidiara mi partida en el Call of Duty no lo recordaba con claridad. Me metí al baño, me bajé los pantalones de un pijama que no recordaba haberme puesto y me dejó atónito las marcas que quedaron grabadas en mi piel.

—Será hijo de puta…

Recordé que me arrodillé ante él, le traté con respeto y me comporté como un buen sumiso… pero esas acciones no le daban derecho a…

«*Esa es la dinámica de dominante y sumiso, idiota. Luc me tiene que castigar y yo tengo que aceptar cada golpe. Por eso nos pidieron una palabra de seguridad*.»

Me quité la camiseta y llené la bañera mientras seguía dándole vueltas a la forma en la que me entregué a él. No solo me corrí cerca de su boca, sino que también me estaba adaptando a un papel que no era para mí.

No era un sumiso.

Era un dominante.

Un tío con unas pelotas enormes.

Y quería repetirlo muchísimas veces para poder creérmelo, sin embargo, era inútil.

Nunca estaría por encima de Luc.

Siempre acabaría de rodillas ante él.

¡Era muy humillante!

Puse el modo jacuzzi en la bañera y reproduje en el móvil un vídeo de ASMR para relajarme. Tenía marcas rojas en el culo, no eran dolorosas. Lo que no entendía era la incomodidad que se centraba bajo mi espalda.

Cuando los sonidos húmedos comenzaron a sonar, saqué de mi cabeza el rostro de Luc y dejé que esos vídeos hicieran su efecto. No sabía explicar por qué me ponían tan caliente, pero al escuchar un susurro o un gemido placentero todo mi cuerpo reaccionaba.

Mientras las burbujas acariciaban mi piel y mi mano se encargaba de mi pene, todas mis desgracias desaparecían durante un cuarto de hora.

Era increíble ser rico, no tener responsabilidades y poder masturbarse a media mañana porque no tenía la obligación de ir a trabajar.

Solté un jadeo al correrme y me hundí un poco más en la bañera. La felicidad me envolvió por completo, y no quería soltarla, aunque sabía que las consecuencias no serían precisamente agradables.

Cuando los dedos de las manos comenzaron a arrugarse, salí del agua y me cubrí el cabello con una toalla. Busqué mi ropa por la habitación y me sorprendió que no estuviera mi chándal junto a mi camiseta interior, perfectamente doblada, en los pies de la cama.

Abrí el enorme armario que había estado vacío desde el primer día y, en lugar de encontrar mis pertenencias, toqué la ropa de un desconocido.

Inmediatamente llamé a Lucas.

—Responde.

—Espero que sea importante —descolgó y, con un tono borde, se dirigió a mí—, estoy ocupado.

—¿Y mi ropa?

Comprobé que no me había quitado la tarjeta de crédito negra con una abeja dorada que era el logo de su empresa.

—¿No recuerdas nuestra conversación?

—¿Qué conversación?

¿Qué pasó en aquel cuarto aparte de los azotes?

—Silvia tiró tu ropa. Estaba vieja y llena de agujeros. Esos trajes son de tu talla. Disfrútalos.

—No tenías derecho a tirar mi… —me quedé con las últimas palabras en la boca porque me colgó— chándal. ¡Capullo!

Podía insultarme, jugar con mi cuerpo y hasta tratarme como su mascota personal, pero lo único que no permitiría era que tocara los harapos que me dieron suerte en algún momento de mi vida.

«¿*En serio*?», pensé, dudando.

Cogí una de las camisas y los pantalones con raya perfectamente marcados, y lo hice con más resignación que ganas. Odiaba ser uno de esos tipos que llevaban corbatas hasta en verano. Me vestí lo más rápido posible porque quería hacerle una visita al señor Bosch.

Bajé hasta la cochera con pasos silenciosos y aproveché que el chófer no estaba. Como no estaba dispuesto a llamar a Mario, cogí las llaves y abrí la puerta del Lamborghini que quería hacer rugir desde el primer día que lo vi.

Puse en marcha el vehículo de lujo, consciente de que alguien se enfadaría conmigo, y conduje hasta las oficinas Bosch Cyber Defense Solutions. En la carretera, no podía evitar notar las miradas clavadas en el Lamborghini; eran destellos de envidia mezclados con admiración que me seguían en cada curva. Los coches a mi lado parecían detenerse un instante, y algunos conductores ni disimulaban al echar un vistazo de reojo.

Una sonrisa satisfecha se dibujó en mi rostro; por una vez era genial ser el centro de atención. Esa sensación de ser la envidia de todos me animó y aceleré con decisión hacia mi destino.

Aparqué en el parking del mismo edificio y le pedí a uno de los recepcionistas que me llevara hasta Lucas Bosch. Subimos treinta plantas en ascensor y me dejó frente a su secretaria.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito hablar con Lucas.

—¿Tiene cita con él?

Dejé de mirar el lujo que me rodeaba y me concentré en la mujer.

—No.

—No creo que pueda atenderle hoy. Lo siento.

—¿Le puedes decir que ha venido Izan Herrera?

—Ahora mismo el señor Bosch está reunido.

—Podría esperarlo…

No hizo falta.

La reunión terminó y del despacho de Lucas salió un hombre que había visto en otro lugar. Su sonrisa, rostro y cabello perfecto eran la imagen de varias de mis películas favoritas.

Me alejé de la mesa de la secretaria y aproveché la oportunidad para hacerme una fotografía con el actor que estaba de moda en nuestro país.

—No me lo puedo creer —solté, y él se asustó—. Soy un fan de todas tus películas. Sigo sin creer que te mataran en la última de Sombra de lobos. Estuviste increíble. ¿Las escenas de acción las haces tú?

Al ver que estaba delante de un fan, Óscar Vellido se mostró más amable.

—¿Por qué crees que gané un Goya? ¿Nos hacemos una foto?

—Sí, por favor.

Tenía que presumir de ese momento en redes sociales. Saqué mi teléfono y encuadré nuestros rostros en la pantalla. Estiré los labios como un idiota y me alegré de que fuéramos de la misma estatura.

—¿Puedes firmarme la camiseta?

Su risa me confirmó que lo haría.

Le robé un rotulador a la secretaria y se lo pasé a Óscar.

—¿Cuál es tu nombre?

—Izan.

—¿I-Izan?

Asentí con la cabeza.

Miró detrás de él y luego me volvió a mirar. Se quedó paralizado con el rotulador de punta negra y, cuando lo miré confundido, se encogió de hombros, soltó una risa nerviosa y se dispuso a garabatear una firma en la ridícula camisa que me había comprado Lucas.

Lo detuvieron.

—Estás a punto de estropear una camisa de Hermès —levantó el brazo de Óscar y me miró con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres, Izan?

—Necesito hablar contigo.

El actor no nos dejó de mirar.

Estaba pálido y parecía que en cualquier momento se desmayaría.

Aunque no me había fijado al principio, los labios de Óscar estaban hinchados, al igual que los de Luc. Y, si me acercaba un poco más a ellos dos, el pequeño de los Bosch tenía un chupetón en el cuello.

«¿*Están juntos*?», fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Tú no te ibas?

—S-Sí. Ya me voy.

De todas formas, quería su autógrafo.

Quería detenerlo, pero Lucas no me dejó.

Me retuvo por la camisa que no dejaron que firmara.

—No te hagas ilusiones. Los Goyas se pueden comprar —escupió, en un tono despectivo, riéndose de la carrera de su ¿amante?

Capítulo diez

Izan Herrera

Lucas volvió a su despacho para recoger su americana y se despidió de la secretaria, excusándose con que iría a comer conmigo. Lo seguí sin protestar, y esperamos a que el ascensor regresara a la planta superior. Lo miré intrigado y confundido, sin entender muy bien por qué había cambiado sus planes y prefería pasar más tiempo conmigo que con Óscar.

Las puertas metalizadas se abrieron y una mano inquieta se posó sobre mi camisa. Tenía a Luc detrás, forcejeando con una prenda que me negaba a ponerme. Apoyó su barbilla sobre mi coronilla y soltó un suspiro.

—Eres un desastre vistiéndote. Te has abrochado mal los botones —soltó, mientras me rodeaba con los brazos y apoyaba el pecho contra mi espalda. Ajustó con precisión los primeros botones, y yo aparté la cabeza para ver qué estaba haciendo—. ¿Adónde me vas a llevar?

—Estoy seguro de que no has desayunado, y yo tengo hambre. Me apetecía salir un rato de la oficina —se apartó en cuanto terminó de arreglar la ropa—. ¿Te molesta la idea de acompañarme a comer?

Me encogí de hombros.

Y, sinceramente, me daba igual.

El restaurante de su amigo estaba cerca del edificio BCDS y no me sorprendió que el precio del menú superara el salario medio de muchos españoles. Mientras él elegía algo refinado, yo intentaba traducir los platos en francés. Servían hígado de pato, algo en japonés llamado Kobe, langosta, y más pato asado.

Tenía el paladar exigente y no estaba dispuesto a tragarme un ganso con salsa de trufa.

—¿Qué desean comer?

—De primero tomaré *bouillabaisse* y de segundo *gigot d'agneau* —pidió con un acento francés impecable.

El camarero me miró. Cerré la carta y pedí lo que solía pedir siempre.

—Una hamburguesa con patatas.

—¿*Pardon*?

Pensé que hablábamos el mismo idioma, así que tuve que hacer gestos con las manos para indicar que quería una hamburguesa doble con queso. El camarero giró la cabeza hacia Lucas, como si el adulto disfuncional fuera yo.

—¿Podrías pedirle al chef Gaspard que prepare una hamburguesa de ternera? Le estaría muy agradecido si hiciera ese favor.

—*Oui.*

Nos dejaron a solas y me crucé de brazos, sintiéndome completamente fuera de lugar en el mundo de Lucas: rodeado de lujos ridículos, entrantes que no me apetecía ni probar, y esa obsesión suya por ir siempre perfecto, como si cada sitio fuera una pasarela.

—¿No vas a preguntarme por qué he venido a buscarte?

—Si vas a quejarte por haber pedido que tiraran tu ropa desastrosa, ahórratelo. Ya discutimos eso anoche.

—Pensé que estabas bromeando.

—Me pediste que cumpliera todos tus caprichos, y lo hago, aunque a veces me parezcan infantiles o ridículos. Lo mínimo que puedes hacer es cuidar tu imagen y vestir con la elegancia que mereces. No lo hago solo por mí, sino por ti. Para que proyectes respeto y dignidad. Quiero que seas la mejor versión de ti mismo, y eso también implica cómo te presentas ante el mundo.

Negué con fastidio.

¿Por qué sonaba como una madre?

—Es molesto ir con camisa abotonada, pantalones ajustados y mocasines que suenan al caminar —repliqué.

A él le dio igual.

Lucas se levantó de su asiento y se acercó con una sonrisa divertida. Pegó la nariz a mi cuello y aspiró el perfume con el que me había rociado antes de salir de casa.

—¿No vas a quejarte de mi fragancia? —susurró, consiguiendo erizarme la piel—. Hueles igual que yo. ¿Has entrado en mi

habitación? No importa —se respondió él solo—, me gusta cómo huele en tu piel.

Eso sí que me pilló por sorpresa, y me aparté para que no notara que su sinceridad me ponía nervioso.

Tuve que cambiar de tema cuanto antes, para que se olvidara de que había estado en su baño.

—¿Qué relación tienes con Óscar Vellido?

—Estuvimos juntos.

—¿Ya no?

—No.

Mentía.

Todavía se le veía el chupetón del cuello.

—Puedes ser sincero conmigo —me serví el refresco burbujeante y lo observé mientras le daba un trago—. Estaba agitado, nervioso y decepcionado cuando le pediste que se fuera. Podría haberte esperado en casa.

—Te estás comportando como mi amante.

—¿No lo soy?

—¿Lo eres?

¿A qué jugaba?

—Lo que intento decirte es que si querías intimidad con el actor —me acomodé en la mesa como él y tiré del cuello de su camisa para mostrarle la marca del actor—, solo tendrías que habérmelo dicho.

Su risa llamó la atención de algunos comensales.

Agradecí que llegara la comida.

La hamburguesa sabía tres veces mejor que la de cualquier cadena de comida rápida.

—Este chupetón me lo hiciste tú —explicó, aun sonriendo—. Es curioso cómo Izan Herrera tiene el don de olvidar todo lo que no le conviene. Primero nuestro pasado y luego lo que ocurrió en el cuarto de juegos.

Nunca olvidé el desastre que hice con su hermano Miki, pero lo del cuarto...

Ese tema me perseguía.

Me humillé para complacerlo, me castigó y me azotó hasta que el trasero empezó a arderme.

¿Qué más pasó?

Le di un mordisco a la hamburguesa y tuve que admitir que estaba deliciosa. Yo, que era cliente habitual del Burger King, iba a tener que dejarlo por una buena temporada.

—Anoche… tú y yo… ¿follamos?

Lo dije tan bajo, por miedo a que alguien escuchara, que Lucas ni siquiera me entendió.

—¿Qué has dicho?

—Que si follamos.

Adoptó una postura más relajada, y su sonrisa lo dijo todo.

—Quizás.

—¿Qué significa "quizás"?

—Que te corriste y te quedaste dormido.

—No es posible.

Volvió a acercarse a mí.

De forma peligrosa.

Tentadora.

Y jodidamente sexy.

—Te llevé a la cama.

—Cállate —supliqué.

—Limpié tu semen.

—Lucas…

—Me aseguré de que estuvieras bien.

—Por favor…

Miré a nuestro alrededor.

—Te cargué hasta tu cuarto. Por el camino te aferraste a mi cuello, pegaste tu boca a mi piel y la succionaste hasta dejarme un chupetón —confesó divertido—. Creí que no te gustaban los hombres.

La sangre que se me subió a la cabeza terminó bajando de golpe a mi entrepierna.

«*Estaría pensando en Alicia*.»

—Yo…

«*Exacto. Sigo pensando en ella*.»

—La verdad es…

«*¿Y por qué estoy duro en este momento*?»

Discutir con uno mismo era agotador.

—Tengo que irme —agarré el móvil, le di un último bocado a la hamburguesa jugosa y me largué del restaurante. No entendía qué coño me pasaba.

Los pantalones no tenían bolsillos decentes donde meter las manos. Y, para colmo, haber dejado de fumar para sentirme más sano acabó siendo una pésima idea.

Todo estaba en mi contra.

Hasta mi propia polla.

Volví al edificio, bajé al parking y me encerré en su coche de lujo. Me temblaban las manos, tenía la mirada perdida y la erección seguía ahí, firme, porque los malditos pantalones me apretaban demasiado.

No reaccioné hasta que alguien golpeó la ventanilla del Lamborghini. Estuve a punto de mandarlo a la mierda por tocar así un coche que costaría cerca de tres millones, pero al ver que era él, me mordí la lengua y le abrí.

—¿Vas a castigarme por huir?

—¿Debería?

—Deja de responderme con preguntas, Luc.

—Luc —repitió su nombre en tono calmado—. No dejo que nadie me llame así. Pero contigo… estoy permitiendo demasiadas cosas. Y no debería.

No lo dijo molesto.

No se enfadó por haberlo dejado solo.

Ni le importó que cogiera el Lamborghini sin su chófer.

—¿Luc?

—¿Qué?

Le destrocé la adolescencia. Y, para redimirme un poco, estaba dispuesto a que hiciera conmigo lo que quisiera.

Lo agarré por la corbata, tiré de él sin delicadeza y acerqué mi boca a la suya.

Lo besé.

Sin prisa.

Sin miedo.
Y sin excusas.

Capítulo once

Izan Herrera

No escapó de mis labios, sino que correspondió al beso. Colocó una mano firme detrás de mi cuello e invadió mi boca con su lengua escurridiza. Sentí cómo me faltaba el aire, pero en lugar de apartarlo, aproveché para abandonar el asiento del piloto y sentarme en su regazo.

La cabeza me daba vueltas y el estómago se estremeció con una extraña corriente que recorrió mi piel. Mientras Lucas destrozaba los botones de mi camisa, yo apreté con fuerza las piernas para no caer hacia atrás.

Olvidé por completo que estábamos en un parking, a la vista de sus empleados.

—Este lugar es demasiado visible —jadeé, con la voz entrecortada.

Bajó la camisa por mis hombros y sentí cómo mis brazos quedaban atados detrás de la espalda. Lucas se apartó de mi boca y se dedicó a lamer mi cuello.

—Shhh —me pidió—. Nadie nos verá.

Capturó el lóbulo de mi oreja y me restregué contra su pecho, sintiendo cómo mi cuerpo ardía bajo sus caricias. Pasó la lengua por mi tatuaje y gemí como si fuera un adolescente descubriendo el placer por primera vez.

—Luc.

—¿Qué? —respondió, confundido.

Quise detenerlo, aunque al mismo tiempo necesitaba saber hasta dónde llegaríamos dentro de ese coche. Lo miré en silencio y contemplé una sonrisa que se desvaneció en el instante en que se acomodó sobre mi pecho.

Mis pezones, desnudos y expuestos, temblaron al contacto de sus dientes. Cerré los ojos cuando su boca los succionó, sorprendiéndome de lo sensible que era esa parte de mi cuerpo.

—Vas a dejar marcas —admití.

Lucas se limitó a reír.

Le hice un chupetón, y, como venganza, él se dedicó a marcarme el torso con los dientes, dejando besos que gritaban que yo ya tenía dueño.

Me moví sobre él, golpeando su entrepierna contra la mía. Estaba tan duro como yo, pero prefirió concentrarse en mi pecho antes que en la zona más evidente.

—Puedes soltarme las manos, no tengo intención de detenerte —le avisé. No era la primera vez que terminaba con los brazos entumecidos e inútiles durante horas.

—Me gusta tenerte atado e inmóvil —expresó, agarrando mis muñecas con una mano detrás de mi espalda—. ¿Qué dijiste de no detenerme? ¿Puedo follarte fuera de la habitación de juegos?

¿Cómo decirle que sí sin parecer desesperado?

Simplemente sacudí las caderas y le mostré de nuevo lo duro que estaba. Lucas soltó una carcajada dulce y acomodó el asiento del copiloto para que estuviéramos más cómodos en el Lamborghini.

Me liberó las manos y se centró en la cremallera de mis pantalones. Observé con atención cómo jugueteaba con la tela de mi ropa interior antes de liberar mi erección, que latía con impaciencia. Me masturbó con una sonrisa que se me quedó grabada en la cabeza.

Eché la nuca hacia atrás y embestí con fuerza contra su mano, que se deslizaba con firmeza por mi polla.

—Lucas…

—¿Hay algún problema?

Negué con la cabeza.

Apoyó el rostro en mi pecho y dejó que su mano libre se deslizara hasta mi trasero. No abrí los ojos hasta que su dedo índice empezó a tantear mi entrada, que seguía temblando al sentir algo intruso rozándola.

—Pídeme que te folle o grita la palabra de seguridad.

No sentía dolor, y pedirle que me follara me daba vergüenza, especialmente si era otro hombre.

Lucas continuó estimulándome mientras golpeaba los pliegues de mi culo, poniéndome muy nervioso. Dejé caer la cabeza sobre la suya y medité unos segundos lo que quería que pasara entre nosotros.

«*Me gusta follar… ¿qué problema habría en que él me follara a mí?*»

Probablemente, que no sonaría muy heterosexual, pero en las cárceles muchos presos terminaban acostándose con otros hombres porque no veían una mujer atractiva en años. Y ellos no eran gais. Yo tampoco lo sería.

Solo seríamos dos hombres disfrutando de un buen polvo en un lugar privado y en un coche que me aceleraba el pulso.

—Fóllame.

Se echó hacia atrás para mirarme desconcertado.

Elevó una ceja con gracia y me pidió que lo repitiera.

Me deshice de la camisa que me ataba los brazos y paseé mis dedos por su cuello. Toqué la marca que le había dejado, inconscientemente, y caí sobre él para repetir, sin rodeos, que quería que me follara.

—Te entrego mi culo y te pido sin tapujos que me folles de una puta vez —fui directo y sin ningún atisbo de timidez.

Lucas me sujetó del cuello y volvió a besarme. El cosquilleo de su lengua me subió más que saborear un chupito de absenta.

Estaba borracho de él y aun así quería que me jodiera.

—Mierda —maldijo—, no tengo condones.

—Vi en el contrato que estás limpio de ETS, al igual que yo —soné desesperado; aun así, no quise detenerlo. —. Puedes follarme sin protección y correrte dentro. No pasará nada.

—Deja de ser tan tentador.

—Pero…

—En otra ocasión, quizás. No somos pareja, Izan. No voy a correrme dentro —al ver que insistía, buscó otra solución—, de todas formas, haré que nos corramos juntos.

Liberó su polla de los estirados pantalones de traje y la acercó a la mía. Rodeó nuestros miembros con firmeza y empezó a mover su mano despacio, marcando un ritmo lento que me hizo estremecer.

Sentir su piel rozando la mía me puso la piel de gallina y desató una tormenta de sensaciones que me consumían poco a poco. Sus dedos, largos y finos, eran hábiles y perversos.

Mientras nos estimulaba, la mano que tenía bajo mi espalda se deslizó hasta mi trasero y jugó con ese agujero rebelde que palpitaba pidiendo atención. Me penetró con dos dedos y un grito escapó de mis labios, atravesando el vehículo y resonando en el parking.

Que me follara el culo mientras nos tocaba a los dos… me volvía loco. La combinación entre el placer interior y la humedad que cubría mi polla me tenía al borde del abismo.

Presionó fuerte y sentí cómo ardía por dentro. Gemí y lo miré, pidiéndole permiso para correrme. Sus ojos marrones me atraparon y, sin pensarlo, me acerqué a besarle.

—Estás devorando mis dedos. Relájate y disfruta —murmuró sin perder el ritmo—. Quiero que sientas cada caricia y te corras conmigo.

Su dedo se movía con precisión, golpeando mi próstata hasta que mis ojos se pusieron en blanco. El placer se volvió insoportable y se intensificaba con cada movimiento. Mis uñas se clavaron en sus hombros cuando el orgasmo explotó en mí. Me mordí el labio con fuerza para no dejar escapar otro gemido intenso.

Mi semen cubrió nuestros miembros y caí sobre él, sintiendo que mi cuerpo ya no me pertenecía. Lucas siguió moviendo su mano frenéticamente, ordeñándonos casi con desesperación. Su aliento cálido acarició mi cuello y, mientras se corría, mordió mi piel con hambre.

Sus jadeos me excitaban, y el aroma salado de nuestra humedad quedó impregnado en el interior del vehículo.

Intentamos recuperar el aliento en un silencio que no me incomodó ni despertó deseos de huir. Simplemente disfruté de la lujuria que había surgido entre dos hombres que estaban muy calientes y que necesitaron desahogarse con una paja.

***

A primera hora de la mañana contacté con Erik porque necesitaba hablar con alguien sobre lo que ocurrió entre Lucas y yo dentro de su vehículo. Me vestí con otro traje y agradecí encontrar unas zapatillas deportivas más cómodas que los mocasines negros que querían que usara.

Mario volvió a ser mi chófer y ni siquiera protesté. Me senté a su lado y observé en silencio el paisaje durante el corto trayecto. Quedamos en una hora para reencontrarnos y, cuando vi a Erik sentado, aceleré el paso para alcanzarlo y pedirle que me acompañara a comer algo.

Nos colamos en un restaurante e intenté sonreír para que no notara nada extraño en mí. Crucé los dedos, miré a mi alrededor y esperé a que un camarero nos atendiera.

—¿Estás bien? Pareces nervioso.

—Por supuesto que estoy bien. No pasa nada. Simplemente te llamé porque me apetecía charlar contigo un rato.

Erik dejó caer su mejilla sobre la palma de la mano, apoyando el codo en la mesa. Analizó todos mis movimientos e intentó averiguar qué me inquietaba realmente.

—Me llamaste a las cinco de la mañana —me recordó—. No sueles madrugar. Incluso cambiaste varios turnos para no trabajar en las horas en las que más pega el sol.

Solté una mentira piadosa:

—El otro día me quedé preocupado. Estabas tan triste... —pero no se la creyó.

—Suéltalo, Izan. No dejas de mover la pierna y lo vas a tirar todo —indicó, mientras sostenía nuestros refrescos—. ¿Qué ha pasado?

Él era el único que podría darme una respuesta, así que fui directo al grano y esperé que me quitara ese malestar que no me dejó dormir en toda la noche.

—Ayer le pedí a Lucas que me follara —que se quedara en silencio, con los labios abiertos de forma exagerada, no ayudó demasiado—. Soy un hombre heterosexual. Simplemente estaba

muy cachondo y dejé que me tocara la polla mientras nos corríamos juntos. Eso no me hace gay, ¿verdad?

Se bebió su refresco de un solo trago y siguió tan confundido como yo.

—¿Suplicaste?

Me llevé una decepción al no ser penetrado. Eso era raro. Muy raro.

—Sí.

—¿Y pretendes que te diga que sigues siendo heterosexual? —asentí con la cabeza—. ¿Por qué?

—No lo sé. Estoy confundido. La idea era rendirme ante él porque hice cosas terribles cuando tenía catorce años. Lo dejé marcado y lo humillé delante de todos. No soy capaz de pedirle perdón —me desahogué con Erik, y él me escuchó sin rechistar ni juzgarme—. Pensé que, si le complacía sexualmente, olvidaría todo el dolor que le causé junto a Miki. Y es una putada… porque pienso en eso todos los días y luego no soy capaz de hablarlo con él.

—Joder...

—Eres el único que me puede ayudar. No sé qué le pasa a mi cuerpo cuando él me toca, pero después miro a cualquier mujer —miré de reojo a la camarera— y sigo pensando que son preciosas, que me gusta tener relaciones sexuales con ellas porque son suaves, huelen bien y sus gemidos me vuelven loco.

—¿Y cómo ha sido el sexo con Lucas?

—Sucio y duro.

—¿Y te ha gustado?

Llevaba tiempo soltando una verdad tras otra.

—Muchísimo.

—Hay muchas personas bisexuales. Sentirse atraído por alguien de tu mismo sexo no significa que sea solo sexual; también puede ser algo emocional.

Si miraba a otros hombres, no despertaba en mí la misma curiosidad que sentía hacia Lucas.

—Lo único que sé es que voy a volverme loco.

—¿Izan?

Reconocí inmediatamente su voz.

—A... Alicia.

Ella soltó la bandeja que llevaba y se abalanzó sobre mí para abrazarme. Noté cómo el teléfono vibró sobre la mesa, y terminé ignorándolo porque reencontrarme con ella era más importante.

—¿Cuándo has vuelto a España?

—Hace unas semanas. Me alegro muchísimo de verte —analizó mi ropa y se apartó al notar que vestía raro—. ¿Has dejado el chándal?

No fue por decisión propia, pero lo hice.

—Perdón —me disculpé con ambos—. Él es Erik, un amigo. Y ella es Alicia, una...

Agradecí que ella siguiera presentándose, al darse cuenta de que no era capaz de pronunciar la etiqueta que compartíamos.

—Otra amiga.

Se dieron dos besos y vi que la persona del otro lado de la línea seguía insistiendo para hablar conmigo.

—¿Estás...?

—Estoy trabajando por la zona, sí.

—No me lo puedo creer. ¿Estás desarrollando algún videojuego?

No podía decirle que era el esclavo sexual de un hombre, así que recurrí a las mentiras de siempre.

—En una oficina.

—De ahí el traje. Estás muy elegante, Izan.

—Gracias —era extraño que todos alabaran mi nueva forma de vestir. —¿Volviste con el mochilero?

Quería saber si volvió a nuestro país con el hombre por el que rompió nuestra relación.

—No. Rahul se quedó en la India. Es una larga historia —recogió la bandeja cuando su encargada la llamó—. Déjame tu teléfono en una servilleta. Te llamaré cuando salga del trabajo.

Sonreí como un estúpido y la vi marcharse a la cocina.

—¿Y ella es...?

—Mi exnovia.

—Oh.

Oh, sí.

Eso era un problema para mí y para mi corazón.

Capítulo doce

Lucas Bosch

Una vez más, abandoné el despacho antes de lo habitual. Estaba acostumbrado a volver a casa a las diez de la noche y, desde que sabía que Izan me esperaba, recogía mis cosas y me plantaba allí a las seis de la tarde. Los empleados seguían sin comprender mis cambios de horario; aun así, me dedicaban esa sonrisa educada que tanto agradecía.

Me quité la americana y llamé a la puerta de su habitación para no sobresaltarlo. Desde que me pidió que lo follara, dejé de verlo como el bastardo al que quería destruir.

Al no obtener respuesta, empujé el pomo dorado y me colé en el interior del cuarto. No estaba, pero sus cosas seguían esparcidas por el suelo. Caminé hasta la cama y lo llamé para saber dónde se encontraba y si quería cenar conmigo.

No obtuve una respuesta. Me dejé caer sobre el colchón y observé el desastre que tenía montado. Había carátulas de videojuegos, envoltorios de dulces y snacks que devoraba a las dos de la madrugada. Debajo de la cama encontré una bolsa enorme llena de artículos eróticos.

—¿Has estado jugando sin mí? —no pude evitar reír.

La bolsa rebosaba de juguetes sexuales: plugs, cuerdas de terciopelo, lubricantes de sabores, pinzas para los pezones, esposas y hasta un pequeño vibrador.

Seguía sin entender del todo el placer que algunas personas hallaban en suplicar por un poco de dolor. Pero si Izan disfrutaba con tanta pasión del mundo del bondage, entonces tendría que encontrar la forma de complacerlo… y ser más estricto en la disciplina del castigo.

El teléfono sonó, y no era Izan quien me devolvía la llamada.

—¿Dónde estás?

—En casa —respondí con la misma franqueza.

—¿Desde cuándo regresas tan pronto? ¡Ah! —lo comprendió enseguida—. Tienes un chico al que castigar. Solo he llamado por si querías tomar algo conmigo.

Mis planes habían cambiado, así que estaba libre. Lo raro era que Bosco también tuviera tiempo para sus amigos. Acepté encontrarme con él y, en menos de un minuto, me mandó la ubicación. Tuve que desplazarme hasta uno de sus casinos porque se había molestado al no encontrarme en mi despacho.

Ignoré la zona de máquinas y las mesas de juego, e intenté escapar del bullicio de la gente y de las luces parpadeantes, una estrategia diseñada para mantener al público estimulado. Como no había ido a jugar, me dirigí directamente a las escaleras que conducían a la zona restringida.

Los hombres de Lluch me abrieron paso y empujaron la puerta que daba al lounge privado. Allí estaba Bosco, sirviéndose un whisky y evitando que el hielo no diluyera el sabor.

Me senté a su lado y pedí al barman que me sirviera lo mismo que al señor Lluch. Fue sorprendente estar solos en ese espacio, cuando normalmente siempre rondaba algún grupo de amigos íntimos dispuesto a hacerle compañía.

—¿Cómo te va con el sumiso? ¿Ha renunciado al contrato?

—No, más bien me pidió ayer que lo follara.

Bosco dejó caer la copa de cristal y derramó toda la bebida. Nos apartamos para que limpiaran el desastre, mientras yo intentaba explicarle la situación.

—Soy el primero en no comprenderlo. Sé que siempre ha estado con mujeres, y ayer… me pidió que lo jodiera sin importar si llevaba un condón o no.

—¿Lo has domado en una semana?

—No sé si está jugando conmigo, si tiene un plan con Miguel o si simplemente ha descubierto el placer a través de la humillación y de someterse ante un hombre.

—¿Lo has drogado?

—¡No! No he hecho nada. Y eso está echando por tierra todos mis planes. Quiero que sufra y se lamente por lo que me hizo… pero

así, suplicando que lo toque, no puedo. No puedo hacerle daño, por mucho que lo necesite.

Me llevé las manos a la cabeza y apoyé los codos en la barra.

—¿Te estás enamorando de tu acosador?

—Deja de beber. Empiezas a decir tonterías.

La mano de Bosco se posó en mi hombro y tiró de mi traje para que lo acompañara hasta un sofá. Me llevé conmigo la copa y me senté a su lado, escuchándolo con atención.

—No digo tonterías. El otro día llegaste desesperado, ansioso por joderle la vida, y ahora te encanta follar con él porque te pone el culo en la cara. ¿Le estás dando dinero o algo? Y no hablo del pago que recibirá al terminar los seis meses.

—Me pidió que cubriera todos sus gastos.

—¡Joder! —gritó con todas sus fuerzas—. Eres imbécil, Lucas. Te libras del actor y consigues otro chupasangre. Aunque digas que no, también te está sacando el dinero.

No, Izan era distinto.

Compraba tonterías.

Tenía microgastos en skins de videojuegos, comida basura o accesorios que dejaba tirados por la habitación.

—Acepté sus condiciones al igual que él aceptó las mías.

—¿Y qué condición pusiste? ¿Qué te la chupara? Eso ya estaba incluido en el contrato. Jamás pensé que diría esto, pero… deberías apretar un poco más. Al menos que te pidiera perdón por todo el daño que te hizo junto a Miguel —que cambiara de opinión me sorprendió incluso a mí—. Hazle gritar un poco, que llore y que se cuestione qué hizo mal para que estés tan cabreado con él.

Antes de contestar, recibí un mensaje:

“Acabo de ver tu llamada. ¿Dónde estás?” —Izan Herrera.

—¿Es él? —asentí con la cabeza.

—Dile que venga al casino. Quiero conocerlo. Vamos a divertirnos un rato con él.

—Bosco…

—No le pondré un dedo encima, tranquilo.

Acepté su propuesta y le escribí a Izan para que viniera a buscarme al casino Imperium, en el paseo de Colón. Pasaron treinta minutos antes de que uno de los guardias de seguridad tuviera que salir a buscarlo, ya que tenía la entrada vetada.

Cuando se reunió con nosotros, lo hizo con la cara embobada por poder traspasar la zona de juegos y entrar a la sección VIP. Lo presenté e Izan pidió un refresco.

Bosco entrecerró los ojos e intentó no reírse de él.

—¿Por qué te prohibieron la entrada en mis casinos?

—Por una pelea —contestó sin rodeos—. El tipo de la tragaperras de al lado dijo que le estaba robando la suerte y acabamos a golpes. Nos echaron, y las cámaras se quedaron con mi cara. ¿Cómo es posible?

—Es por el sistema que desarrollé en la universidad —le expliqué —. Todas las cámaras del casino llevan mi tecnología, la del logo de la abejita. No es un sistema de videovigilancia común, sino un software de reconocimiento facial en tiempo real. Funciona así —siempre me entusiasmaba hablar de mi empresa—: Cuando alguien con antecedentes de incidentes o que ha sido vetado intenta entrar, el sistema compara su rostro con la base de datos interna. Si hay coincidencia, lanza una alerta inmediata al personal de seguridad. Así evitan que vuelva a colarse alguien problemático. Es automático, discreto y muy eficaz.

—Wow —exclamó, impresionado.

Bosco se levantó del sofá e hizo una llamada. Al parecer, quería que cenáramos allí y probáramos la comida de su nuevo chef.

—Lamentándolo mucho, tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—Tigran tiene un combate. Quiero estar allí para apoyarlo. Mucha suerte con tu chico sumiso —bajó la voz y luego se dirigió a Izan—. Ha sido un placer. Disfrutad de la noche. Si os apetece, después del postre podéis jugar un rato. A las máquinas o a lo que más os guste. Hay habitaciones privadas. Esta noche corre todo por mi cuenta. Nos vemos pronto.

Bosco desapareció y nos dejó solos.

Por un momento pensé que me estaba evitando, pero se levantó de la otra punta del sofá y se acomodó a mi lado.

—Siento no haberte llamado antes.

—No pasa nada.

—¿Qué querías?

—Iba a invitarte a cenar…

Izan sonrió.

—Me alegra saber que pensaste en mí.

—Buenas noches, caballeros. ¿Serían tan amables de seguirme?

—¿Otra vez tú? —preguntó él con tono divertido.

—Izan —la mujer rompió el protocolo y se acercó hasta él—. No esperaba verte en el casino Imperium.

—He venido a cenar con… —me miró y se lo pensó bien antes de responder— con mi jefe.

«¿*Tu jefe*?», pensé, ligeramente molesto.

—Soy Alicia Martín —se presentó con amabilidad. Me levanté, alisé mi americana y le estreché la mano—. ¿Es el señor Bosch?

—Sí, soy Lucas Bosch.

—Os atenderé como me ha pedido el señor Lluch.

Izan caminó junto a Alicia mientras yo me quedaba atrás, observando su animada conversación.

«¿*De qué se conocen esos dos*?»

Capítulo trece

Lucas Bosch

Olvidó por completo que estaba allí para atendernos. De forma descarada, arrastró una silla hasta la mesa que ocupábamos en la azotea del casino y empezó a charlar dulcemente con Izan. Se tocaba el cabello oscuro y reía cada vez que él le preguntaba con exactitud por los lugares que había visitado aquella temporada en la que decidió recorrer el mundo con una mochila.

Me quedé con los brazos cruzados, disfrutando de la brisa nocturna. No quería interrumpirlos ni que Izan pensara que me molestaba verlo sonreír con sinceridad ante alguien que no era yo. Saqué el móvil y le eché un vistazo rápido a la agenda. La única reunión importante de la semana era con la señora Medina, y no pensaba cancelarla.

—¿Y no has conocido a nadie más? —la pregunta de ella me hizo apartar la mirada del teléfono que me mantenía conectado con la empresa—. Han pasado seis meses… no pareces alguien que disfrute de la soledad.

Lo miré curioso.

Él hizo lo mismo.

Me sostuvo la mirada, se le sonrojaron las mejillas y respondió con una explicación breve sobre su relación con la empleada de Bosco.

—Alicia y yo fuimos pareja. Estuvimos juntos unos años… hasta que decidió que lo mejor para los dos era terminar.

Ella se acercó un poco más a su exnovio y soltó una risita, intentando disipar la tensión que se había instalado entre los tres.

—Pero a tu jefe no le interesa con quién has estado… o con quién estarás.

Fui educado durante unos minutos. Incluso permití que se sentara con nosotros y charlaran un rato. Lo que no iba a tolerar era

que se rieran de mí como si fuera el jefe amargado que controlaba y atormentaba a sus empleados.

«*Que se joda*», pensé, esbozando una sonrisa. «*Tenemos un contrato. Así que es hora de divertirnos*.»

Deslicé la mano por debajo de la mesa y la apoyé sobre la rodilla de Izan. Él dio un respingo en la silla, y sus ojos verdes se agrandaron sin comprender del todo lo que estaba ocurriendo. Acaricié la tela de su pantalón y agradecí que la mesa no fuera tan grande y que estuviera sentado tan cerca.

—Yo… bueno… la verdad es que yo…

Fui subiendo por el interior de sus muslos y me esforcé un poco para llegar hasta su entrepierna. Justo cuando estuve a punto de tocarle el miembro, la mujer se levantó, miró la puerta que la separaba de sus deberes y se disculpó con ambos, alegando que tenía que entregarle la comanda al chef.

—Hablaremos más tarde, Izan. Lamento haber interrumpido vuestra cena de negocios.

Me dirigió una mirada con el ceño fruncido y sacudió la trenza que le caía sobre el hombro. Izan no respondió, simplemente la observó y se aferró a la servilleta de tela que tenía a mano. Alicia apretó los labios, se alejó, y me alegré de perderla de vista durante unos minutos.

—¿Qué estás haciendo, Luc?

—Estabas tan entretenido con tu exnovia, que pensé en recordarte que soy tu jefe —hundí los dedos en sus muslos y rocé su bulto con el meñique—. ¿Cómo puedes ponerte cachondo con tu superior? Con lo hetero que te las das…

Me sujetó la muñeca para detenerme y acercó el rostro al mío.

—Deja de torturarme, por favor.

Lo dijo en voz baja; aun así, frunció los labios de una forma que me dieron ganas de besarlo sin pensarlo.

—¿Por qué? ¿Te está gustando?

—Sí, joder.

Que lo confesara otra vez me puso todavía más duro. No se había sonrojado por hablar con su ex, se había excitado por tenerme tan cerca y saber que estaba dispuesto a tocarlo.

—¿Podemos esperar a llegar a casa? —preguntó, justo cuando mi mano intentó colarse bajo sus pantalones.

Pero yo no podía esperar.

Quería tenerlo bajo esa mesa, arrodillado y con la boca bien abierta devorando mi polla.

Deslicé la mano lejos de su entrepierna, subí por su torso y jugueteé con el cuello de su camisa. Su piel quemaba, sus ojos estaban entrecerrados y esa mezcla de inocencia y caballerosidad me estaba volviendo loco.

—Quiero que me la chupes ahora mismo.

—Luc…

—Ahora —insistí—. Puedes hacerme una felación o bajarte los pantalones y dejar que te folle aquí mismo. Tú decides.

Me comporté como un hijo de puta porque necesitaba que no olvidara quién mandaba allí. Y porque sabía que no iba a negarse. Solo tenía que decir la palabra de seguridad, y yo me detendría. Pero Izan arrastraba un orgullo que lo empujaba a soportarlo todo sin ceder.

—Lo haré —dijo al fin, mientras se deslizaba bajo la mesa, intentando cubrirse con el mantel.

«*Se te ven los zapatos*.»

—¿Por qué te dejó? —pregunté, mientras notaba cómo tiraba del cinturón.

—Ya lo has escuchado. A ella le encanta viajar, conocer otras culturas y perderse durante semanas para encontrar algo de paz —su aliento empezó a hacerme cosquillas—. Dijo que era muy inmaduro para ella y que lo mejor para los dos era estar separados.

Cogió mi polla con su mano y dudó un instante sobre qué hacer. Pasé mi mano por detrás de su cuello y acaricié los mechones rebeldes que le caían.

—¿La echas de menos?

Me agarré a la mesa cuando la punta de su lengua tocó mi desesperada polla. Empujé su cabeza y, de alguna forma, le supliqué que me la chupara de una vez.

No respondió a mi pregunta, pero obedeció la orden y comenzó a deslizar la lengua por todo el tronco de manera lenta, inexperta y

saboreando cada centímetro de mi falo.

Que fuera tan torpe en una mamada solo hizo que me gustara más.

Eché un vistazo bajo la mesa y me crucé con esos ojos verdes que empezaban a fascinarme. Me alejé de su melena ondulada y acaricié los labios que estaban succionando mi carne. Izan sonrió de forma traviesa y se la metió en la boca. Solté un gemido ronco y me eché hacia atrás para acomodarme mientras me daba placer.

Enredó sus brazos alrededor de mis piernas y noté cómo su cabeza comenzó a moverse y a tragarse profundamente mi polla. No tardó en dejar escapar las primeras arcadas, seguidas de un quejido contenido.

Su garganta seguía sin estar preparada y su mandíbula tembló cuando intentó tragarse mi miembro entero otra vez. Terminé deteniéndolo para que no se hiciera daño en la comisura de los labios.

—Tranquilo, Izan —solté, en un tono calmado mientras le acariciaba la mejilla—. No tienes que tragártela entera la primera vez.

Tenía los ojos rojos por el esfuerzo y llenos de lágrimas; sin embargo, no se apartaba.

Pasé un mechón por detrás de su oreja y estimulé su lóbulo a la vez que rozaba su tatuaje. Izan volvió a devorar mi polla y marcó un ritmo más pausado con la cabeza.

—Muy bien. Mucho… mejor.

Le costaba respirar y, por momentos, se atragantaba, pero aun así no se detuvo.

Su saliva lo empapó todo, se le escurría por la comisura y goteaba sobre mis pantalones. Succionó con fuerza y de vez en cuando perdía el ritmo de cabeza. De todas formas, logró que me estremeciera.

—Si sigues así, conseguirás que me corra.

Mis palabras lo motivaron, dándole una seguridad que no mostró hasta que lo elogié. Decidió intentarlo una vez más y avanzó con su boca por toda mi polla hasta que atravesó su garganta.

Gemí sin importarme que las cámaras de seguridad del casino nos estuvieran grabando, y cerré los ojos justo cuando su lengua rozó la base de mis pelotas; justo donde empezaba a doler de tanto placer.

El reloj jugaba en nuestra contra y en cuestión de minutos su exnovia volvería para traernos la cena. Terminé sujetando su rostro con ambas manos y lo ayudé a moverse mientras mis caderas lo acompañaban en el balanceó de cabeza. Penetré esa inexperta garganta a la que le arranqué un par de arcadas más.

El calor empezó a subirme por todo el cuerpo y los músculos se me contrajeron hasta el límite de hacerme gruñir. Estaba a punto de explotar en su boca cuando la puerta de la azotea se abrió y la mujer de cabello negro apareció.

Tuve que enredar los dedos en su melena para frenar las sacudidas de su cuello, conteniendo el impulso de empujarle el miembro hasta el fondo y correrme de una puta vez.

—Traigo la cena —la acomodó en la mesa y lo buscó de forma desesperada—. ¿Dónde está Izan?

Le mentí con mis palabras.

Aunque no con mis gestos.

—Se ha ausentado por cosas de trabajo —bajé la cabeza y señalé la mesa. Sonreí y me divertí cuando descubrió los zapatos de su exnovio asomándose por el mantel blanco—. ¿Quieres decirle algo?

Mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, terminé encontrando el placer que tanto buscaba. Di el último empujón y acabé en su boca. Me aferré con todas mis fuerzas a su garganta y luché por no soltar un gemido.

Alicia se aferró a la bandeja mientras seguía contemplando la imagen que Izan daba de rodillas entre mis piernas.

Se escuchó cómo tosía al liberarse de mi polla y abandonó ese rincón mientras se limpiaba los labios.

Cuando alcanzó torpemente su silla, se quedó congelado al ver a su exnovia como espectadora.

—Alicia…

Ella no le dijo nada y salió corriendo.

Izan me miró a mí y yo solo pude contemplar sus mejillas enrojecidas, sus labios hinchados y un hilo de semen que se le escapaba de esa boca que me volvió loco.

—¡¿Por qué?!

Se puso muy nervioso.

—No me grites.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué no me has avisado?

—He intentado librarme de ella, pero seguía ahí, de pie, observándolo todo.

Arrastró con tanta fuerza la silla que se me puso el vello de punta. Se acercó hasta mí para plantarme cara y, con un tono furioso y avergonzado, escupió lo que sentía por dentro.

—Enhorabuena. Has conseguido humillarme. Te has reído de mí y has dejado que otros vean lo cobarde que soy —golpeó la mesa y pegó su frente contra la mía—. ¿Estás contento? ¿O quieres bajarme los pantalones y follarme delante de alguien más? ¡Responde!

Era consciente de que estuvo fuera de lugar y, en el fondo, se merecía eso y mucho más.

—Haré lo que quiera contigo. No olvides nuestro trato.

Capítulo catorce

Lucas Bosch

Intenté frenarlo; sin embargo, reunió la fuerza suficiente para apartarme de un empujón. Quiso salir disparado para hablar con Alicia y, como un idiota sin dos dedos de frente, volví a sujetarle el brazo. La rabia que me tenía era tan evidente que ni siquiera la disimuló: fruncía el ceño, tenía un tic nervioso en el labio y la forma brusca en que sacudió el brazo cuando lo toqué dejaba claro lo mucho que le repugnaba estar conmigo en ese momento.

Al final lo dejé marcharse, y con paso lento lo seguí sin que me notara. Encontró la sala de trabajadores y uno de los hombres de seguridad le dijo que Alicia había ido al vestuario. Atravesó un par de pasillos más hasta que la encontró.

Era vergonzoso que a mi edad tuviera que esconderme para escuchar una conversación ajena, pero lo hice porque seguía molesto con Izan por no ser capaz de comprender sus estúpidos sentimientos por alguien que lo había dejado atrás.

—¿Tienes una relación con tu jefe? —preguntó, después de sonarse los mocos.

Se oyó cómo se sentaba junto a ella en un taburete de madera que crujió bajo el peso de ambos.

—Es complicado de explicar, Alicia. Sí, tenemos algo.

«¿*No lo vas a ocultar*?»

—¿Desde cuándo te gustan los hombres?

—No me hagas preguntas para las que yo mismo no tengo una respuesta —suspiró, hizo una pausa y añadió—: Lamento muchísimo que hayas visto el espectáculo que dimos en la terraza. Nos dejamos llevar sin pensar que no estábamos solos.

Asumió parte de la responsabilidad cuando quien inició el juego fui yo... pidiéndole que me comiera la polla.

—¿No vas a mentirme?

—No —parecía agotado, y se rindió—. Hace un tiempo te habría dicho que no era lo que parecía, que Lucas era solo un amigo del instituto y que estaba arrodillado porque le había picado una abeja —soltó una carcajada—. Mírame bien, Alicia —se escucharon sus pasos, así que imaginé que se había levantado del banco—, mi ropa está empapada, y no solo por mis fluidos. El año que viene cumpliré treinta. Estoy harto de ser un puto fracasado y de seguir mintiendo. No trabajo para Lucas Bosch, más bien…

El silencio se debió a que ella lo interrumpió.

—Si me lo hubieras contado, no habría intentado acercarme a ti. Cuando te vi esta mañana en mi primer trabajo y después en el casino… pensé que el destino me estaba mandando una señal. Sentí que nos necesitábamos mutuamente; sin embargo, estaba muy equivocada. No me necesitas, Izan. Y ya no eres el de antes. Me alegro por ti.

Ambos terminaron riendo.

—¿Querías volver conmigo?

Se escuchó un beso, y eso me irritó aún más.

—Estás muy guapo, y el traje te queda de maravilla. Cuídate.

Alicia se despidió y abandonó el vestuario. Me apoyé en la pared, agradecido de que ni siquiera me mirara. Izan se quedó dentro, murmurando lo raro que se le hacía haber sido sincero con la mujer que una vez amó.

Salí de mi escondite y me aclaré la garganta para que se diera cuenta de mi presencia. Me miró por encima del hombro y su rostro sereno volvió a tensarse.

—Has tenido suerte —caminó hasta mí y me golpeó el hombro con el suyo. No huyó, pero se quedó a un metro de distancia—. Aunque en el fondo me muero de ganas de soltarte un puñetazo y decirte que eres un cobarde.

Eso sí que era divertido.

—¿Quieres golpearme? Hazlo —lo desafié—. Lo hiciste durante años. El único problema es que esta vez no dejaré que me retuerzas el brazo, me patees el estómago hasta dejarme sin aire y me pidas con una sonrisa que me rinda.

Mis palabras le dolieron tanto que acortó la distancia, me agarró de la camisa y apoyó su frente contra la mía. Sentí el escozor en la piel y su respiración agitada chocando contra mi cara.

—Te propongo algo, Lucas: si de verdad eres un hombre, golpéame hasta que estés satisfecho. Me arrodillaré otra vez, dejaré que me ates las manos a la espalda y te permitiré desahogarte conmigo de una puta vez. Olvídate del contrato del club Ébano y de esa mierda de que con el sexo me haces daño. ¡Hazlo como un hombre y golpéame ya!

Algo dentro de mí se moría de ganas por cerrar el puño, estrellarlo contra su cara y patearlo hasta que me suplicara que parase... pero en vez de liberar todo ese odio que seguía ardiendo dentro de mí, lo miré y supliqué en silencio que fuera él quien me pidiera perdón.

Solo quería que me mirara a los ojos y se disculpara por todo el daño que me había hecho.

Y no fui capaz de escupírselo ni de reclamárselo.

Me sentí tan pequeño como cuando tenía doce años.

No necesitaba que estuviera junto a mi hermano para que el miedo me dejara paralizado.

Aparté sus brazos y salí de la zona de la azotea.

Escuché su voz pidiéndome que me detuviera, que termináramos la conversación; aun así, seguí caminando con paso firme hasta que me perdió de vista.

Me colé en el ascensor privado, escaneé mi huella y dejé que me llevara hasta el reservado donde Bosco solía recibir a sus amigos sexuales cuando quería privacidad.

Acabé en la barra, agradecí que me llenaran la copa de brandy y, sin pensarlo demasiado, mandé un mensaje. Adjunté la dirección y, tras unas copas de más, alguien me alzó el brazo y me pidió con tono amable que lo acompañara.

Me llevó por la zona exclusiva hasta el picadero de Bosco. Dentro había una cama enorme en la que caí, sintiendo que el colchón me tragaba.

—Ese idiota se ha quedado en los dos mil. ¿En serio tiene una cama de agua? —Estaba tan borracho que no reconocí la voz de

quien me alejaba del alcohol—. ¿Estás bien? ¿Voy a por un vaso con agua?

—No me dejes solo.

Busqué su brazo y correspondió mi mano.

Tenía la piel suave y un aroma cítrico a limón y pomelo que lo envolvía sutilmente.

—Me ha sorprendido que me enviaras un mensaje.

—Quería verte.

Noté cómo su cuerpo se acoplaba al mío. Se sentó ahorcajadas sobre mí, y aunque el alcohol me nublaba la visión, no pude evitar ponerme cachondo. Recorrí sus piernas con mis torpes manos y sentí que todo giraba a mi alrededor por el vaivén de la cama.

—¿Me has echado de menos? —preguntó mientras se acercaba peligrosamente a mi cuello. Hundió los dientes en mi piel y tuve que agarrar su trasero para frotar mi entrepierna contra el culo que deseaba follarme—. Cuando bebes siempre te pones muy dulce. Eres como un niño, no sabes mentir.

—No te vayas. No me abandones.

No podía dejar de suplicar.

Y le hice gemir.

—¿Vas a follarme en la habitación de Bosco?

Intenté incorporarme, pero fue inútil. Quería mirarlo a los ojos, besarle los labios y decirle que me daba igual lo que pensara Bosco si nos pillaba.

—Sí, lo haré.

—Estás muy borracho, Lucas.

—Llámame Luc.

Su risa sonó extraña.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. Llevas días llamándome así.

Rodé sobre la cama y conseguí que cayera debajo de mí. Le aparté el cabello del rostro, viendo su cara de forma borrosa.

—¿Lucas?

—¿Qué?

Estaba demasiado distraído besando su cuello, bajando la cremallera de sus vaqueros y metiendo la mano para tocar su polla.

—¿Sabes quién soy?

—Eres tonto.

—Lucas —insistió.

Me aparté de su piel, besé su boca y murmuré su nombre.

—Eres Izan.

Se quedó en silencio.

Y entendí que me daba permiso.

Me deslicé entre sus piernas, logré sacarme la polla y, cuando intenté penetrarlo, el sueño me golpeó de lleno.

Capítulo quince

Izan Herrera

Abandoné el casino sin entender por qué Lucas no decidió golpearme y liberar esa angustia que no lo dejaba vivir en paz. No solo le entregué mi cuerpo, también le di permiso para convertirme en su maldito saco de boxeo y que así dejara de joderme de una vez.

Podría haberme insultado, abofeteado o recordado lo miserable que era por venderme. Pero en lugar de atacarme, se apartó de mi lado y se marchó.

Fue más doloroso quedarme solo que si me hubiera partido la nariz de un golpe.

Me abrigué con la americana y tomé el transporte público porque no fui capaz de llamar a Mario, y mucho menos de disculparme con él.

«¿*Adónde has ido*?» fue lo primero que se me cruzó por la cabeza.

Como era demasiado tarde, los conductores del metro no me permitieron hacer transbordo, así que tuve que bajarme en una parada que no conocía. Por suerte, había un parque cerca, y no tuve que caminar mucho para encontrar un banco.

A unos metros del rincón que elegí para dormir, había un hombre con un carro de la compra donde llevaba todas sus pertenencias. El frío se levantó y me caló hasta los huesos.

Me acerqué a él con la intención de comprarle una de las mantas que no estaba usando. No tenía dinero en metálico; sin embargo, sí llevaba una Snitch dorada de oro que había comprado por internet con el dinero de Lucas.

Era humillante seguir sobreviviendo a su costa, aunque no quería morirme de una pulmonía.

—Caballero —el hombre me miró con recelo, y era comprensible; de noche no podías fiarte de nadie—, ¿sería tan amable de

venderme una de sus mantas? Es cierto que no tengo dinero…

El hombre llevó el dedo índice a los labios y, con un gesto amable, me tendió una de las mantas que cargaba en el carro metálico.

—Por favor, señor, acepte este llavero.

Él negó con la cabeza.

E insistió en que no le diera nada.

No podía ser un cabrón con alguien que me ofrecía lo poco que tenía.

—Insisto, señor —le cogí la mano y me deshice de ese complemento friki que tanto me había gustado—. Puede empeñarlo. Es de oro puro. No creo que le den más de trescientos euros; sin embargo, será suficiente para agradecerle su ayuda.

Comprendí que era mudo y me dio las gracias llevándose una mano al corazón. Sin saberlo, esa noche sobreviviría gracias a él.

Mi desgracia se debía únicamente a que había discutido con Lucas y, si él no me hubiera aceptado en su casa, habría terminado en Madrid junto a mi madre.

Era un desgraciado con suerte.

Me acurruqué en el banco, me cubrí con la manta y cerré los ojos para descansar un par de horas.

«*¿Qué estará haciendo ahora*?» No podía dejar de pensar en él.

—¿Y si…? —sacudí la cabeza—. Podría romper… ¡No!

Si rompía el acuerdo, él sería quien me pagaría. Aunque Arthur Moore estuvo demasiado atento con Lucas, y eso me dio muy mala espina.

«*Si esos dos son amigos… encontrarán la manera de joderme a mí*», no quería que eso pasara. «*¿Qué puedo hacer*?»

Capítulo dieciséis

Lucas Bosch

Desperté de golpe cuando un chorro de agua helada me cayó directo en el rostro. Me incorporé con torpeza, sintiendo que me hundía en una cama que claramente no era la mía y ni siquiera era viscoelástica. Intenté liberarme de las sábanas que se me habían enredado en las piernas, pero cuanto más forcejeaba, más me enredaba. Jadeé por el punzante dolor de cabeza —cortesía del alcohol—, y estallé cuando noté que el zapato de un intruso golpeó mi trasero.

—Buenos días, princesa. ¿Qué tal la noche? ¿Te divertiste tanto que no fuiste capaz de volver a casa? —la risa de Bosco sonó muy cerca de mi oreja. Se dejó caer al otro lado de la cama y nuestros cuerpos se sacudieron por aquella terrible cama de agua—. No me mires con el ceño fruncido —dijo, todavía con esa sonrisa burlona—, me apetecía tener una de estas camas que ponían en las películas porno, con un espejo en el techo. No me juzgues.

Siguió moviéndose y sentí que estaba a punto de vomitar.

Me agarré de la bajera y me fui arrastrando hasta que logré bajar de aquella plataforma resbaladiza. Corrí hasta el cuarto de baño y terminé vaciando el estómago.

Bosco no tardó en acomodarse en el marco de la puerta mientras me susurraba lo irresponsable que era por beber y quedarme dormido sin saber dónde demonios estaba.

—¿Dónde está tu sumiso?

—Discutimos.

Después de dejarlo atrás, no recordaba nada más.

Agradecí que me ayudara a levantarme del suelo y me arrastrara hasta una silla más estable que su maldita cama. Pidió que nos trajeran un par de cafés y golpeó mis piernas para que le contara el espectáculo que monté junto a Izan delante de una de sus trabajadoras.

—Le pedí que me la chupara al saber que Alicia era su exnovia.

—Estabas celoso.

—No.

—No te lo estoy preguntando, Lucas. Te lo dije… —soltó en un tono autoritario, fingiendo ser mi padre por un instante—. Te dije que te estás enamorando del chico del que juraste vengarte… solo porque no tienes el valor de hacérselo a tu hermano mayor.

Bajé la cabeza hasta la mesa y cerré los ojos para que su voz no sonara tan molesta, pero empezó a comportarse como un idiota y me golpeó la frente con los dedos mientras aguantaba una carcajada que no tardó en estallar.

—¿Lo has visto?

—¿A quién?

—A Izan.

Se cruzó de brazos, empezó a balancearse sobre la silla y esperó a que me bebiera todo el café antes de darme las malas noticias.

—Esta mañana no estabas solo. Lamentándolo mucho, ese hombre no era Izan.

—¿Qué?

Eso no era posible.

—Estabas durmiendo junto a Óscar. Al verme recogió sus cosas y se fue enfadado. Ni siquiera se despidió —se encogió de hombros—. A mí me da igual, pero es un poco maleducado para ser un chico Almodóvar.

Eso me hizo gracia.

—No ha trabajado con él.

—¿No? —se hizo el sorprendido—. Qué pena.

—Debería disculparme.

—¿Con Vellido?

Negué con la cabeza.

—Con Izan. No estuvo bien que lo humillara delante de su exnovia. Y cuando me enfrentó, no fui capaz de decirle lo que sentía en el fondo y me lo callé. Preferí huir antes que encararlo de una maldita vez —miré a Bosco esperando que comprendiera, aunque solo se limitó a encogerse de hombros—. Si vas a burlarte de mí, hazlo ahora antes de que me vaya a la oficina.

Bosco se levantó de su asiento, rodeó la mesa auxiliar y me pidió que lo siguiera. Volvimos al baño, me dejó un traje limpio y, antes de empujarme a la ducha, me dio un consejo.

—Si no te ha pedido perdón, imagino que todavía no ha encontrado el momento. No olvides que se está exponiendo ante ti, Lucas. Se está dejando guiar por un amo, y un amo no está para hundirlo, sino para marcar el camino. Izan confía en ti, aunque tú no te lo creas —golpeó mi espalda—. No parece un mal tipo. Solo es gilipollas. Fue un imbécil en su adolescencia y se dejó arrastrar por Miki. Habla con él y sincérate.

Fue extraño escucharlo hablar con tanta madurez y que empatizara con ambos. Abandonó la habitación y aproveché para darme una ducha de agua fría. Desperté de la pesadez que me dejó el alcohol y me afeité para ir bien aseado a la oficina.

Más tarde, cuando el rencor se apagara del todo, llamaría a Izan y le pediría perdón. Era absurdo y lo sabía. Sentirme atraído por alguien que me humilló durante años, que me rompió por dentro justo cuando aún creía que el mundo era un lugar seguro, era lo más absurdo que podía admitir. Me resistía a aceptarlo, sin embargo, había algo en él… algo que me impulsaba a quedarme.

***

Isabel me comunicó que mi madre me esperaba en el despacho. Odiaba sus visitas sorpresa y cómo cuestionaba que no era capaz de visitar a mi hermano.

La saludé con un cálido abrazo y ella pegó con fuerza sus labios en mi mejilla. Sonrió al ver que todo estaba bien y volvió a acomodarse en el sillón que solía ocupar cuando me sentía saturado de ideas para Bosch Cyber Defense Solutions, ideas que luego no sabía cómo ejecutar con la última tecnología que teníamos.

—Miki saldrá la semana que viene.

—Por favor, mamá —intenté detenerla antes de que siguiera hablando de ese bastardo—. Miguel no es mi problema. No me importa cuándo saldrá de la clínica de desintoxicación.

—Es tu hermano.

Un hermano no te hacía la vida imposible ni se encargaba de destrozarte física y psicológicamente. Cuando vivíamos juntos y volvíamos de la escuela, aprovechaba la ausencia de nuestros padres para golpearme hasta que terminaba orinándome encima.
Agradecí a la vida que, con tan solo dieciocho años, se volviera dependiente de las drogas. Y tres años más tarde, al verse saturado en la universidad, terminó explotando y tuvieron que encerrarlo en un centro para controlarlo.

Fui feliz al perderlo de vista.

«*Para mí, mi hermano murió hace muchos años*.»

Guardé silencio.

—Tu hermano siempre ha estado enfermo. Sé lo que te hizo cuando tu padre ni yo estábamos cerca; sin embargo, tú no eres Miguel. Eres un buen hijo —se acercó para que comprendiera sus palabras—. Por favor, Lucas. Solo nos tiene a nosotros. Él nunca reclamará su parte de la empresa. Papá te la dejó a ti. Ambos confiamos en ti.

Me costaba decirle que no a mi madre, pero cuando se trataba de Miguel, mi respuesta era un no rotundo.

—Lucas… —insistió.

Y al final, cedí a regañadientes.

—Haced lo que os dé la gana.

—Lamento interrumpir, señor —el teléfono había estado sonando y ni siquiera nos dimos cuenta—, su amigo lo espera fuera y dice que necesita hablar con usted. Dice que es importante. ¿Le digo que vuelva en otro momento?

—¿Un amigo?

—Mamá —le advertí.

—Dile que entre, Isabel.

—No es ese tipo de amigo —intenté disuadirla, pero estaba entusiasmada desde que se enteró de que mi relación con Óscar terminó.

Nos quedamos mirando la puerta y me sorprendió ver a Izan con la ropa del día anterior, el cabello revuelto y la frente empapada de sudor.

—No sabía que estabas ocupado. Volveré más tarde...

—¿Izan Herrera? —ella lo reconoció—. ¿Vosotros estáis en contacto?

Al ser amigo de Miguel no podía creer que viniera a verme a la oficina.

—Me alegro de verla, señora Sanz.

—Llámame Marta. ¿Cómo está tu madre?

—Bien, gracias. Se fue a vivir a la capital.

—Lo único que no me gusta de Madrid es que no tiene playa, por lo demás, todo está bien.

Se hizo un silencio extraño entre los tres, y mi madre se dio cuenta de que no podíamos hablar si ella estaba presente. Volvió a marcar mi mejilla con su pintalabios rosa y se despidió de Izan con un abrazo.

Esperé a que cerrara la puerta y entonces me armé de valor para disculparme con él.

Fue más rápido que yo.

—¿Podemos hablar?

Sonó tan dulce y preocupado, que me hice el tipo duro durante unos minutos.

—¿Qué quieres?

«*¿Dónde has pasado la noche? Me confirmaron que no fuiste a dormir a casa*», pensé, preocupado.

—Quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Anoche… No lo hagas más difícil, Luc.

Y entonces recordé cómo anoche deseé y nombré a alguien que no era él y le supliqué que me llamara Luc.

Me acerqué hasta él y luché contra la necesidad de cepillar su revoltoso cabello ondulado.

—Tengo que trabajar y...

Izan me agarró de la corbata y tiró de mí con fuerza, como si estuviera harto de esperar o de pensarlo demasiado. No me dio tiempo a reaccionar. De repente… me besó. Tuvo la necesidad de romper el mal trago que estábamos viviendo con un golpe que terminó siendo un beso brusco.

Empezó siendo torpe, aunque terminó cargado de rabia y necesidad. Me pilló por sorpresa; sin embargo, no me aparté. Me quedé ahí, quieto, con el corazón desbocado y un calor tonto que me subía por la garganta.

Y lo peor de todo es que me gustó.

Más de lo que debería.

Más de lo que quería.

—Lo siento —confesó, con la voz entrecortada.

Estaba jodidamente guapo con las mejillas acaloradas, el pecho agitado y aferrado a mi ropa para que no me alejara de él.

Pasé una mano por detrás de su cuello y volví a besarlo con la misma desesperación que sentí al pensar que se había ido de mi lado.

Capítulo diecisiete

Izan Herrera

Lo primero que se me pasó por la cabeza cuando llegué a las oficinas de Bosch Cyber Defense Solutions fue que teníamos que continuar con el contrato. Por eso, en cuanto nos quedamos a solas, me lancé sobre su boca y me aferré a su corbata para que no me apartara de su lado.

Lucas no dijo nada, me miró asombrado con esos enormes ojos marrones y pasó su mano por detrás de mi cuello para devolverme el beso. Atrapó mis labios con hambre y presionó su cuerpo contra el mío para que no escapara de él. Y no lo haría. Disfruté de ese beso desesperado y solté la corbata azulada para arrugar su camisa con la yema de mis dedos.

Era increíble que, después de discutir como una pareja, estuviéramos a punto de resolver nuestras diferencias echando un polvo en su propio despacho.

Noté sus manos bajando por mi espalda y contorneó mi silueta hasta detenerse detrás de mis muslos. Pensé que golpearía o manosearía mi trasero, pero terminó levantándome del suelo y cargándome sin esfuerzo hasta el escritorio. Renuncié a su boca un instante para recuperar el aliento y el muy cabrón aprovechó para abrirme las piernas y meterse entre ellas.

—¿Y si entra tu secretaria?

Mientras esperaba su respuesta, me distraje desabotonando su camisa. Sentí celos al notar todos esos abdominales marcados que no desaparecían ni con el torso relajado.

—No entrará —soltó, muy seguro. De repente, los cristales del despacho se oscurecieron y nos otorgaron una intimidad que buscaba con desesperación. Me quedé asombrado ante la tecnología que me rodeaba y cómo captó mi atención con un simple beso en el cuello—. Pídeme ahora mismo que te folle.

¿A quién quería engañar? Que alguien como Lucas Bosch me jodiera… era algo que me encantaba y no me disgustaba en absoluto.

—Fóllame.

Sonrió y metió sus manos dentro de mi camiseta, logrando que temblara ante un gesto tan simple como desnudarme. El tacto de su piel me quemaba, y cada beso que plantó en la curva de mi cuello solo hizo que me pusiera más cachondo hasta el punto de ponerme duro.

Cogí su rostro entre mis manos y lo besé. Perdí mi lengua dentro de su boca y la golpeé contra la suya a un ritmo lento y apasionado. Quería acariciar cada rincón de ese espacio húmedo, pero el señor Bosch tenía otros planes para los dos. Volvió a alzarme del escritorio, me bajó los pantalones y con un gruñido gutural rompió el beso que nos dejó jadeando.

—Ponte de rodillas —ordenó.

—¿Vas a follarme a cuatro patas? —él ni siquiera respondió. Me obligó a hincar las rodillas sobre la superficie y me sujeté con fuerza para no caer—. Pensaba que tenía un rostro bonito y que merecía ser observado mientras me la metías… ¡Aaaah!

Algo húmedo y escurridizo empapó mi culo.

Comprendí lo que hacía cuando hundió sus dedos en mis glúteos y los separó para colar su lengua. Me dejó sin palabras y me mordí el labio para no gritar con todas mis fuerzas.

Era extraño tener una lengua atravesando tu agujero mientras colapsabas por el placer que otorgaban unas simples caricias.

—Luc… —intenté pedirle que se detuviera, pero decidió que lo mejor para mí era torturar un poco más mi cuerpo, así que tomó mi polla y me masturbó mientras me follaba con su lengua—. Por favor…

Gruñó contra mi piel y mis nalgas se endurecieron por la persistencia y la descarada lengua de Lucas. Siguió abriéndome sin piedad, dejándome desarmado y dispuesto a gritarle que me follara porque quería correrno con su miembro dentro.

Tuvo que sujetarme por la cadera porque perdí el equilibrio con un brazo y pensé que caería de morros. Fue más rápido que yo y me

mantuvo firme a cuatro patas mientras trabajaba con su lengua en un rincón de mi cuerpo que no supe que era placentero hasta que él lo tocó.

—Suelta mi polla, por favor —supliqué, frotándome contra su boca—. Es una tortura tener tu lengua en mi interior… y tu mano masturbándome.

No pude dejar de temblar y me ponía nervioso que no me diera respuesta. Luché para llevar una mano detrás de mi espalda y tiré de su cabello para que me escuchara bien.

Lucas levantó la cabeza, con los labios brillando por la humedad de su saliva y sus ojos encendidos de deseo y placer.

—¿Hablabas conmigo?

—Fóllame, capullo.

—¿Qué crees que estaba haciendo con mi lengua?

Tuvo suerte de que me aseara en la estación de tren antes de plantarme ante él con la ropa de la noche anterior.

—Estás empalmado —le recordé mientras sostenía esa polla enorme que, al lado de un muñeco de Playmobil, parecía un maldito rascacielos—. Ni se te ocurra decirme que no tienes un condón a mano, porque si no me follas, te la corto. ¿Te ha quedado claro?

Con diversión, golpeó ese falo palpitante contra mi tembloroso agujero. Tiró de mi cabello con una mano y me levantó hasta dejarme de rodillas en el escritorio.

—Vuelves a comportarte como una puta pidiéndome que te penetre.

Solté una carcajada.

Y lo provoqué un poco.

¿No quería una puta?

Entonces la tendría.

—¿Prefieres mirar cómo otro termina lo que tú apenas has empezado?

Al volver a tirar de mi cabello, el dolor que me provocó en la coronilla fue más placentero que molesto.

—Tú eres mío.

—Eso ha sonado muy posesivo.

—¿Acaso me equivoco?

Negué con la cabeza mientras sus dedos seguían enredados en mis mechones.

—Te pertenezco por el tiempo que marca el contrato. Así que tú decides si me follas ahora o me dejas con las ganas de tener —pasé la mano por el interior de sus pantalones de traje y lo miré sin pestañear— tu polla dentro de mí.

—Está bien —sonó un poco molesto, y yo estaba seguro de que seguía interpretando ese papel de amo cabrón porque quería tener a su sumiso a sus pies.—. Te follaré. Y lo haré sin lubricante, sin condón y sin delicadeza. Voy a joder el agujero que he preparado y a recordarte quién manda en ti.

Me empujó con fuerza y terminé con la cabeza sobre el escritorio. Escuché cómo se liberó de los pantalones y sus manos se aferraron a mis caderas. Impidió que me moviera y, cuando tuvo controlado todo mi cuerpo, hundió su polla en mi interior y me dejó temblando.

Cogió aire profundamente y clavó sus dedos en mi piel. Sin perder tiempo, impulsó sus caderas y me embistió como una bestia enloquecida, hambrienta de dominar sin piedad a la presa que tanto ansiaba.

Al principio, el dolor me atravesó la columna vertebral, pero cuando su falo alcanzó ese punto que incendiaba todo mi cuerpo, el sufrimiento de mi agujero se fundió en un placer intenso. Era un placer que no estaba dispuesto a dejar escapar tan fácilmente.

No me soltó en ningún momento, y Lucas continuó aumentando el ritmo, penetrándome con más intensidad.

Me tenía completamente dominado, babeando bajo él mientras sus embestidas me desgarraban por dentro.

Estaba disfrutando ese ritmo frenético cuando el calor que invadió mi interior se volvió imposible de controlar. Mi cuerpo se tensó y empezó a temblar mientras una ola abrasadora me consumía. La mezcla de dolor y placer me arrastraba hacia un abismo del que no quería escapar, y justo cuando creí que íbamos a estallar juntos, Lucas apretó mis caderas con fuerza y me penetró hasta que me corrí.

—Oh, joder —me temblaban todas las extremidades y la cabeza me daba vueltas.

Quise echar un vistazo para observar su rostro de empotrador, pero tuve que conformarme con sus jadeos y las perlas de sudor que caían por mi espalda.

Sentí cómo su polla se agitaba dentro de mí y, de pronto, empezó a correrse. Un calor espeso y denso inundó mi interior, llenándome con chorros calientes de semen que se esparcieron por mis entrañas.

Estar completamente lleno de él me arrancó otro gemido, mientras soportaba el peso de su cuerpo hundido contra mi espalda. Seguía enterrado en mí, y no me moví ni un centímetro… no porque no pudiera, sino porque no quería alejarme de él.

***

Agradecí que me dejara ducharme en su oficina y que me prestara algo de ropa limpia. Tuve que remangarme las mangas de la camisa y subir los bajos del pantalón, porque me quedaban demasiado largos y tropezaba con ellos sin darme cuenta. Cuando recuperamos el aliento y descansamos un rato en su cómodo sillón de pensar, salimos del despacho para dar un paseo.

Mientras seguía sus pasos, arrugué la nariz sin entender por qué se estaba poniendo de moda en la ciudad el té con perlas de tapioca. Agité la bebida, pero mi paladar no soportó el amargor.

—Quería pedirte un favor —guardó silencio al ver que estaba montando un espectáculo.

—No voy a dejar que me folles en público.

Le tendí el té y terminó bebiéndoselo él.

—La semana que viene estaré ocupado con la familia y no me gustaría que te sintieras incómodo con ellos. Así que he pensado que podría elegir el hotel que más te guste de la ciudad y lo reservaré para ti.

Al nombrar a su familia pensé automáticamente en Miki. No pregunté por él porque sabía que nunca habían estado unidos como hermanos.

—No te preocupes. Puedo hablar con un amigo.

—No, pagaré el hotel.

—No hace falta —insistí.

—¿Dónde dormiste anoche?

No podía decirle que en un parque.

«¿*Por qué te preocupa tanto dónde vaya a dormir*?»

Estuve a punto de insistir en que fue con un amigo, pero mi teléfono móvil sonó. Sonreí al ver el nombre de mi madre y me aparté de su lado para no molestarlo con la conversación.

—Hola, mamá —ella rio al otro lado—. Estoy bien. Acabo de salir de la oficina para dar un paseo. De verdad que estoy bien —sin embargo, mamá sonaba algo cansada y eso seguía preocupándome —. ¿Está todo bien? Suenas agotada. Sí. Está bien —cambió de tema —. El juego está casi listo. Estoy seguro de que te encantará. Por supuesto. Yo también te quiero. Adiós.

Suspiré y me senté en un banco.

—¿Por qué le mientes?

—¿Y cómo le digo que su hijo es un fracasado y no ha podido terminar el desarrollo del videojuego en el que lleva años trabajando… porque el presupuesto se agotó antes de alcanzar una versión publicable? Más bien, tendría que decirle que me dejé el dinero en el casino, y no quiero que se sienta avergonzada.

—Puedo dejarte algo de dinero…

—Ni hablar —crucé los brazos sobre el pecho—. Ya estás pagando todos los caprichos absurdos que se me ocurren. Cuando termine el contrato y reciba el dinero, lo invertiré en el proyecto. Y entonces haré que mi madre se sienta orgullosa de mí.

Lucas se sorprendió al ver que rechazaba su ayuda.

Bajó un poco la cabeza y, aunque intentó mantener la compostura, en sus ojos asomó una tristeza que no esperaba ver. Desvió la mirada hacia el parque que teníamos delante y siguió meditando en silencio.

No sé qué esperaba de mí, pero no era posible que le molestara el tema del contrato. Él, más que nadie, debería alegrarse por librarse de una carga como yo.

Me moví un poco y, con una sonrisa en el rostro, choqué mi hombro contra el suyo. Al tener toda su atención, hice el payaso

para que olvidara lo necesitado que estaba por cobrar el dinero que me darían por haber sido su sumiso medio año.

—Lamento molestarte con mis problemas.

Él se relajó.

—¿Qué tipo de juego estás desarrollando?

Agradecí el cambio de tema y me animé a explicarle con más detalle.

—Es un juego de invasión alienígena —respondí, con emoción en la voz—. La premisa es crear una experiencia lo más inmersiva y realista posible. Si estuviéramos en medio de una invasión ahora mismo, no habría vidas extra ni posibilidad de guardar la partida para intentarlo después. En este juego, si mueres, pierdes para siempre. No hay segundas oportunidades.

Me gustó escuchar su risa.

—¿De verdad piensas que tener solo una oportunidad puede enganchar a los jugadores?

—¡Claro! —contesté con firmeza—. Si no fuera así, ¿qué sentido tendría la dificultad "Hard"? Esa exigencia es lo que realmente desafía a los jugadores, lo que les hace vivir la experiencia con intensidad.

Pasé una tarde agradable a su lado y, en ese momento en que parecíamos dos amigos charlando con profundidad, supe que no tardaría en desaparecer.

Capítulo dieciocho

Lucas Bosch

No quería reencontrarme con él, aunque el día de la cena llegó y mi madre terminó apareciendo con su hijo mayor. Ella, como de costumbre, lucía uno de sus elegantes vestidos y llevaba el cabello negro recogido, sin querer hacerle sombra a su cálida sonrisa. En cambio, él, se presentó con ropa deportiva porque en el centro donde estuvo internado no le permitieron conservar sus pertenencias.

Abracé a mi madre y tuve que sostenerle la mirada para recordarme cuánto lo detestaba, incluso con el paso de los años. Había ganado algo de peso, pero seguía con esas ojeras bien marcadas bajo los ojos. La barba le llegaba hasta el pecho y se dio el lujo de reír al ver que me había mudado. Se coló en el interior de mi casa y giró sobre sus zapatillas blancas para felicitarme.

—¿No tenías intimidad en el dúplex?

—Más bien me alejé porque quería estar lejos de ti.

Tuvo que intervenir mi madre.

—Vamos, chicos —nos cogió del brazo y caminamos hasta el comedor donde cenaríamos e intentaríamos fingir que éramos una familia durante una eterna hora—. Dejadme disfrutar de la noche y ser feliz junto a vosotros. No os pido demasiado. Solo un ratito, por favor.

Guardé silencio y me negué a mantener una conversación cordial con ese cabrón que volvía a cruzarse en mi vida. Me senté lo más lejos posible de él, y nuestra madre nos miró a los dos buscando alguna forma de acercarnos.

Seguía sin aceptar que el hombre que la acompañaba era mi hermano. Para mí, solo era mi enemigo.

Llenaron nuestras copas y seguimos envueltos en un silencio que incomodó hasta a los trabajadores. Saboreé mi vino bajo su atenta

mirada y sonreí con malicia, porque sus problemas con el alcohol tampoco le permitían disfrutar del mejor licor de mi bodega.

Lo que no esperaba era que alguien llamara a la puerta e interrumpiera la cena. Un trabajador salió corriendo a disculparse con nosotros y tuve que seguirlo para descubrir quién se había tomado la molestia de visitarme a las once de la noche.

«*Espero que no seas tú*...»

—Buenas noches —saludó con timidez, y se disculpó al verme detrás de Xavier—. No quería molestar, pero estaba muy aburrido en la habitación del hotel. ¿Podría ir un momento al cuarto a recoger una consola? Solo serán cinco minutos.

—¿Te has vuelto loco? —bajé el tono para que nadie más lo oyera —. Te dije que esta noche estaría ocupado y no quería tenerte cerca. Llegamos a un acuerdo.

—Lo sé, y lo lamento. Puedo quedarme aquí o esperar fuera. Xavier podría ir a la habitación y recogerla…

—¿Izan?

La ira me recorrió de arriba abajo y estuve a punto de agarrarlo del brazo, arrastrarlo al interior y cruzar todo el salón para dejarle claro a Miguel que no tenía derecho a hablar con él.

Me limité a apretar los labios y a observar cómo se saludaban después de tantos años.

—Mi… Miki —miró a Miguel y luego me buscó con los ojos—. Tengo que irme…

Entendió el mensaje, pero fue demasiado tarde. Su amigo de la infancia pasó junto a mí y lo levantó del suelo con un abrazo efusivo que me hizo cerrar los puños. La risa de ese cabrón estalló y no dejaba de dar vueltas con él en brazos mientras Izan le pedía que se detuviera.

—¿Cuántos años han pasado? ¿Diez? ¿Nueve?

—Sí, una década. ¿Cómo estás?

Estaba nervioso, aun así, fue amable con él.

—Estoy jodido —le mostró cómo aún se le marcaban las costillas. Miguel se rascó la barba y le revolvió el pelo—. Aunque no puedo decir lo mismo de ti. Estás muy elegante. ¿Qué se te ha perdido en casa de mi querido hermanito?

Lo soltó con burla.

—Yo… Bueno…

No podía contarle la verdad, y no logró improvisar una de esas mentiras que solía guardar para cuando la verdad podía ser demasiado dolorosa o humillante.

—Trabaja para mí.

—¿En serio?

Izan asintió con la cabeza.

—¿Y cómo es posible? ¿Tienes un máster en ciberseguridad? —Miguel no era idiota, y por eso siguió presionándolo—. Tú elegiste el mundo de los videojuegos. No entiendo cómo acabas trabajando para Lucas.

Me estaba hartando de que lo cuestionara todo, así que me armé de valor para pedirle que se callara. Mi madre fue más rápida. Al notar que tardábamos demasiado, se levantó y se acercó para ver qué nos entretenía.

—¿Cenarás con nosotros, Izan? —lo saludó con la misma dulzura de la semana pasada.

—Lo siento muchísimo, pero tengo que irme.

—No —Miguel insistió—. Quédate a cenar con nosotros y cuéntanos qué has hecho todos estos años. A lo mejor hasta me sorprendes.

Ya era bastante complicado soportarlo a él como para aguantar que esos dos se pusieran al día de todo lo que les había pasado durante su separación.

Izan terminó sentándose a su lado, y tuve que contenerme para no estallar delante de todos. Podía sentir la mirada preocupada de mi madre y cómo seguía luchando para que sus hijos se llevaran bien. Volví a llenar mi copa y escuché con atención su conversación.

—A mí me encerraron en una clínica de desintoxicación. Llevo unos siete años. Siempre que salgo, acabo recayendo —admitió que era débil y que necesitaba estar drogado para soportar su desgraciada vida—. Por eso dejé de contactar contigo. Fuiste un buen amigo, Izan.

Le rodeó los hombros con el brazo y me miró.

—Espero que te mejores.

—¿Por qué estás tan seco? ¿Mi hermano no te deja hablar conmigo?

—No. Él no me ha dicho nada —respondió con rapidez, intentando conservar la poca paz que aún quedaba entre nosotros—. Tú mismo lo has dicho, Miki. Han pasado los años, dejamos de ser unos críos y ahora cada uno lleva su vida.

Miguel insistió en mantenerlo pegado a él.

—Nunca es tarde para recuperar una amistad. ¿Recuerdas lo bien que nos lo pasábamos? Hasta teníamos un mayordomo.

«*Te está provocando. No caigas*.»

—La verdad es que no —le mintió.

—¡¿No?! ¿No te acuerdas del gordo que se arrodillaba ante nosotros y nos hacía reír hasta que terminábamos llorando, y él se meaba encima?

«*Hazlo por mamá*», intenté tranquilizarme.

—Qué pena. Es una lástima que todo haya cambiado y ese puto gordo ahora esté por encima de nosotros. ¿Verdad, Izan?

«¡*Se acabó*!»

Arrastré la silla y me puse en pie para encararlo. Él me miró con una sonrisa burlona, mientras oía la voz de mi madre pidiéndome que me calmara.

—¿Por qué no eres más directo?

—¿Me hablas a mí? —preguntó, mientras frotaba la cabeza contra la de Izan—. Pensaba que habías decidido mirarme por encima del hombro y, en cuanto ha llegado él, me prestas toda la atención del mundo. ¡Qué divertido!

—Siempre he tenido curiosidad, Miguel —me acerqué hasta ellos porque quería oírlo de cerca—. ¿Cuándo nació tu odio hacia mí? ¿Fue el día que murió la abuela? ¿O cuando escuchaste que era el favorito de papá?

Por fin soltó a Izan y se levantó para encararme.

—Te odio desde el día que naciste, querido hermanito.

Me dieron ganas de derribarlo, golpearlo con mis puños y deshacerme del dolor que me seguía persiguiendo.

—Lárgate de mi casa. No quiero estar cerca de un toxicómano que ha ensuciado nuestro apellido.

Le di la espalda, aunque Miguel no se detendría tan fácilmente. Apoyó su mano en mi hombro y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Es cierto que soy un puto drogadicto, pero al menos no soy un maricón como tú —rio y luego miró a Izan—. ¿No lo sabías? Al pequeño Lucas le encanta oler traseros y follárselos con su sucia polla. Si la abuela descubriera que no dejarás descendencia, me habría dejado a mí el negocio que levantó junto a nuestro padre.

—¡Ya basta! —nos pidió nuestra madre.

Y no fue suficiente.

Estaba harto de agachar la cabeza cada vez que oía su nombre, de contenerme para no golpearlo, porque sabía que, si lo hacía, acabaría peor que cuando él me castigaba de niño.

—¿Maricón?

—Incluso estando encerrado, me entero de todo lo que haces fuera de la empresa. ¿Pensabas que no tenía contactos?

—Vuelve a faltarme al respeto.

—¿O qué?

—Hazlo. Insúltame.

Se escucharon los tacones de mi madre alejándose de la sala. Lo único que podía ver era la oscura mirada de Miguel cuando pegó su frente contra la mía. Estábamos a punto de llegar a las manos.

—Qué patético debe ser que ni pagando consigas que un hombre te quiera.

No lo pensé más.

Ni siquiera razoné.

Simplemente actué.

Le estampé el puño en la cara con tanta fuerza que sus ojos se pusieron en blanco antes de que su cuerpo cayera al suelo. Terminó tendido de lado, con el cuello torcido y la nariz rota. No se movió, ni siquiera protestó.

Para mí no fue suficiente, así que me lancé sobre él y lo golpeé una y otra vez hasta que su sangre salpicó mi ropa.

—Muérete —deseé en voz alta.

No podía parar.

Necesitaba que mi cuerpo dejara de temblar, y no era por el esfuerzo, sino por toda la rabia acumulada por las veces que me hizo

sentir una mierda con su maltrato y sus palabras venenosas.

—Luc —intentó detenerme, rodeándome con los brazos y alejándome de la escoria que me había insultado en mi propia casa —. Ya basta. No vale la pena.

No.

Él no lo entendía.

Miguel se lo merecía y...

—Por favor —suplicó—, lo vas a matar.

Caí hacia atrás y terminé apoyando la espalda en el pecho de Izan. Jadeando, lo miré y alcé mis manos para ver cómo me había destrozado los nudillos contra su rostro.

—¡Miguel! —nuestra madre corrió hacia él, le tomó el pulso y soltó un suspiro de alivio al comprobar que seguía vivo. Dio órdenes rápidas a los trabajadores para que lo subieran a su coche y se marchó sin dedicarme ni una mirada, como si yo no hubiera estado ahí, como si lo único importante fuera él, otra vez.

Era cierto que había llegado demasiado lejos, pero no me arrepentí.

Él siempre fue el favorito de todos.

Hasta mi madre lo eligió por encima de mí.

No era justo.

No después de todos los años que pasé limpiando nuestro apellido.

—¿Luc?

Miré a Izan por encima del hombro.

—Erais muy buenos amigos, ¿cierto?

—Lo lamento…

—Vete a la habitación. A la nuestra.

—Por favor, escúchame.

—¡A la maldita habitación, Izan! Sabes perfectamente cuál.

Estaba harto de que todos lo siguieran eligiendo, como si no bastara con que se hubiera destruido a sí mismo; también arrastró con él a cualquiera que tuvo cerca y, aun así, lo seguían prefiriendo.

Capítulo diecinueve

Izan Herrera

Obedecí sin rechistar, no porque hubiera despertado en mí una parte sumisa, sino porque entendí que necesitaba sacar toda esa rabia que llevaba dentro. Acababa de pelear con su hermano, y yo era lo único que tenía cerca. Pensé que, si mi cuerpo podía servirle para liberar todo lo que lo estaba consumiendo por dentro, entonces podía usarme y desahogarse a través del placer.

Terminamos en la habitación de juegos y esperé a que me diera instrucciones. Por el rabillo del ojo observé cómo se deshizo de la chaqueta del traje y se colocaba un chaleco de cuero sobre la camisa blanca. Paseó frente a la vitrina de los instrumentos de castigo y los fue tocando uno por uno, hasta que se dignó a mirarme.

—¿Elige? ¿Látigo, fusta o la paleta?

Tragué saliva.

Había probado la fusta, y se me quedó el culo rojo tras diez azotes. Sostuve por curiosidad una paleta, dándome cuenta de que era un objeto pesado que me destrozaría la piel. Así que no me quedó otra que escoger el látigo, pensando que sería lo menos doloroso y que soportaría mil latigazos si eso era lo que tenía planeado hacerme.

—El látigo.

Lo agarró con firmeza por el mango y dejó que sus dedos recorrieran los múltiples flecos de cuero negro antes de usarlo. Yo me esforcé por mantener la compostura; estaba decidido a obedecer todas sus órdenes sin rechistar. Caminó por la sala con pasos lentos, cargados de tensión, hasta detenerse frente a la cruz de San Andrés. Levantó el brazo y, sin previo aviso, azotó la madera con el látigo. El sonido seco del impacto retumbó en las paredes, convirtiéndose en una advertencia.

—Desnúdate.

Me quité las zapatillas, los pantalones y hasta liberé mi miembro de los boxers. Con la respiración acelerada, intenté desnudarme el torso, pero Lucas apareció de repente y destrozó la prenda de un tirón, haciendo que los botones rodaran por toda la sala. Sin decir una sola palabra, apuntó con su dedo índice hacia la cruz, y no tuve más opción que acercarme. En cada paso que di, sentí cómo el corazón se me encogía.

Apoyé el pecho contra la madera fría de la cruz y levanté las manos, esperando que ajustara las correas. Sentí su aliento agitado muy cerca de mí mientras se posicionaba detrás y comenzaba a atar mis muñecas con firmeza, bajando lentamente hasta los tobillos. En mi mente deseaba una caricia, un susurro o alguna señal de que aún estaba ahí para mí y le importaba mi bienestar. En otras ocasiones me habría recordado que podía detenerlo si no era capaz de tolerar el dolor… Aunque en esa sesión no dijo nada. Ni siquiera mencionó nuestra palabra de seguridad.

Y, de repente, el cuero golpeó mi espalda con fuerza. Sentí cómo me ardía la piel, cómo fracasaba en cada intento de aguantar el dolor. Me aferré a las cadenas y me arqueé con cada nuevo latigazo. El sonido retumbaba en mis oídos, un zumbido sordo que me hizo cerrar los ojos mientras seguía azotándome sin piedad.

Cuando dejé de reaccionar, porque la espalda se me había entumecido y aún así luchaba por no gritar con todas mis fuerzas, Lucas bajó hasta mi trasero y siguió con un ritmo descontrolado que me estaba haciendo perder la consciencia. Me mordí por dentro la mejilla e intenté mirarlo por encima del hombro.

Ese no era Lucas.

El hombre que me estaba castigando sin emociones era un tipo con la mirada perdida, los labios apretados y que se aferraba al objeto de cuero como si, con eso, pudiera respirar en paz.

El látigo me provocó heridas, y sentí cómo mi espalda se cubría de sudor y sangre que terminó salpicando su ropa. Siguió repartiendo golpes por mis costillas, lumbares y muslos, arrancándome gruñidos ahogados con cada impacto en la piel. No encontré placer en el castigo; la humillación y el miedo me hicieron pensar en nuestra palabra de seguridad.

«*Dulce. Dulce. Quiero gritar dulce*», pensé, con los ojos llenos de lágrimas.

Seguí luchando para guardar el mismo silencio que él.

Cuando se cansó de descargar su brutalidad sobre mi espalda, tiró el látigo y se acercó a mí. Por un momento pensé que el castigo había terminado y que me arrastraría hasta una bañera con agua fría para calmar el fuego que me ardía en la piel. Pero sus planes terminaron siendo otros.

Me liberó de las cadenas, sostuvo mi cuerpo al ver que no tenía fuerzas para mantenerme de pie, y me tumbó sobre la cama para volver a atarme.

Gemí de dolor al caer sobre las sábanas de terciopelo, que se me pegaron a la piel. Las heridas estaban en carne viva y me costaba respirar. Sentía el cuerpo tembloroso, y los dientes me castañeaban por el dolor.

—Luc… —susurré.

Él estaba demasiado ocupado abriendo uno de los cajones y rebuscando entre los juguetes hasta dar con uno que vibrara. Rodeó mi polla —que seguía erecta, sin entender del todo por qué había reaccionado ante la tortura— con una anilla de plástico ajustada, y luego deslizó una especie de varilla metalizada por el orificio de mi glande, un intruso frío y preciso que, más que excitarme, parecía diseñado para impedir que me corriera.

Nada le bastó, así que se bajó de la cama y buscó un par de vibradores con los que jugaría dentro de mi agujero.

—Levanta las caderas —me ordenó.

No tenía fuerzas.

Y estaba atado de nuevo de pies y manos.

Humedeció sus dedos con un gel con efecto calor y los presionó en mi entrada sin cuidado ni ternura. Al parecer el agujero estaba flojo, y Lucas no tardó en cambiar sus dedos por un vibrador que me penetró de golpe.

Mi interior se encendió y no pude evitar moverme en la cama mientras gritaba. Lucas agarró con fuerza mi polla y siguió golpeando mi interior con ese juguete sexual que no dejaba de revolverme el estómago con las vibraciones.

—Luc… Lucas.

Me arqueé, y por un momento él creyó que estaba gimiendo su nombre.

No fue así.

No sentía placer, quería que parara.

Que tuviera compasión conmigo.

«*Dulce*.»

—¿Cómo puedes disfrutar con una polla de goma? —sonrió, y tomó el otro vibrador morado que era más ancho y largo que el primero—. Sé que no vas a gritar la palabra de seguridad, así que te follaré hasta que no puedas más.

«*Dulce*.»

«*Dulce*.»

Cerré los ojos y las lágrimas se mezclaron con el sudor en la cama. Mientras Lucas acercaba el otro aparato, deseé que todo aquello cesara y que recordara que él era mejor persona de lo que fuimos Miki y yo en la secundaria.

El vibrador me atravesó y ahogué un gemido seco; uno que no sabía si era de dolor o de puro agotamiento. La sensación fue horrible, como si me desgarraran por dentro. Noté cómo el dispositivo se activaba en mi interior y aumentaba la vibración, tensando todos mis músculos.

Quería huir, olvidar esa presión ardiente en todo el cuerpo. Era imposible, pues seguía atado con unas correas que me desgarraban las muñecas y los tobillos cada vez que me retorcía.

No me importó que me viera llorar. Dejé que las lágrimas siguieran cayendo sin resistencia, deslizándose por mis mejillas ardientes, mientras buscaba —desesperado— algo de humanidad en su mirada. Quería encontrar al Lucas amable que fue conmigo desde el principio, que se preocupó que disfrutara del sexo, aunque no estuviera seguro de querer que me penetrara un hombre. Extrañé a la persona que me hizo temblar con un beso en el cuello o que me recordaba que podía gritar la maldita palabra de seguridad que inventé hace una década.

Ese Lucas no estaba allí. Solo quedaba la sombra de alguien que necesitaba romper algo, y ese algo era yo.

—Luc…

Mi cuerpo empezó a convulsionar por los dos vibradores que chocaban entre sí dentro de mí. Rebotaban contra mis paredes internas mientras mi polla era torturada por una anilla y una varilla que no me permitían correrme.

—Por favor…

Él no podía escucharme.

«*Dulce*.»

Ni siquiera sabía si lo pensaba o lo decía. Mis labios se movían, pero mi voz no salía. Sentía el cuerpo entumecido, invadido por un dolor que ya no sabía si era físico o emocional. Todo era un eco, un zumbido constante entre los gemidos que no podía contener y el temblor que me partía en dos.

«*Dulce*.»

«*Dulce*…»

Lo repetí una vez más, con la lengua seca y los ojos vidriosos. Ya no tenía fuerzas ni para gritar ni para resistirme. El dolor me devoró hasta que mi cuerpo dejó de ser mío. Se volvió extraño, inerte y distante.

El mundo se apagó de golpe… y me desmayé.

***

Me ardía la piel.

Una vez más tropecé con el balón de fútbol y terminé pelándome la rodilla. El profesor de gimnasia me pidió que me sentara en el banquillo mientras mis compañeros seguían disfrutando del partido. Me molestó que me sacara por una herida que dejó de sangrar a los cinco minutos.

Me crucé de brazos y maldije en voz alta para que ese imbécil me escuchara.

—¿Estás bien? —me sobresaltó que su voz sonara tan cerca. Lo miré confuso y él solo me mostró una tirita que habría robado o pedido en la enfermería—. ¿Quieres que te ayude?

—Estoy bien, no hace falta que te pongas de rodillas ante mí —le respondí, pero ni siquiera me hizo caso. Limpió mi herida con un pañuelo y se limitó a cubrir la piel levantada. —¿Ahora tengo que darte las gracias?

Negó con la cabeza.

—¿Te duele?

—No.

—Mejor —volvió a sonreír—. Tienes un montón de cicatrices.

Me encogí de hombros.

—¿Estás insinuando que no sirvo para jugar al fútbol?

—No… yo no…

Reí.

Era divertido verlo nervioso, con las mejillas regordetas teñidas de rojo y evitando mirarme a los ojos.

—Solo bromeaba.

Intenté removerle el cabello, aunque se cubrió la cabeza temiendo que fuera a golpearlo.

—Por favor…

—No voy a pegarte.

Estaba asustado.

Y terminó llorando.

—Por favor.

—Lucas —quería apartar sus brazos de su rostro, y no logré tener la fuerza suficiente para hacerlo.

—Por favor.

—¡Mírame!

—No me hagas daño.

—Luc…

«Perdón.»

—No me golpees.

«Lo siento.»

—Dulce. Dulce. ¡Dulce!

—Mírame, Luc.

—No.

—¡Mírame!

Quise disculparme con él, pero fue imposible.

Capítulo veinte

Lucas Bosch

El semen brotó de su cuerpo en el instante en que lo liberé de los vibradores, la anilla y la varilla uretral. Su erección decayó de golpe, y no fui consciente de lo que le había hecho hasta que dejó de contestarme y su cabeza se desplomó sobre la cama. Había sangre en las sábanas, en la madera de la cruz y en mis propias manos.

Inmediatamente le quité los grilletes y comprobé la temperatura de su piel; ardía, estaba empapado en sudor y tenía los ojos hinchados por las lágrimas que había derramado. Presentaba marcas profundas, cortes que yo mismo le causé con el látigo.

—Izan —murmuré, acariciándole la mejilla.

No reaccionó.

Se me encogió el estómago al notar que no respiraba con normalidad. Jadeaba y tiritaba, completamente ido. Ni siquiera tuvo fuerzas para responder al sonido de mi voz.

—Joder… ¿qué he hecho? —perdí la cabeza y me desahogué con él—. Lo siento. No quería hacerte daño. Ni siquiera sé si llegaste a decir la palabra de seguridad.

Lo cargué en brazos y salí de la habitación sin mirar atrás. Crucé el pasillo con su cuerpo desnudo pegado al mío, y me dio igual si algún trabajador llegaba a vernos. No me importaban las miradas ni los murmullos. Lo único que me destrozaba era que seguía sin abrir los ojos… y que su piel, poco a poco, comenzaba a teñirse de hematomas.

Lo tumbé sobre su cama y aparté su cabello empapado. Estaba desesperado por encontrar algún atisbo de alivio en su rostro, pero el dolor seguía ahí, aferrado a su expresión como si no pensara soltarlo. Lo arropé con las sábanas, como si eso bastara para ahuyentar el frío que parecía calarle los huesos, y me arrodillé junto a él con el corazón en la garganta, marcando con dedos temblorosos el único número que podía salvarlo.

Llamé al único médico que no me haría preguntas innecesarias ni cuestionaría la hora en que lo estaba llamando. El único problema era que Arnau era muy amigo de Bosco y estaba convencido de que se lo contaría todo.

Solo me quedó esperar. Así que me senté junto a Izan, observando cómo su pecho subía y bajaba con dificultad. Recé en silencio para que aguantara un poco más… y que no le diera una especie de microinfarto por haberlo llevado tan al límite.

«*Soy un monstruo. La clase de persona que siempre detesté.*»

No tardó en sonar el timbre, y el único empleado que seguía despierto guio al médico hasta la habitación de Izan. Solté su mano, me levanté del suelo y recibí a Arnau, que no venía solo. Junto a su maletín, apareció Bosco con el ceño fruncido, consciente de que había perdido el poco control que me quedaba.

Ambos entraron y observaron el desastre que había provocado en el cuerpo de Izan.

—Dejadme a solas. Os avisaré más tarde.

Sentí cómo tiraban de mi ropa y me obligaban a salir. No quería dejarlos, pero era lógico que Arnau necesitara examinarlo sin mi presencia. Cuando la puerta se cerró, mi espalda chocó contra la pared y noté cómo Bosco me zarandeaba.

—¡¿Te has vuelto loco?! ¿Has perdido la puta cabeza? —gritó sin importarle nada—. ¿Ese era el castigo que buscabas para él? ¿Herirlo hasta dejarlo inconsciente?

—Bosco…

—No quiero escuchar tus excusas de mierda. Hay límites, Lucas. ¡Hasta yo tengo mis putos límites! Una cosa era burlarte de él, reírte del hetero que te hizo la vida imposible y después pagarle al terminar el acuerdo. ¡Joder! —la vena del cuello se le marcó con fuerza mientras contenía las ganas de golpearme—. Estoy a punto de denunciarte ahora mismo. Me da igual nuestra amistad. Ojalá el chico con el que estás te demande y te deje sin nada. ¿Quién coño eres? Porque tú no eres Lucas. Estoy viendo a Miguel. Es increíble.

Tenía razón.

Esa actitud era digna del hombre que más odiaba.

Miguel nunca dejó inconsciente a Izan.

Ese fui yo.

No podía culpar a nadie más.

—Estaba lleno de sangre —siguió golpeándome con sus palabras —. ¿Cómo has podido llegar a ese punto? Si Arthur se entera… —se le escapó una risa nerviosa—. Si Arthur descubre lo que ha pasado esta noche, perderá todos sus permisos y después irá a por ti. Eres consciente de eso, ¿verdad?

Su club de BDSM me daba igual.

Solo me importaba Izan.

—Golpéame —supliqué. Necesitaba que alguien me destrozara la cara para sentir una mínima parte de lo que sufrió Izan en esa maldita sala—. Por favor, Bosco, hazlo. Golpéame. Recuérdame la mierda que soy por haber actuado así. Te lo ruego.

Apretó la mandíbula y, por un segundo, creí que no lo haría. Entonces se echó hacia atrás y cerró bien el puño antes de impactarlo en mi pómulo derecho. Me tambaleé hasta caer al suelo, y el ardor que me subió a la sien no fue suficiente.

Me limpié la sangre de la mejilla y alcé la cabeza, avergonzado. Bosco se arrodilló frente a mí, intentando no gritarme en un momento tan jodido como ese.

—Has roto el contrato. Es libre. No te debe nada.

Me dolía la idea de no volver a verlo, aunque sabía que era lo mejor para ambos.

—No os lo llevéis esta noche.

—Nadie se lo llevará —Arnau salió de la habitación, cerrando la puerta con suavidad—. Está bien. No hay daños internos ni signos de traumatismo grave. Está deshidratado, agotado, pero su salud no corre peligro.

Llevaba las mangas arremangadas y las manos manchadas de vaselina o alguna crema con antibiótico.

—Los cortes tardarán en sanar —bostezó, visiblemente cansado —. Algunos son superficiales, otros no tanto. Le he aplicado una pomada antibacteriana para evitar infecciones. Tendrás que ponérsela cada seis horas. Incluso si está dormido. Y nada de ropa ajustada. No quiero excusas para que esa piel no cicatrice. ¿Lo has entendido?

Me tragué la bilis y asentí como un idiota. Arnau nos observó a ambos, en silencio, comprendiendo lo que había pasado entre nosotros al vernos fuera de la habitación.

—Si se despierta y vuelve a perder el conocimiento, llámame de inmediato. No lo despiertes salvo que sea estrictamente necesario. Lo que necesita es descansar —fue todo un profesional. Incluso hundió los dedos en mi mejilla y tocó la herida que me hizo Bosco—. Tú también deberías aplicarte la pomada.

—Gracias, Arnau.

Bosco no dijo nada más. Se pasó una mano por el pelo, chasqueó la lengua con fastidio y me dedicó una mirada cargada de rabia contenida. Después siguió a Arnau en silencio, un silencio que dolía más que cualquier insulto.

Me colé en la habitación procurando no hacer ruido. Antes de acercarme a la cama, fui al baño y humedecí una toalla con agua tibia. Al volver, me arrodillé junto a Izan. Seguía sin moverse, pero su respiración era más pausada, y el ceño, aún levemente fruncido, indicaba que no descansaba del todo. Con manos temblorosas, empecé a limpiar el sudor pegado a su piel y los restos de sangre seca. Me dolía tocarlo… y saber que estaba así por mi culpa.

Me quedé un momento sin saber qué hacer. Pensé en dejarlo dormir y darle espacio… aunque, cuando me incorporé para marcharme, su mano me atrapó del brazo con torpeza, incluso dormido.

—No me dejes solo… —murmuró, casi sin voz—. Abrázame… por favor…

Se me hizo un nudo en el pecho.

—¿Izan?

No respondió.

Así que me senté en la cama y le toqué la frente con delicadeza. Ardía, aunque su cuerpo apenas temblaba bajo las sábanas. Apretó los labios, como si luchara contra algo incluso en sueños, y volvió a suplicarme con voz rota que me quedara a su lado.

—No te vayas… No me dejes solo… Quédate conmigo.

No pude decirle que no.

No después de lo que le hice.

Me tumbé a su lado con cuidado, temiendo lastimarlo más, y lo atraje con suavidad hasta que su cabeza quedó apoyada en mi pecho.

Lo sentí suspirar.

Se rindió a mi lado.

Le besé la frente, con los ojos llenos de culpa, y me quedé quieto un instante, escuchando su respiración.

—Perdóname, Izan… —susurré contra su piel caliente—. Por favor… perdóname…

Pero no obtuve respuesta.

Solo el silencio.

Y el peso insoportable de haberlo torturado.

Capítulo veintiuno

Izan Herrera

La vibración del teléfono en la mesita me sobresaltó y abrí los ojos de golpe. Quise girar sobre la cama, alcanzar el móvil y responder a la llamada; sin embargo, en lugar de moverme con soltura, las extremidades no reaccionaron, y tuve que esperar unos segundos antes de estirar el brazo y realizar una acción que se me hizo más difícil de lo normal.

La persona al otro lado cortó la llamada y suspiré, frustrado. Permanecí boca arriba, abriendo y cerrando los dedos porque tenía los huesos entumecidos. Me costaba hasta respirar, pero aun así me giré para buscar a Lucas.

Al otro lado de la cama no estaba el hombre que esperaba. En su lugar, me encontré con las sábanas revueltas, la cama deshecha y el prospecto de una pomada tirado sobre el colchón.

La piel me seguía ardiendo en las zonas donde me azotaron con el látigo: espalda, lumbares y piernas.

«*Me habría gustado verte a mi lado*», pensé, atormentado ante la idea de que Lucas siguiera enfadado conmigo y con todo lo que le rodeaba. «*Si te llamo… ¿responderás?*»

El teléfono volvió a vibrar y sonreí como un idiota.

Se me pasó por la cabeza que Lucas estaba intentando contactar conmigo para saber cómo me encontraba. Evitaría decirle la verdad y le aseguraría que todo estaba bien entre nosotros.

Sentía la necesidad de sufrir en silencio, porque seguía buscando redimirme y borrar de su mente el daño que le causé junto a Miki.

«*Miki…*»

—¿Hola?

—Buenos días. ¿Puedo hablar con el señor Herrera?

—Soy yo.

—Le llamo del Hospital de Barcelona. Su madre ha sido ingresada hace unas horas. Se desmayó en la estación de tren y fue trasladada

en ambulancia. En su teléfono solo figuraba un contacto de emergencia: el suyo. Por eso nos estamos comunicando con usted.

La noticia cayó sobre mí como un desprendimiento de piedras en un acantilado. Me bajé de la cama con el teléfono en la mano y me quedé paralizado en mitad de la habitación. Sentí cómo el pulso se me disparaba y todo el cuerpo comenzaba a temblarme. Estuve a punto de soltar el móvil, pero reaccioné a tiempo y lo sujeté antes de que cayera al suelo.

Tardé en reaccionar.

Me ardía el pecho y el estómago me dolía como si me hubieran golpeado. Las piernas me flaqueaban y tuve que hacer un esfuerzo por moverme para no derrumbarme. Tardé varios minutos en responderle a la enfermera y, al colgar, me vestí de inmediato.

Luché contra los músculos rígidos y el escozor de la piel. No podía permitir que unas simples prendas me vencieran, porque en ese momento, en ese preciso instante, mi madre era más importante que unos cuantos rasguños.

Me arrastré hasta la entrada y apoyé una mano en la pared para mantener el equilibrio. Solo estaba dispuesto a detenerme en una farmacia, y únicamente con el propósito de comprar algo que me aliviara aquella pesadez que me impedía avanzar. No llamé a Lucas, ni siquiera a Mario, el chófer encargado de llevarme a cualquier sitio.

Caminé por la mansión como un fantasma, cogí las llaves del Mercedes y, sin pensarlo dos veces, arranqué el motor y me puse rumbo al hospital. No sé de dónde saqué las fuerzas para conducir, pero lo hice, y solo me detenía cuando los semáforos me lo exigían. El mundo podía venirse abajo y me daría igual. Solo quería estar con mi madre y saber que estaba bien.

Dejé el coche aparcado y me desplomé en la entrada del hospital. Me levanté con las manos temblorosas y sin aliento. La recepcionista me indicó cómo llegar al tercer piso, donde se encontraba la habitación 314. Grabé esa información como si me fuera la vida en ello y subí las escaleras con dificultad, ya que los ascensores estaban ocupados.

Cuando llegué a la puerta correspondiente, por fin pude respirar un poco más tranquilo. Dentro, mi madre estaba sentada en la

cama, leyendo uno de sus libros favoritos, mientras una enfermera controlaba sus constantes vitales.

La enfermera se despidió de ella y, al quedarse sola, rodeé la cama y me lancé sobre su regazo. El pecho se me rompió en mil pedazos y terminé llorando, como cuando era un niño y le suplicaba que me diera un hermanito, incluso después de que papá ya no estuviera.

Ella dejó la lectura al instante y comenzó a acariciar mi melena para calmarme. Las lágrimas siguieron fluyendo, y no sentí vergüenza alguna de desnudar mis emociones frente a la mujer que me dio la vida.

—Pensé que… —me costaba decirlo, así que tragué saliva y alcé la mirada—. Me has asustado, mamá.

Acarició mis mejillas mientras me secaba las lágrimas y besaba mi frente.

—Lo siento muchísimo, cariño. No pude evitar que te llamaran y te asustaran con algo tan insignificante.

—¿Insignificante? —me tembló la voz—. ¿Te has visto, mamá? Estás pálida, has adelgazado y te desmayaste. Voy a hablar con el médico.

—Izan —me interrumpió—, si tu madre te dice que está bien, confía en ella.

Su tono sonaba sincero, pero su aspecto estaba deteriorándose a un ritmo que no se correspondía con su edad. Me pidió que me sentara a su lado y me rodeó con el brazo, apoyando la cabeza sobre mi hombro. Aspiré el aroma de su perfume a vainilla con un suave toque afrutado y, por un momento, me permití volver a ser un niño, protegido por la mujer más fuerte y bondadosa que jamás había conocido.

—Ha sido un golpe de calor.

Mentía.

Y se lo permití.

—Me prometiste que me avisarías.

—¿Has olvidado que quería darte una sorpresa?

—Mamá… —intenté hacerle ver que no podía actuar por su cuenta, que me habría gustado saber que iba a desplazarse, para

poder ir a buscarla.

—Demos un paseo.

No quería que hiciera esfuerzos innecesarios, así que busqué una silla de ruedas, que también aprovecharía yo para apoyarme mientras caminábamos por el hospital. Nos detuvimos en la recepción de la tercera planta y le pedí un favor a una enfermera. Me dio una pastilla para el dolor, que tomé con un vaso de agua. Era un analgésico de acción rápida que aliviaba el ardor y la tensión en los músculos. A mi madre le dije que era solo para el dolor de cabeza, y bajamos hasta el jardín del hospital.

El aire fresco nos despeinó. Mi madre recogió el cabello y lo dejó descansar sobre el hombro mientras disfrutaba del calorcito de la ciudad. Empujé la silla hasta unos bancos y me senté a su lado, sujetando su mano con fuerza.

Poco a poco, el dolor fue desapareciendo y el silencio que reinaba en la zona más verdosa del hospital me devolvió una calma que solo habría tenido si hubiese seguido en la cama.

—He reservado una habitación en un hotel.

—No, mamá. Vendrás conmigo.

—No quiero molestarte. Imagino que no estarás solo. ¿Dónde está Alicia?

Nunca le conté que nuestra relación se rompió.

—Ya no estamos juntos.

—Izan…

—Estoy bien —apreté su mano—. Tengo que hacer una llamada y, cuando nos den el alta, nos iremos.

Le besé la frente y me alejé para que no escuchara la conversación que mantendría con Lucas. Necesitaba pedirle un favor: que dejara que mi madre se quedara con nosotros hasta que volviera a Madrid.

Lucas no tardó en responder.

Y sentí que el corazón se me encogía al oír su voz.

—¿Izan?

—Lamento molestarte.

—Me han dicho que has salido —parecía angustiado y asustado —. Me habría gustado hablar contigo antes de que te fueras…

—Mi madre se desmayó y salí con el Mercedes hacia el hospital. Siento haber cogido tu coche sin permiso.

Él se quedó callado un instante.

¿Dónde creía que me había ido?

—¿Está bien?

—Dice que fue un golpe de calor. Quería pasar unos días conmigo, pero como le he estado mintiendo, no puedo permitir que se aloje en un hotel pensando que su hijo vive bien porque es un gran desarrollador de videojuegos —las mentiras empezaban a complicarme la vida más de lo que había imaginado—. Quería pedirte un favor —aproveché su silencio para continuar—. Puedes decirme que no sin problema…

—Izan —me interrumpió—, ni lo dudes. Hablaré con el personal para que preparen la casa de invitados. Que descanse donde se sienta cómoda. Si necesitáis algo, solo tienes que llamarme. Lo haré de inmediato.

Eso sí que me sorprendió.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias. Más bien soy yo quien debería disculparse contigo. Necesito hablar sobre lo que ocurrió anoche y cómo terminó todo.

Cuando dijo que era él quien debía disculparse y que necesitaba hablar de lo que sucedió en la habitación de juegos, su voz se tensó. Pude imaginar cómo apretaba los dientes, cómo le dolía incluso pronunciar esas palabras.

Sabía que las heridas que él mismo me había provocado con el látigo seguían ardiendo en mi piel… pero también en su conciencia.

Me quedé en silencio, dejando que ese peso llenara el espacio entre nosotros, porque en ese momento, el dolor no era solo mío.

Corté la llamada cuando mi madre empezó a tiritar por el fresco que trajeron unas nubes. Me quedé con un nudo en el pecho, nervioso y angustiado, sin saber qué podría pasar entre nosotros dos.

***

Después de comer en su restaurante favorito, de pasear por las calles más emblemáticas y señoriales de Barcelona con el Mercedes de Lucas y de cansarse del tour nostálgico por la ciudad que tuvo que abandonar por trabajo, volvimos a la mansión de Bosch.

Mi madre se quedó impresionada ante el lujo que me rodeaba. Tuve que modificar la mentira y decirle que me fui a vivir con un amigo para no estar solo después de que Alicia me dejara.

Nos colamos en la casa de invitados y dejé su maleta sobre una silla mientras ella seguía curioseándolo todo.

—Buenas tardes —saludó Lucas. Había llegado antes que nosotros y llenado la habitación de rosas y flores que olían increíblemente bien—. Mi nombre es Lucas Bosch.

—¿Bosch? —repitió ella, estrechando la mano de Lucas—. Izan tenía un amigo con ese apellido. Miki, ¿cierto?

Lucas se tensó, aunque confesó que Miguel era su hermano.

—¿Y lleváis mucho tiempo siendo amigos?

—Un par de meses —respondí.

Ella rio y nos miró a ambos.

—¿Qué?

—Nada, nada —bostezó, fingiendo estar cansada.

Sentí la mano de Lucas apoyarse con suavidad en mi espalda, sin presionar.

—Deberíamos dejar que tu madre descanse.

No quería separarme de ella tan pronto; después del viaje en tren y de haber colapsado, sabía que tenía razón: necesitaba reposar un rato.

Le besé la frente, la abracé con todas mis fuerzas y salí de la casa de invitados junto a Lucas. Caminamos en silencio hasta que sus pasos se detuvieron frente al despacho de la planta principal.

—He hablado con un abogado.

—¿Para qué?

—Por favor, Izan —se desordenó el cabello, y vi la herida en su mejilla—. Te torturé hasta dejarte inconsciente y…

Le cogí el rostro con ambas manos y examiné el hematoma que le estaba saliendo bajo el ojo.

—¿Qué haces?

—¿Quién te ha golpeado?

Él me respondió con otra pregunta:

—¿Eso es lo que te importa ahora? ¿Que alguien me haya hecho daño después de todo lo que te hice?

Asentí.

Mis heridas podían ocultarse bajo la ropa; que alguien hubiera mancillado su rostro impecable me parecía una ofensa intolerable.

—Deberías gritarme, golpearme y llamar a Arthur para contarle lo que sucedió en la sala de castigos.

—No lo haré.

—Izan…

—Estoy seguro de que te habrías detenido si yo hubiese dicho la palabra de seguridad. No lo hice. No quise.

—¿Por qué?

«*Porque quería sufrir como tú*», me guardé mis pensamientos.

—¿Quieres que te perdone?

Vi cómo se le tensaba el rostro, atrapado entre la culpa y la sorpresa. Sabía que había roto una de las cláusulas sagradas de nuestro contrato sumiso-amo y, aun así, yo no reaccionaba como él esperaba.

Era consciente de que lo que pasó fue terriblemente doloroso, pero no iba a permitir que ese momento se convirtiera en una sombra constante entre nosotros. Yo también había sido cruel con él en el pasado, y aunque no sabía si él me lo había perdonado, yo sí había elegido dejar atrás lo que me hizo.

Confiaba en Lucas, y estaba seguro de que, si me hubiese atrevido a decir "Dulce", él no habría llegado tan lejos.

Y, por si fuera poco, me di cuenta de que me gustaba de una forma que solo había sentido antes por una mujer.

Capítulo veintidós

Izan Herrera

Terminé esperando unos cuantos días para que Lucas se enfrentara a mí en uno de mis videojuegos favoritos. No sé por qué le dije que lo perdonaría si me ganaba, pero tenía muchísimas ganas de arrastrarlo a mi mundo y que disfrutara de una partida a mi lado.

Preparé mi cuarto para pasar unas cuantas horas frente al televisor. Compré toda la comida prohibida en su estilo de vida y me tumbé sobre la alfombra hasta que llegó.

Se quitó la americana y la corbata, y se sentó junto a mí mientras inspeccionaba los cuencos llenos de patatas fritas, golosinas y las cervezas cubiertas de hielo.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó, sujetando el mando de la consola sin saber muy bien qué hacer—. Preferiría que me ataras a la cruz y me castigaras por lo que hice.

—Ni hablar. Vamos a jugar al *Call of Duty*.

Siguió con esa expresión de desconcierto, así que le metí un regaliz rojo en la boca para animarlo. Mientras iniciaba la partida, Luc se bebió una cerveza y hasta se remangó la camisa para estar más cómodo. Poco a poco se dejó llevar por el ambiente y disfrutó del picoteo sin refunfuñar.

La pantalla se dividió en dos y comenzó el juego. La adrenalina me recorrió el cuerpo y empecé a apretar los botones con rapidez, echando vistazos de reojo a Lucas. Este estaba tranquilo, demasiado confiado para un nivel *Legendary*. Cada mapa estaba repleto de esquinas, edificios derruidos y trampas ocultas que podían matarte; era el campo de batalla perfecto.

Ataqué con fiereza, intentando sorprender al pequeño Luc. Quería motivarlo, que se dejara llevar por el juego, pero él siguió moviéndose con una calma que llegaba a desesperar. Aun así, esquivaba balas y respondía con una precisión que no esperaba.

Las muertes se acumulaban en nuestro marcador. Y aunque estaba dando mi mejor partida, el que más enemigos eliminaba era Lucas.

Él era quien estaba ganando.

Seguía sentado, relajado, mientras yo aporreaba los botones como si se me fuera la vida, porque ese tipo de juegos sacaban lo peor de mí.

Cuando terminó la partida, la pantalla mostró el resultado: el ganador había sido Lucas. Era imposible que alguien como él, que nunca había jugado, me hubiera derrotado en el nivel más alto.

Lucas aguantó la risa; yo, en cambio, no me contuve. Lo derribé al suelo para que confesara que, en el fondo, siendo un tipo serio y responsable, le encantaba jugar, y por eso se le daba tan bien.

Me tumbé sobre él y empecé a atacarlo con suaves pellizcos en los costados. No tardó en estallar en carcajadas, y su risa me provocó un cosquilleo en el estómago.

—¡No mientas! Eres un jugador profesional.

—Te prometo que llevo años sin tocar una consola.

—No te creo —seguí recorriendo su cuerpo con los dedos para hacerlo reír hasta que no pudiera más—. Me has mentido.

—De verdad —giró su cuerpo y, antes de que yo cayera, me agarró por la cintura—. Jugué muchísimo en mi adolescencia; luego lo dejé para centrarme en la universidad y, más tarde, acabé en la oficina.

Saber que no fuimos tan distintos en nuestra etapa juvenil me dolía aún más por haberle dado la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó al notar que me había quedado en silencio, perdido en el recuerdo.

Solo lo miré y, sin pensarlo, lo besé.

El juego dejó de importarme.

No tenía nada que perdonar.

Quería quedarme pegado a él, devorando sus labios hasta que me empujara. No lo hizo. Su boca se rindió a la mía, y el roce suave se volvió más urgente y frenético. Cuando su lengua se coló entre mis labios, un escalofrío me atravesó. La capturé con deseo, sin

prisas, disfrutando cada segundo de ese juego húmedo y profundo que nos envolvía, hasta despertar mi polla.

—Tendríamos que parar —jadeó.

—¿Por qué?

¿Iba a decir que no me iba a tocar?

—Es tarde, y necesitas descansar.

Lo agarré por el cuello de la camisa e intenté besarlo de nuevo; sin embargo, giró el rostro.

—¿Me estás rechazando? Me pones cachondo y, en vez de follarme, me mandas a la cama —me dieron ganas de darle un cabezazo, pero me contuve—. ¿Qué soy? ¿Un puto Teletubbie?

—Izan… te hice daño.

—También fue culpa mía.

—No.

—¡Sí! No dije la palabra de seguridad. Pensé que aguantaría, aunque no lo logré. Deja de comerte la cabeza por lo que pasó hace unos días y méteme la polla por el culo —solté de golpe—. No quiero que haya sido en vano hacerme un enema.

Lucas me sujetó las mejillas y se puso a hacer que mi cara pareciera la de un pececillo.

—¿Por qué eres tan mal hablado?

—Por culpa de los videojuegos.

—Eres muy mal perdedor —se burló de mí.

—¿Vas a penetrarme o no?

Me sentí como un renacuajo pidiendo teta; en lugar de querer un pecho, deseaba tener su falo dentro.

Y, aun así, acabaría teniendo leche.

Mis ojos se abrieron cuando volvió a besarme. Entrelacé los dedos detrás de su cuello mientras nuestras lenguas se arremolinaban de nuevo. Quería chupar y morder ese músculo que recorría toda la cavidad de su boca; sin embargo, terminamos separándonos para respirar.

—Tú ganas.

«*Yo siempre gano*», pensé, al incorporarnos del suelo.

Nos desnudamos deprisa.

La ropa voló por toda la habitación. Intenté bajarme la ropa interior, pero Lucas fue más rápido. Se acercó por mi espalda, tiró del elástico de los bóxers y me los quitó con la misma desesperación con la que yo le había pedido que me jodiera.

Me giré de puntillas para encontrarme con su mirada oscura y acabé rodeándole la cintura con las piernas mientras él se sentaba en el suelo y apoyaba la espalda en la cama.

Jadeé al sentir su miembro duro y palpitante acomodarse entre mis nalgas. Disfruté un poco más de su boca y arañé su nuca cuando sus dedos retorcieron uno de mis pezones.

—Eso duele.

—¿Y te gusta?

«*Tiene que doler ser tan jodidamente atractivo*», seguí guardándome mis pensamientos.

—Sí.

—¿Recuerdas la palabra de seguridad?

—No la necesitaremos.

—Izan —insistió, algo preocupado.

«*Dulce*.»

—La recuerdo perfectamente. Y si algún día necesito usarla, no dudaré ni un segundo en decirla. Te lo prometo… ¡Oh, joder! —me pilló por sorpresa al penetrarme con los dedos y estirarlos para comprobar lo preparado que estaba—. ¿He hecho un buen trabajo?

—Odiaría que un maldito plug me quitara el puesto.

—Tranquilo, pequeño. Otro día usarás tu lengua.

Se vengó de mi descaro presionando su polla contra mi entrada temblorosa. Pensé que me torturaría un poco más, pero terminó empujando hasta hacernos jadear. Lo abracé con todas mis fuerzas y me mordí el labio para no gritar.

—Luc… —sentí sus dedos clavarse en mi cintura—. ¡Oh, Luc!

Bombardeó mi interior como si jugara una partida sublime de *Call of Duty*. Y no podía dejar de amar cada embestida. Me follaba con la misma intensidad con la que aniquiló a todos en la pantalla, haciéndome suyo con cada golpe profundo, húmedo y desesperado.

—¿Te gusta que te folle?

—Sí.

—Mírame y dime que te encanta.

Me relamí los labios, me aparté un poco de su pecho y, con el agujero lleno y ardiendo, fui sincero:

—Me encanta que me folles.

—Mierda, Izan. Estás jodidamente apretado —gruñó—. Vas a cortarme la polla antes de que me corra.

Siguió entrando y saliendo de mí. La cabeza me daba vueltas, tuve que clavar los dedos en sus hombros para no caerme hacia atrás, y ni siquiera necesité tocarme; mi entrepierna lagrimeaba con cada roce de su abdomen.

—Luc —seguí gimiendo—. Creo… creo que voy a correrme. No paras… de… dar justo en… la próstata.

Tiró de mi cabello y lamió mi cuello antes de morderlo ligeramente. El cosquilleo en la piel me hizo apretar aún más su polla, mientras jadeaba sin control.

—Respira —me pidió.

No dejó de empujar con fuerza, llenándome una y otra vez. Arqueé la espalda, y fue inevitable esperar a que se corriera conmigo. Cerré los ojos, sacudido por el placer, y apoyé la cabeza en su hombro mientras seguía follándome.

Su ritmo no se detuvo. Apretó los dientes, jadeó contra mi nuca, y sus caderas me golpeaban sin descanso. De pronto, apartó las manos de mis caderas y me rodeó con los brazos, apretándome contra su pecho como si necesitara fundirnos. La cabeza me seguía rebotando con cada embestida que llenaba mi interior.

Empujó una última vez, profunda, tan hondo que pensé que me desgarraría. Soltó un gruñido ronco, cargado de placer y tensión, al correrse dentro de mí con una serie de espasmos que le sacudieron por completo. Sentí el calor llenarme mientras su polla palpitaba enterrada hasta el fondo.

No se movió durante varios segundos, seguía respirando agitado contra mi cuello y reteniéndome aún, con su falo dentro.

—No quiero salir de ti nunca.

Gemí.

—No lo hagas —respondí, mientras acariciaba su espalda.

Terminamos bañados en sudor, semen y lágrimas.

Capítulo veintitrés

Izan Herrera

Antes de desayunar, disfruté un rato en la piscina junto a mi madre; el agua estaba templada, rozando ese punto exacto de frescor que aliviaba el cuerpo sin llegar a estremecerlo. Me sumergí una vez más y nadé de un lado a otro hasta cansarme. El sonido del agua era hipnótico, casi tan relajante como tumbarse boca arriba y dejar que la superficie te acunara.

Mi madre estaba sentada en el borde, remojándose los pies hasta los tobillos mientras los movía suavemente. Seguía leyendo uno de sus libros favoritos, una novela romántica, y se le escapó una sonrisa al llegar a un capítulo donde el protagonista debía confesar sus sentimientos después de haber estado alejado del amor de su vida.

Verla tan tranquila, con las mejillas rosadas y disfrutando de aquella mañana a mi lado… me hizo feliz y ansiaba que estuviera siempre cerca de mí.

Dejé de nadar y me acerqué para invitarla a desayunar. Apoyé la mejilla en el borde y le arrebaté el libro para captar su atención. Ella siguió sonriendo, acarició mi cabello y presionó sus dedos en mi nariz para molestarme.

—Siento muchísimo que tengas que perder horas de trabajo para estar con tu madre. Seguro que estarías mejor en la oficina.

Reí nervioso.

Tuve que decirle la semana pasada que había cogido unos días de vacaciones para que no se preocupara demasiado. Aun así, lo hizo. Intenté tranquilizarla asegurándole que todo estaba bien, pero en el fondo sabía que ella sospechaba que le ocultaba algo.

—Tengo derecho a descansar. Y, ahora mismo, nadie me necesita en la oficina. En cambio, tú sí necesitas estar con tu hijo. No tienes que preocuparte, mamá.

Siguió jugando con los mechones húmedos que se pegaban a mi mejilla por el agua.

—Me gusta tu novio.

—¿Qué?

—Lucas.

Tragué saliva.

—Creo que te estás equivocando, mamá. Lucas es un buen amigo —intenté justificarme rápido, aunque no funcionó.

Ella era más astuta.

—Os he visto esta mañana besándoos. Y, además, tienes el cuello lleno de marcas.

Su risa me puso nervioso y sentí cómo todo mi rostro se encendía al ser consciente de que nos había visto despedirnos con cariño. Me sumergí bajo el agua y esperé un buen rato antes de enfrentarla.

«*Al menos no ha visto los azotes en mi trasero, y los arañazos en la espalda los estoy ocultando con una camiseta. No creo que se dé cuenta de lo que está pasando entre nosotros*», pensé, angustiado.

Mi madre metió la mano en el agua y con un gesto cariñoso me pidió que saliera. Enfrenté su mirada, luchando por recuperar el aliento mientras el corazón me latía con fuerza.

—No deberías haberlo visto.

—¿Por qué no?

—Porque es desagradable.

Sacudió la cabeza.

—Me ha hecho feliz ver que mi hijo comparte su vida con una persona excepcional y, además, muy atractiva.

—Es un hombre.

—¿Y eso te molesta?

—No —respondí, saliendo de la piscina para sentarme a su lado.

—¿Y por qué iba a importarme?

—No lo sé, mamá —bajé la cabeza hasta su hombro y moví las piernas dentro del agua—. Muchas personas no lo ven bien y… bueno, yo…

Noté cómo apretaba mi mano.

—Que se jodan los demás —rio—. ¿Tú eres feliz?

Asentí con la cabeza.

—Pues eso es lo único que debería importarte. Que eres feliz con él, y que él lo es contigo. Solo tienes que dejar de darle tantas

vueltas al hecho de que Lucas sea un hombre. Os estáis enamorando, como lo haría cualquiera. Así de simple.

La abracé.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no pensar que soy un bicho raro.

—No digas tonterías.

Ya no era solo por haberme visto con un hombre, sino por haberle mentido y creado una vida ficticia alejada de la realidad. No podía decirle que lo perdí todo, que no encontraba trabajo como desarrollador y que cometí una locura vendiendo mi cuerpo a la persona de la que me estaba… ¿enamorando?

—Vamos a desayunar —no quería pensar más en Lucas—. De tanto nadar, se me ha abierto el estómago.

Salimos de la piscina con tranquilidad, los trajes de baño estaban empapados y nuestra piel estaba ligeramente bronceada por el sol. Nos envolvimos en unas toallas y dejé que el agua de mi cabello siguiera goteando y humedeciendo el suelo de piedra.

Nos prepararon una mesa repleta de fruta fresca en la terraza y me relamí al ver fresas, melón, uvas y mango. Mi madre untó mermelada casera de frambuesa en unos panecillos recién horneados. Saboreé el zumo de naranja y llené su taza con café.

Disfrutamos de aquel lujo sentados uno junto al otro. No hablamos mucho, pero el silencio que nos acompañó fue cálido y reconfortante, nada incómodo.

Al terminar, la ayudé a caminar hasta el jardín, donde el aire era más suave y el canto de los pájaros otorgaba al lugar una paz difícil de encontrar en otro rincón de la mansión. Bajo la sombra de un árbol, un caballete la esperaba junto a un lienzo en blanco y un pequeño maletín de pinturas.

—Estoy tan sorprendido como tú. Le dije a Lucas que te encantaba pintar de pequeña y seguro que lo preparó a mis espaldas.

Eso sí que fue un detalle.

Nos acercamos y le acomodé una silla mullida para que descansara mientras pintaba. Agradecí la sombra del arbusto que la

protegía del sol. Emocionada, pasó la yema de los dedos por el papel en blanco y sonrió al sentir que desenterraba recuerdos de su infancia.

—No sé si conseguiré dibujar algo decente.

Le tendí el pincel y esperé a que lo humedeciera.

—Eso no importa. Solo pinta lo que te haga sentir bien.

Y la imaginación no tardó en apoderarse de ella.

Tenía un paisaje sereno a su alrededor; el jardín parecía más vivo que nunca, bañado por una luz suave que resaltaba los tonos verdes y dorados del entorno. El aire olía a césped recién cortado y flores en plena floración.

Mi madre humedeció la brocha con delicadeza, como si acariciara uno de sus recuerdos. La vi esbozar los primeros trazos, concentrada, y por un instante me pareció contemplar a la mujer que fue en su juventud: apasionada, creativa y capaz de perderse durante horas en el arte, sin que nada más importara.

Me senté a unos metros porque no quería interrumpirla. Solo quería observarla, verla feliz mientras se reencontraba con una parte de sí misma que creía perdida el día que mi padre falleció.

El sol se colaba entre las hojas de los árboles, proyectando sombras danzantes sobre su lienzo. Y allí, en medio de ese instante, sentí una paz que no necesitaba buscarle explicación.

Ella era feliz.

Y yo lo era viéndola a ella.

***

El señor Julio me informó que había alguien esperándome, era extraño porque ninguna de las pocas amistades que me quedaban sabía que vivía en la propiedad de Lucas Bosch.

Y, cuando vi a su hermano mayor, todo se desmoronó y temí lo peor.

—¿Desde cuándo vive Lucas con sus empleados? —ni siquiera me saludó, se limitó a interrogarme.

—Hola, Miki.

Él esbozó una sonrisa forzada y se lanzó a abrazarme.

—¿No vas a responder a mi pregunta? ¿O realmente Luc te ha prohibido hablar conmigo?

Tenía el rostro lleno de hematomas que ya empezaban a tornarse amarillos, se cortó la barba y dejó la ropa deportiva que le dieron en el centro de rehabilitación para vestir tan elegante como su hermano.

«*Así que vestir bien es cosa de los Bosch*.»

—Lucas no me ha prohibido nada. Solo que… después de lo que pasó la semana pasada, estar aquí me resulta incómodo. No sé cómo comportarme delante de ti.

Miki soltó una fuerte carcajada y rodeó mi cuello con su brazo para pegar mi cabeza a su costado. Al tenerme inmóvil, frotó sus nudillos contra mi cráneo y tiró de mí para que nos coláramos en el gimnasio.

Me empujó contra una banqueta y caí de culo mientras él comenzaba a ejercitarse.

—Es una lástima que dejáramos de vernos. A día de hoy hubiéramos sido buenos amigos —soltó, con la voz entrecortada por levantar cincuenta kilos en la máquina de fuerza para brazos—. Aunque veo que Lucas y tú os lleváis muy bien. ¿Por qué? Respóndeme sin tartamudear.

¿Por qué le molestaba tanto?

Y aun así no le di una respuesta.

—¿Has venido hasta aquí para preguntarme por qué soy amigo de tu hermano?

—En realidad quería pedirte un favor.

Se acercó sudoroso hasta mí y se sentó a mi lado.

—Estoy cansado de lo perfecto que es Lucas y de cómo todo el mundo lo quiere y admira por todo el progreso que ha hecho en la empresa de nuestro padre —estaba lleno de ira y no le importó escupir el odio que sentía hacia su hermano menor—. Me fastidia que sea feliz y que yo tenga que vivir a su sombra.

—Eso no es cierto.

—¿Qué? —alzó una ceja.

—Es Luc el que vive a tu sombra. Él siempre se ha esforzado para que reconozcan sus habilidades. En cambio, tú —le dije la verdad, la realidad que no quería aceptar—, nunca has tenido que hacer nada para destacar porque eras visible para todos.

—¿Por qué lo defiendes?

—Porque es mi amigo.

La mano de Miki voló hasta mi cuello y apretó sus dedos para hacerme daño mientras me amenazaba.

—¿Te acuestas con él?

Me costó tragar saliva.

Y ni siquiera pude responder.

—¿Desde cuándo te gusta que te den por el culo?

Cansado de sus palabras, lo aparté de mi lado con todas mis fuerzas y cayó al suelo. Me levanté del banco de madera y lo miré con desprecio.

Aun así, mentí.

Todos los sentimientos que aclaré junto a mi madre, acabaron en la basura por la presencia de Miki.

—¿Y qué te hace pensar que soy gay? ¡Me da asco solo imaginar que un hombre pueda desear a otro! Así que saca de una vez esa idea enfermiza de tu cabeza. No tengo nada con tu hermano, ni lo voy a tener. Estoy viviendo con él porque necesito el dinero, y él me paga por hacerle compañía. Eso es todo.

Eso fue terrible, pero tenía que protegernos.

O eso quería creer.

—¿Compra tu amistad o tu cuerpo?

—Joder —me lancé sobre él y deseé golpearle como hizo Lucas en la cena que desató toda su ira—. ¿Eres sordo? ¿Las drogas te han dejado más imbécil de lo que ya eres? ¡En mi vida permitiría que me tocara! No sé a quién se está follando Lucas; yo no dejaría que me tocara ni borracho. Sería asqueroso.

Su risa resonó por todo el gimnasio.

—Ese es mi Izan. El Izan que detestaba a Lucas como yo.

No quería ser el capullo de mi adolescencia, pero fue inevitable.

—Entonces, ¿qué quieres, Miki? ¿Revivir el pasado? ¿Meter a Lucas en la basura hasta que algún profesor se dé cuenta? ¿Dejarlo

desnudo en la clase durante tres horas?

Él sacudió la cabeza.

—Las mejores ideas fueron tuyas, no lo olvides —intentó librarse de mi agarre; sin embargo, no solté su camisa por lo impactado que estaba—. Tú me dijiste que llenara sus zapatos de petardos. Que sacudiera sus pelotas con gomas elásticas. Que le golpeara en la espalda con la regla de metal para que nadie sospechara. ¿Lo habías olvidado? El cabecilla de cada broma fue el increíble… ¡Izan Herrera!

Sentí náuseas, y la necesidad de vomitar el desayuno.

Me aparté de su lado y me senté en el suelo.

—Fue muy divertido.

—Cállate.

—Son recuerdos que me niego a olvidar.

—Cállate —volví a advertirle.

—Es una pena que se borrara todas las cicatrices de la espalda.

—¡Cállate de una puta vez! —estaba hasta temblando—. Dime qué quieres y lárgate.

—Está bien —se levantó del suelo—. Dentro de poco será su cumpleaños y me gustaría hacerle un regalito. Si realmente estás viviendo con él, verás entrar y salir a los chicos con los que se acuesta. Quiero que los fotografíes.

—¿Te has vuelto loco?

No hizo falta que me diera una respuesta.

—No te estoy pidiendo que te metas debajo de la cama y los escuches follar. Solo quiero que saques una foto de sus amantes.

—Lucas nunca ha ocultado su orientación sexual. En una entrevista para la revista Forbes habló abiertamente sobre su relación seria con un actor reconocido.

A él le dio igual.

—Sigo pensando que se acuesta con varios. Tú limítate a hacer las fotos y ya hablaremos —se dispuso a marcharse, pero antes me aclaró que lo que quería que hiciera sería un trabajo para mí—. No te preocupes. Te pagaré bien.

Cuando la puerta del gimnasio se cerró, levanté el brazo y saqué el dedo del medio.

—¡Qué te jodan!

Fue duro seguirle el juego y, aunque no haría lo que me pidió, temí que estuviera tramando algo peor contra Lucas.

«¿*Cómo fui amigo de ese psicópata*?»

Capítulo veinticuatro

Lucas Bosch

Faltaban un par de meses para mi cumpleaños y mi madre insistió, una vez más, en encargarse de la organización de la fiesta. No era la primera vez que lo hacía, y sospechaba que tampoco sería la última. Aunque, por primera vez en años, estaba dispuesto a permitírselo… siempre y cuando no convirtiera la celebración de mis veintinueve en otro maldito evento social.

Lo detestaba.

Odiaba tener que plantarme ante los demás con una sonrisa fingida, aparentar que me lo estaba pasando bien y mentirles diciendo que, por supuesto, nos veríamos muy pronto en el siguiente cóctel o gala benéfica que alguno de ellos preparara.

El organizador solo atendía a mi madre, y yo tuve que dejarme caer en el sillón mientras discutían cómo decorarían el salón de celebraciones que alquilarían en uno de los hoteles de lujo de la señora Medina.

—¿Puedes pasarme el catálogo de flores? —le pidió a Berto—. No sé si elegir anémonas blancas con centros negros u orquídeas.

—Ambas opciones aportan sofisticación, masculinidad y ese punto de lujo discreto que todos buscan —respondió él.

—¿Tú qué opinas, hijo?

«*Has estado una semana sin llamarme y ahora me dices "hijo"… la verdad, no sé qué pensar*.»

—Preferiría algo sencillo. He accedido a la fiesta porque es una buena oportunidad para hacer negocios con posibles clientes.

Ambos me ignoraron.

—No quiero nada improvisado, Berto. No hagas caso a mi hijo, detesta este tipo de celebraciones —no mintió. Era algo que no soportaba—. Me quedaré con las anémonas blancas con centros negros. ¿Seguimos con los menús?

Me levanté y empecé a caminar por el despacho porque ya me dolía la cabeza. Terminaron de definir los menús personalizados y pasaron a organizar la distribución de mesas, la zona de cóctel y la pista de baile.

—¿Qué le parece un animador de fiestas? Conozco a uno que ha trabajado en eventos de alto nivel, incluso en la Casa Real.

—Me parece una gran idea.

—Genial. ¿Y cuántos invitados tienen previsto incluir? También deberíamos ir pensando en las invitaciones.

—Doscientos —quería algo íntimo, y terminó convirtiéndose justo en el evento social que no deseaba—. ¿Contamos con tu amigo?

Izan sería la única persona a la que realmente me alegraría ver en ese día que, se suponía, debía ser especial para mí. Asentí y me acerqué para hojear la lista provisional de invitados. Anoté el nombre de la madre de Izan y eché un vistazo rápido al resto.

—No quiero a Miguel en la fiesta.

—Es tu hermano —repitió una vez más, ignorando lo que ocurrió recientemente—. Le debes una disculpa.

Eso sí que fue gracioso.

—¿Le pido perdón por llamarme maricón?

—Le golpeaste.

—Él lo hizo durante años y nadie le paró los pies. ¿Estás segura de que quieres que volvamos a vernos sabiendo lo que podría pasar entre nosotros?

Berto nos dio la espalda para no ser testigo de nuestra discusión. Mi madre acarició mi mejilla y, con esa mirada tierna que siempre parecía creer que podía solucionarlo todo, me suplicó que entendiera, una vez más, que mi hermano estaba enfermo, y ni siquiera internarlo sirvió de ayuda.

—No te pongas a su nivel, cariño —dijo, con un tono sereno pero firme—. Él nos necesita, aunque no lo creas.

—Haz lo que quieras —acabé rindiéndome, recogiendo mis cosas para salir a despejarme—. Si Miguel pierde la cabeza, espero que la seguridad que contratéis haga su trabajo y lo mantenga bien lejos de mí. ¿Ha quedado claro?

Me dieron su palabra y me marché.

***

Estaba a punto de llamar a Izan cuando la pantalla me mostró el nombre de Bosco. Pensé que se estaba poniendo en contacto conmigo para reclamarme que no había avisado a Arthur de lo que ocurrió en la habitación de juegos que montaron en mi hogar.

Aun así, descolgué la llamada y lo escuché.

—Hace días que no hablamos. ¿Está todo bien?

—Sí —me sentí tan incómodo como él—. Perdí la cabeza y tú actuaste como un buen amigo, Bosco. Aunque Izan se negó a hablar con Arthur.

—Porque le gustas.

Me relajé en mi vehículo.

—No —recordé nuestra conversación en el parque—. Solo quiere cumplir con el contrato. Le advertí que estaba en su derecho, pero seguimos con este juego que acabará por confundir mis sentimientos y terminaré…

—¿Enamorado?

—Espero que no.

Su risa me reconfortó.

—Tigran pelea esta noche. Venid a ver cómo se mueve el Toro dentro de la jaula —realmente se había encaprichado con el luchador de artes marciales mixtas—. Lo animamos un poco, nos tomamos unas cervezas y compruebo que ambos estéis bien. ¿Qué dices?

Eran casi las siete de la tarde, y ni siquiera sabía si Izan tenía planes o prefería pasar más tiempo con su madre.

—Envíame la dirección.

—Nos vemos a las nueve.

Llamé a Izan para proponerle ir a ver la pelea, y aceptó entusiasmado. No esperaba que también disfrutara de ese tipo de deportes, donde se golpean hasta que uno vence, pero al mencionar que el protagonista era El Toro, su interés se disparó. Lo conocía, lo

admiraba, y eso hizo que su emoción creciera aún más al imaginar la velada.

***

Faltaban unos minutos para que Tigran Fernández, más conocido como El Toro, subiera a la jaula. Bosco nos consiguió asientos en primera fila, lo bastante cerca como para ver cada gota de sudor y oír el crujido de los huesos si alguno caía en la llave equivocada. Habría preferido un palco en el fondo del pabellón; sin embargo, ellos querían ver la jaula llena de sangre.

El evento estaba repleto de fanáticos y de curiosos atraídos por el morbo de cómo acabaría cada combate.

No me entusiasmaban las peleas; sabía que Izan las disfrutaría al máximo. Desde que llegamos, no había dejado de hablar de tácticas, estadísticas, rivales y su top diez de knockouts legendarios.

No pude evitar quedarme mirándolo con una media sonrisa. Él era mucho más entretenido que cualquier espectáculo dentro de esa jaula.

—¡Mira, Lucas! Nada más entrar ha bajado la guardia. Siempre lo hace, es su manera de invitar al otro a acercarse para luego cazarlo —se puso de pie y me agarró del brazo para que no me perdiera ningún detalle.

—¿Y no es un error?

—No si eres El Toro.

Bebí de mi cerveza y me relajé mientras los aficionados rugían a nuestro alrededor. Izan tenía razón: Tigran se movía como un animal enjaulado, con el pecho inflado y una sonrisa torcida que anunciaba que iba a tumbar a su oponente. El otro tipo era más alto, pero carecía del aura que envolvía al Toro. Era como ver a un lobo intimidado por una bestia furiosa.

Eché un vistazo a Bosco, que se contenía para no acabar como Izan.

El primer golpe fue un gancho de izquierda que casi le saca el alma a David El Asturiano. Izan soltó un grito que hizo que varios nos miraran, y tuve que tirar de la camiseta que se compró en la entrada para que se calmara.

—i¿Lo has visto, Luc?! ¡Qué maravilla de gancho!

—Lo vi —respondí entre risas. Sus ojos brillaban con emoción y sus piernas inquietas imitaban los pasos de Tigran en la jaula.

El Toro atrapó a su rival contra la reja, descargándole una lluvia de golpes que lo hicieron sangrar. Sin prisa, se echó atrás, desafiándolo con la mirada para encender su rabia y obligarlo a darlo todo. Fue demasiado lento, y Tigran no tardó en acorralarlo de nuevo. Cambió los ganchos por una serie de rodillazos que nos tensaron a todos en nuestros asientos. Incluso se me escapó un "*joder*" al sentir el impacto casi como si me golpearan a mí.

—Está en su mejor momento. Acabará con él en este asalto.

—¿Eso crees?

El que respondió fue Bosco:

—No lo dudes.

Y ambos tenían razón.

Pocos minutos después, Tigran conectó un uppercut limpio y tan preciso que levantó del suelo al otro luchador antes de que se derrumbara como una marioneta. El árbitro intervino enseguida y el estadio estalló.

El pecho de Izan subía y bajaba agitado, y no podía dejar de sonreír. Bosco se levantó enseguida para celebrar la victoria de El Toro, así que no me quedó de otra que hacer lo mismo. Y, en vez de gritar como un animal, di unas cuantas palmadas y rodeé los hombros de Izan, pegándome a él.

—Mañana estarás sin voz.

—Ha valido la pena cada grito.

Mientras Tigran alzaba los puños como un dios salvaje, yo solo quería estar a solas con Izan. Bosco le propuso que, una vez que El Toro descansara, podría hacerse una foto con él.

Y así fue.

Acabamos en los vestuarios, y su héroe de la noche accedió a hacerse una foto con Izan, aunque su rostro evidenciaba el

agotamiento tras el combate. Lo vi emocionado, como un niño que conoce a su ídolo, mientras El Toro le firmaba todo el merchandising que tenía a mano: camisetas, guantes, incluso el programa del evento. Bosco, que no se despegaba ni un segundo, observaba todo con una sonrisa de oreja a oreja, babeando literalmente por el campeón.

Cuando por fin nos alejamos del bullicio, el aire fresco de la noche nos recibió. Íbamos camino a casa, la emoción aún vibraba por todo el cuerpo de Izan. Se le veía radiante, con esa sonrisa que me hizo sentir que realmente lo había pasado bien.

—Gracias, Luc —agradeció, mirándome a los ojos—. Ha sido una noche increíble. No esperaba disfrutar tanto viendo un combate de MMA en directo.

Sonreí, muy satisfecho por haberle llamado tras recibir la invitación de Bosco.

Al llegar a casa, ya listos para separarnos y descansar cada uno en su habitación, sentí cómo Izan me sujetaba del brazo con firmeza.

—¿Qué sucede?

Me lanzó una mirada ardiente.

—Ven conmigo —me pidió, mientras me arrastraba con suavidad hacia la habitación de juegos.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso y supe lo que pretendía para coronar la noche. El problema era que no estaba preparado para encerrarme en aquel cuarto donde le hice daño y estuve a punto de joderlo todo.

Capítulo veinticinco

Lucas Bosch

Intenté resistirme; su determinación me arrastró hasta la habitación que había evitado desde el día en que perdí el control. Abrió la puerta sin soltar mi mano y, con una sola mirada, entendí lo que quería de mí. Ya no había miedo en sus ojos, solo el deseo incendiando su cuerpo.

Avanzamos en silencio, cerró la puerta y me soltó un instante para recorrer las estanterías de cristal. Evité en todo momento mirar la cruz de San Andrés y quise que cambiara de idea, pero Izan cambió las luces y las paredes terminaron tiñéndose de ojo carmesí.

Él se apoyó contra la pared y esperó a que me comportara como el amo que pujó por él en la subasta de Arthur. Lo que Izan no sabía era que yo había empezado a detestar ese mundo, porque, una vez que crucé la fina línea entre el placer y el dolor, ni siquiera me sirvió como excusa para justificar mi sed de venganza.

—Juguemos.

—No puedo —confesé.

Rompió la distancia que había entre nosotros dos y acarició mi pecho por encima de la ropa. Quería tentarme; en vez de quererlo castigar, me moría de ganas por penetrar su agujero.

—Confío en ti.

Su mano subió hasta mi cuello y me empujó para corresponder su beso. Quería levantarlo del suelo, que enredara sus piernas alrededor de mi cuerpo y tumbarlo en la cama hasta deshacerme de la ropa que me impedía tocar su piel.

—Quiero que juegues con mi cuerpo —soltó, al separarse de mi boca.

Entonces se alejó de mí y caminó hacia el balancín. No me estaba pidiendo permiso, simplemente se limitó a elegir. Lo acarició con curiosidad mientras que me mantenía la mirada.

—Quiero esto, Luc.

Izan no me estaba pidiendo un castigo, quería entregarme su cuerpo y que lo follar allí mismo. Aunque antes quería saborear ese dolor que encendía su cuerpo. Terminé por acercarme, y acaricié su rostro lentamente con mis nudillos. No se apartó, ni siquiera tembló como en otras ocasiones.

—Desnúdate —le pedí.

Obedeció sin apartar la mirada, y sentí cómo mi polla se endurecía al instante. Luché contra el impulso de ayudarlo, pero me limité a cruzar los brazos y contemplarlo mientras se ofrecía de forma provocadora y sumisa para mí.

Lo guie hasta el balancín, lo tumbé boca abajo y acomodé sus muslos sobre las bandas acolchadas. Le até los tobillos, estiré los brazos para asegurarlos a la altura de la cabeza y apreté las hebillas para paralizarlo por completo.

Levanté el juguete y lo dejé suspendido en el aire. Se encontraba inmóvil, abierto y se veía jodidamente hermoso. Desde donde me encontraba, parecía que Izan se había enredado en una telaraña y estaba a punto de devorarlo.

Me di el capricho de acariciar su pecho, mientras que mi otra mano arañaba el interior de sus muslos, evitando en todo momento, tocar su miembro. Quería ir despacio, incrementar el placer y que él me suplicara que lo follara.

—¿Sabes qué me gusta de ti?

—¿Qué? —estaba nervioso.

—Que no puedes dejar de entregarte a mí.

Rodeé su cuerpo y me acomodé entre sus piernas para tocar su entrada. Los pliegues de su agujero no dejaban de temblar y de reaccionar a cada toque de mis dedos. Humedecí su trasero con lubricante y presioné un plug pequeño. Su cuerpo me respondió con gemidos y se arqueó mientras que buscaba que lo siguiera penetrando.

—Y eso significa que ya eres mío.

—Soy… todo… tuyo.

Me alejé unos pasos para buscar un nuevo juguete que no dejara marcas en su piel. Abrí una caja llena de plumas suaves, velas y pinzas de acero pensadas para sus pezones sensibles.

Solo buscaba su placer sin hacerle gritar de dolor.

Sostuve una pluma y la deslicé por su espalda.

—Estás temblando.

—Lo estoy…

Rocé su cuello, las costillas y hasta me centré en su entrepierna. Izan intentó moverse, pero terminó meciéndose con el balancín porque no podía escapar.

—Quítame el plug del culo y fóllame.

—Aun no te mereces que te folle.

—Por favor.

Lo complací al liberarlo del plug. Aproveché lo abierto que estaba para colar un par de dedos que se deslizaron con facilidad, y me regaló esos gemidos dulces que empezaban a volverme loco. Ya no quería seguir acariciando su interior estrecho y cálido. Quería follarlo.

En ese momento solo me importaba su placer.

Cogí uno de los finos vibradores y, al ser delgado y largo, pude introducirlo sin resistencia. Lo encendí en el nivel más bajo y las vibraciones constantes se apoderaron de las sacudidas de su cuerpo.

—Eres tú el que me ha pedido venir a la habitación —susurré—. Ahora te quiero temblando y lleno por algo que no sea mi falo.

No pudo contener los jadeos y su cuerpo se contrajo con cada pulso vibrante que golpeaba las paredes de su recto. Al parecer, estaba preparado para otro castigo. Mientras que el vibrador lo hacía llorar, cogí una vara de bambú y, sin previo aviso, toqué el interior de sus muslos.

Fue un golpe seco, un dolor inmediato y breve. Luego solté, otro, otro y otro más arriba hasta detenerme en su espalda.

—¿Te duele?

—Sí —confesó, sin poder evitar moverse—. Duele, y a la vez me gusta.

—Ese es mi chico.

Seguí un rato más con la vara, dibujando un camino por su espalda. En todo momento controlé los golpes, alternándolos con caricias que hacían que su cuerpo ardiera de deseo, sin llegar nunca a cruzar el límite del dolor insoportable.

—Subiremos el nivel del vibrador.

Su respiración se volvió más errática.

Cogí su polla, besé las marcas de su espalda y le advertí que no podía correrse sin mi permiso.

—Quiero que supliques, Izan.

Con la voz entrecortada me respondió:

—No… no pares. Sigue castigándome.

No me hizo falta comprobar que sus mejillas estaban sonrojadas por el gran esfuerzo que hizo por rogarme por más.

«*Eres adorable*.»

—Vas a correrte —lamí debajo de su cadera y me golpeó con su trasero ante la idea de que fuera a follarlo de una maldita vez —, pero cuando yo lo diga.

Cogí las pinzas y presioné sus rosados pezones, que se endurecieron aún más bajo mis dedos. Soltó un jadeo agudo cuando el metal mordió su piel sensible, y lo observé temblar, expuesto y completamente a mi merced. Ajusté con cuidado la presión, lo justo para que sintiera el ardor placentero sin romper el hechizo del control.

Luego levanté la pinza vibradora y la sujeté en la base de su glande. El pequeño motor zumbó al contacto, enviando ondas que lo hicieron gemir con una mezcla de placer y desesperación. Su cuerpo entero reaccionó, estremeciéndose, como si cada estímulo lo atravesara por dentro.

—Luc… Luc… No puedo… No aguanto más.

Tiré del balancín y lo dejé delante de mí para besarlo:

—Ahora sí. Ahora puedes correrte.

Y lo hizo.

Me obedeció.

Su cuerpo se sacudió dentro del balancín y no controló todas sus emociones. Gritó mi nombre, se corrió mientras que el vibrador seguía zumbando en su interior y le temblaron todas las extremidades mientras luchaba por deshacerse de las correas.

Aflojé con cuidado las sujeciones y lo bajé del balancín mientras lo recibía entre mis brazos. Lo abracé con fuerza y nos sentamos en

el suelo mientras le quitaba el vibrador de su interior y la pinza que clavé en su glande.

—No te alejes… de mí.

Limpié las perlas de sudor de su frente y besé su mejilla para que dejara de temblar.

—¿Nos duchamos y vamos a dormir?

Negó con la cabeza y, con un esfuerzo abismal que hizo, consiguió meter su brazo por debajo de mi pierna y tocar mi miembro.

—No iremos a ningún lugar… hasta que tú también disfrutes.

No pude controlarlo y acabé riendo.

Él acunó mi rostro con su otra mano y me incliné para besar esa boca que empezaba a volverme loco.

Estaba dispuesto a hacer todo lo que él me pidiera.

Incluso cuando no quería asumir ese rol, terminaba castigándolo. No por crueldad, sino porque su entrega a regañadientes me resultaba imposible de ignorar.

—¿Cómo puedes pensar que no disfruto a tu lado? En el momento que te he visto tendido en el balancín, me he puesto duro.

—No es suficiente —protestó.

Se apartó de mis brazos, se quitó las pinzas de los pezones con un leve gesto de dolor que lo hizo gemir, y se sentó a horcajadas sobre mí. Bajó la cremallera de mis pantalones sin apartar la mirada, y sus dedos envolvieron mi erección con descaro.

—Joder… qué grande y roja.

Le sujeté la cara con firmeza, obligándolo a mirarme con esos ojos verdes que quitaban el sueño.

—Ya te he dicho que me pones muy cachondo.

—Pues entonces en este momento, tu polla es mía.

—Izan…

Alzó las caderas y guio mi polla palpitante hasta su entrada, dejándose caer con un gemido ronco mientras se atravesaba él solo. Tuve que sujetarlo con ambas manos, no solo para que no se hiciera daño en su desesperación por tener el control, sino también para no correrme ahí mismo de lo jodidamente caliente que estaba.

—Estás tan jodidamente apretado…

Empezó a moverse. Al principio fue despacio, como si solo quisiera marcar el ritmo con sus caderas. Pero pronto encontró el punto exacto para hacerme temblar por dentro, y entonces se volvió salvaje. Cada vez que se dejaba caer sobre mi polla, un jadeo se me escapaba. Sus embestidas me arrancaron gemidos de mi garganta sin que pudiera contenerlos.

Gruñí entre dientes. Mi respiración se volvió irregular. Lo agarré del pelo, eché su cabeza hacia atrás y besé el lugar donde sus latidos palpitaban con más fuerza, justo en el cuello.

Siguió acelerando, más duro y más rápido. Golpeaba su interior con cada movimiento, devorando mi polla con una desesperación que me volvía loco. El dolor que me causaba era dulce, caliente... y jodidamente adictivo.

—Voy a… correrme —murmuré.

Y lo hice.

Me corrí dentro de él, llenándolo por completo mientras mis dedos se aferraban a su cintura. Tuve que quedarme quieto un momento, refugiándome en su interior y jadeando en un intento de recuperar el aliento y no caerme con él encima.

—Eres mío —soltó, con ese tono que, si no acabara de explotar, me habría puesto duro otra vez.

Presioné su abdomen antes de responderle.

—Por supuesto que soy todo tuyo. Todo el tiempo que tú quieras.

Sus labios buscaron los míos y lo besé con hambre, mientras el semen se desbordaba de su trasero.

***

Mientras Izan descansaba en mi cama —porque se negó a volver a la suya—, me senté en el alféizar de la ventana para observar las luciérnagas en el jardín. La noche estaba en calma, y todos dormían plácidamente.

Hasta que vi un cuerpo tendido cerca de la casa de invitados, justo donde descansaba la señora Claudia.

No me dio tiempo a coger una bata para cubrir mi pecho desnudo. Salí corriendo por la casa con solo los pantalones del pijama.

Cuando llegué hasta ella, levanté su cuerpo con cuidado y abrí la puerta para llevarla dentro. La tumbé sobre la cama y aparté el cabello de su rostro. Sangraba por la nariz y tenía un corte en la ceja, seguramente por el golpe al caer contra el suelo de piedra.

Descolgué el teléfono de la habitación para llamar a Arnau cuando su mano temblorosa me detuvo.

—Estoy bien —no era cierto, ni siquiera se podía incorporar de la cama—. No llames a nadie, por favor. Estoy bien.

—Está sangrando, Claudia.

—Solo es un golpecito —apretó los dientes al tocarse la herida—. ¿Puedo contarte algo y me prometes que no se lo dirás a Izan?

No me quedó de otra que escucharla.

—Estoy muy enferma. En unos días empezaré un tratamiento, pero no sé si funcionará.

—Conozco a un médico…

Cogió mi mano y sonrió.

—Izan es un desastre, y he visto cómo lo miras. Sé que le cuesta decir lo que siente, y yo veo el cariño que te tiene en los ojos. El día que yo no esté… ¿podrías cuidar de él? —suplicó. No podía prometer nada sin estar seguro de poder cumplirlo, así que añadió—: Izan lo haría por ti. Lo sé. Es un buen hombre.

Le limpié la sangre del rostro y se lo prometí:

—Cuidaré de él.

—Gracias —murmuró, y me abrazó.

El muy idiota incluso le mentía a su madre, y ella lo sabía todo. Solté una risa que no pude contener, y Claudia se unió.

Lo que no esperaba era que Izan se despertara y acabara buscándome en la casa de invitados.

—Me alegra ver que os lleváis bien —bostezó, antes de lanzarse sobre nosotros para abrazarnos—. La familia siempre tiene que estar unida.

¿Familia?

¿Me estaba incluyendo en su familia?

Lo miré, y él simplemente sonrió.

Parecía más feliz que nunca. Y yo… no era nadie para romper aquel momento.

Capítulo veintiséis

Izan Herrera

Mientras las burbujas del jacuzzi acariciaban mi cuerpo, le saqué la polla del bañador y la envolví con la mano. Comencé a deslizarla lentamente, de arriba abajo, sintiendo cómo se estremecía entre mis dedos.

Quería chupársela mientras lo pajeaba, pero Luc apoyó su mano sobre mi cabeza y me repitió que fuera despacio. Saqué la lengua e hice un recorrido desde la base hasta la punta. Su miembro quedó marcada con mi saliva y me excitó oírlo gemir. Aproveché ese instante de placer para metérmela en la boca todo lo que pude.

Lucas se aferró a mi cabello y jadeó mientras empujaba con fuerza, obligándome a tragar su polla con más profundidad. El sabor del presemen me quemó la garganta y respiré hondo por la nariz para no perder el control mientras continuaba la mamada.

Me quedé inmóvil entre sus piernas, dejando que el ritmo se volviera más intenso. La comisura de mis labios se tensó y las náuseas me invadieron con cada embestida profunda.

Acabé con lágrimas recorriendo mis mejillas y me agarré a sus muslos mientras él seguía follándome la garganta. Con los ojos entrecerrados contemplé el placer que se dibujaba en su rostro perfecto. Tenía los párpados caídos, se mordía el labio inferior y una vena se le hinchó en el cuello al estar al borde del orgasmo.

Me empezó a faltar el aire y arañé sus piernas para que me dejara soltar aquel falo enorme que me ahogaba. Lucas sonrió y me permitió llenar los pulmones. Y, en vez de volver a meterla en mi boca, sacudió su polla contra mi cara.

—¿Luc?

—Un segundo —murmuró.

Cuando sus testículos estallaron, chorros de semen bañaron mi rostro y acabé con un ojo cerrado, porque una gota de su esencia picaba más que una lágrima.

Me relamí los labios, saboreándolo antes de que me obligara a limpiarme la cara.

—Joder… —suspiró.

—Ha salido espeso. Se nota que llevas días sin tocarte —me senté entre sus piernas y dejé caer mi espalda contra su pecho—. ¿Esta semana también llegarás tarde?

Lucas me abrazó y apoyó la barbilla en mi hombro.

—Recientemente adquirimos una empresa en Alemania. Llevamos varios días reuniéndonos con inversores para evaluar el mercado. Si todo va como esperamos, *Bosch Cyber Defense Solutions* seguirá expandiéndose por Europa.

—¿Te irás?

—No —me miró a los ojos—. De momento no.

Respiré aliviado.

Y él se dio cuenta.

—¿Me echarías de menos?

Tenía que fingir dureza, así que me encogí de hombros.

—No lo sé.

Peinó mi cabello hacia atrás y acercó su rostro al mío.

Cerré los ojos esperando un beso, pero no llegó.

—Podrías darme una respuesta más romántica.

—Acabas de soltarme un pollazo en toda la cara—le solté—. ¿Se supone que eso fue una declaración de amor?

Su risa resonó en el baño.

—En cada sacudida solté un piropo.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Que tienes unos ojos hermosos. Que me encanta cómo tu boca se traga mi polla. Y que últimamente estás adorable conmigo.

—Eres un capullo.

Intenté zafarme de su abrazo, y no tuve éxito. Me sujetó con fuerza y aspiró el aroma de su perfume, que seguía impregnado en mi piel.

—¿Qué te ha pasado en las manos?

Tenía los dedos llenos de cortes, callos en las palmas y me había mordido las uñas más de lo normal. Estaba trabajando en un proyecto secreto y no quería contárselo.

Desde que mi madre había vuelto a mi vida y llevaba un mes instalada en la mansión de Lucas, me había contagiado su creatividad.

—Del gimnasio —mentí.

Él tocó mis heridas.

—Si no se curan, llamaremos a Arnau.

—No hace falta… —su móvil lo interrumpió.

—Tengo que irme, aunque prometo recompensártelo.

—¿Vamos al cine?

Me acurruqué dentro del jacuzzi mientras Lucas se vestía. Se arregló la camisa y me miró por encima del hombro para confirmar la hora de la cita.

—Ven a buscarme a las siete, y después del cine podemos ir a cenar.

Una vez que se puso la corbata, se acercó a mí y me advirtió que no me quedara demasiado tiempo en ese maravilloso jacuzzi. Me besó y se marchó para seguir siendo el número uno en su sector.

***

Escogí el Maserati para ir a buscar a Lucas a la oficina. Me abroché el cinturón de seguridad y, cuando estuve a punto de arrancar el motor, alguien golpeó el cristal del copiloto para llamar mi atención. Por un instante pensé que era Mario, que quería recordarme que él era el chófer, pero cuando vi al exnovio de Luc, se me borró la sonrisa.

Óscar Vellido era un buen actor, y no me importaba que no hiciera sus propias escenas de acción; fui un gran fanático de su saga de películas. Lo único que me fastidiaba era que alguien como él —famoso y atractivo— hubiera tenido a Lucas detrás y no supiera valorar la relación.

—¿Podemos hablar?

Iba a llegar tarde.

—La verdad es que...

—No importa. Me subo y me dejas cerca del centro.

Quería decirle que no, que lo mejor sería en otro momento. Óscar ya se había subido y se me quedó mirando mientras yo dudaba si arrancar o no con él al lado.

Opté por sacar el coche de la cochera y conduje bajo su atenta mirada. Realmente consiguió ponerme nervioso. Lo observé de reojo, esperando con impaciencia que hablara.

—No sé si has hablado con él. Estuvimos años juntos —la conversación no empezó bien—. Ambos nos quisimos. Bueno, él me amó más de lo que yo le ofrecí. Es un buen hombre, y siempre me llevará en su cabeza. ¿Lo entiendes?

—No.

No pudo evitar una risa nerviosa.

—Lo que intento decirte es que, por mucho que esté con otra persona, siempre estará pensando en mí. Él me quiere. Me necesita.

Agradecí que el semáforo se pusiera en rojo para poder mirarlo directamente y alzar una ceja.

—¿Por qué lo dejaste?

—La verdad es que... —empezó a titubear—. Le pedí un tiempo.

—¿Para estar con otro?

Tragó saliva.

Eso fue un no rotundo.

—No—terminó respondiendo—. Necesitaba descansar, y él me dio ese espacio.

Era buen actor, pero fuera de un guión, no era capaz de desenvolverse con naturalidad.

—Si estás aquí, supongo que ya sabes que estamos juntos. Han pasado tres meses sin que te contacte. ¿De verdad crees que aún piensa en ti?

Óscar se puso visiblemente incómodo.

Seguí conduciendo, manteniendo la calma y evitando entrar en discusiones.

El actor no tardó en intentar provocarme.

—¿Crees que Lucas se fijaría en alguien como tú? Un don nadie. Tal vez malinterpretaste su amabilidad. Es lo que hace con la gente necesitada: les da migajas y ellos terminan arrastrándose por más.

No tuve más remedio que aparcar el coche en doble fila y encarar al imbécil que intentaba convencerme de que el único que podía estar en el corazón de Lucas era él y nadie más.

—¿Y tú te has parado a pensar que quizá no ha vuelto contigo porque está harto de que te usen todos los directores de cine? —me llevé la mano a la boca y fingí estar sorprendido—. Solo tienes que entrar a las redes sociales para ver los rumores que corren sobre ti. Si vas a insultar a un don nadie, al menos intenta que no te llamen *la zorra de detrás de cámara*.

Estuvo a punto de estallar, aunque no quería llegar tarde a mi cita.

—Bájate del puto coche y cierra la puerta.

Intentó golpearme, así que se lo impedí.

—Será mejor que alejes tu cara bonita de mí —solté con sarcasmo— o haré que no vuelvas a salir bien en ninguna película.

Dio un portazo al Maserati y escuché el bocinazo de un coche que quería salir del aparcamiento. Inspiré hondo antes de retomar la marcha y sacudí la cabeza ante las palabras de Óscar.

Podía meterse con mi físico, incluso con mi estatura y mi peso. Pero lo único que me dolió fue la parte de las migajas. Porque, en el fondo, tenía razón.

Cuando terminara mi contrato con Lucas, nuestros caminos se separarían y él volvería a su vida anterior.

Me estaba poniendo celoso por un exnovio que probablemente regresaría a su cama en cuanto yo desapareciera de su camino.

***

Lucas estaba muy concentrado en la película y ni siquiera pestañeaba. Mientras él disfrutaba de los extraterrestres, mi cabeza estaba en otro sitio. Lo observé en silencio y presté atención a todos sus gestos: solía fruncir el ceño cada vez que eliminaban a un bicho verde, apretaba los labios cuando los protagonistas cometían alguna estupidez y suspiraba en los momentos en que las escenas se alargaban más de la cuenta.

Las palabras de Óscar me retumbaban en la cabeza y, con cada minuto, escocían más. Lucas se dio cuenta de que no dejaba de mirarlo y me ofreció el refresco, pensando que tenía sed.

—¿No te gusta la película?

—Es la quinta vez que la veo.

Me miró con desconcierto.

El cine solo era una excusa para pasar más tiempo con él.

—¿Estás bien, Izan?

No.

No lo estaba.

«*Y detesto con todo mi corazón a Óscar Vellido*.»

Para no preocuparlo, negué con la cabeza, atrapé su corbata y lo besé casi con desesperación. Estábamos al fondo de la sala, así que nadie se molestaría por ver a dos personas enrollándose.

—¿Podemos volver a casa?

Se puso en pie, tomó mi mano y salimos de inmediato.

«*No sé en quién piensas cuando estás conmigo, pero esta noche solo vas a gemir mi nombre*.»

Capítulo veintisiete

Lucas Bosch

Quería arrastrarlo a su habitación, y lo logré. Entrecrucé nuestros dedos y caminé delante de él para que siguiera mis pasos. Intentó rodearme por la cintura, pero se lo impedí con un leve empujón. Le lancé una mirada por encima del hombro y sonreí al recordar la idea que acababa de cruzarse por mi mente.

Una vez dentro, con la puerta cerrada tras nosotros, Lucas se quitó la americana. Yo arrastré una silla hasta el centro de la habitación: él la ocuparía durante un buen rato. Me agaché para sacar la fusta que había escondido debajo de su cama y la golpeé suavemente contra el respaldo.

—Siéntate —le ordené.

—¿A qué estás jugando? —preguntó, desafiante.

Se quedó de pie, retándome con una media sonrisa que quería borrar a bofetadas o simplemente a besos.

—Esta noche yo seré tu amo y tú mi sumiso.

Echó la cabeza hacia atrás para ocultar su emoción y terminó cediendo. Se dejó caer en la silla con esa elegancia tan natural en él y siguió mis movimientos por el rabillo del ojo.

Deshice el nudo de su corbata con un dedo y se la quité con una lentitud que le erizó la piel. La seda dejó de rodear su cuello para acabar ajustándose con fuerza a las muñecas que pasé detrás del respaldo. Lo até lo mejor posible porque no quería que se liberara fácilmente.

—¿Y cómo tengo que llamarte?

Me incliné hacia su oído y le susurré con una sonrisa:

—Amo.

Estiré el brazo para mostrarle quién tenía la fusta esa noche, y la deslicé lentamente por su pecho, por encima de la camisa que aún no le había arrancado. Sentí un leve temblor recorrer su cuerpo y

cómo una sonrisa nerviosa intentaba convencerme de que no tenía miedo a lo que pudiera venir.

—¿Quién te ha dado permiso para ponerte cachondo?

Su polla no tardó en marcarse en sus pantalones, así que tuve que golpearlo. El primer golpe fue suave, un aviso muy cerca de su entrepierna.

—Si no me obedeces, tendré que castigarte.

—Sí, amo. Lo siento.

Incluso sin tener el control, seguía siendo irresistible.

El siguiente latigazo fue por puro placer; no podía castigar por ser guapo, así que busqué otra excusa.

Se escuchó el chirrido de la silla al moverse con mi castigo e intenté asegurarme de que la corbata seguía inmovilizándolo para mí.

—Amo...

—No hables si no te doy permiso —le recordé.

Quería tenerlo desnudo, así que abrí los botones de su camisa uno a uno y dejé aquel torso duro y marcado al descubierto. Me arrodillé entre sus piernas y acerqué mis labios hasta su estómago. Lamí sus envidiables abdominales y subí hasta sus pezones, que mordí hasta escucharlo jadear.

Me aparté para alzar su barbilla con la fusta y me relamí los labios al darme cuenta de que empezaba a sudar ante la tortura de no poder hacer nada. Golpeé su juguete favorito en los muslos y se retorció con mi castigo.

—Es increíble lo sexy que te ves en silencio.

Los músculos de Lucas se tensaron y agitó sus brazos intentando liberarse de la corbata. No iba a dejar que se saliera con la suya tan fácilmente. Liberé su polla de los pantalones y acaricié con la fusta ese trozo de carne caliente y palpitante que deseaba cabalgar.

—Tienes una polla muy revoltosa.

—Amo.

—¿Debería dominarla antes de que toque mi trasero?

Estuve a punto de golpearlo con la fusta, pero él terminó liberándose, soltando un jadeo que me golpeó la entrepierna y, con

los ojos encendidos de deseo, me levantó del suelo y me tiró a la cama.

—Pienso follarlo, amo. ¿Tengo su permiso? —gruñó.

No me dio tiempo a responder.

Me besó con fuerza y su lengua invadió mi boca, haciendo que mi cuerpo ardiera bajo el suyo.

—Lucas.

—¿Eso es un sí?

No contesté.

Me limité a ver cómo me bajaba los pantalones y cómo sus dientes se aferraban a la ropa interior para dejarme desnudo de cintura para abajo.

—Chúpamela —le pedí.

—Haré todo lo que me pida mi amo.

«*¡Joder! Me pone a mil que suelte 'amo' cada dos por tres.*»

Se tumbó en la cama, apoyó una de mis piernas sobre su espalda y rodeó mi polla con su mano para empezar a chupármela. El contacto de su boca caliente y desesperada me hizo gemir y que mis dedos se enredaran en su cabello. Su lengua se enroscó alrededor de mi miembro y no tuvo problema en llevársela hasta la garganta.

Me temblaron las piernas y tiré de su melena castaña porque tenía miedo de correrme antes de que me follara por detrás.

—Luc.

Cuando me tuvo preparado, temblando bajo su cuerpo y dispuesto a abrir mi propio trasero, se acercó a mi cuello y lamió mi piel hasta alcanzar el tatuaje que todo el mundo detestó, pero que él parecía adorar.

—Le haré gritar, amo.

Me giró con firmeza, colocó una almohada bajo mi pecho y escupió sobre mi agujero para lubricarlo.

Entonces, con un solo empujón de cadera, su polla me abrió de golpe. Se quedó quieto, enterrado hasta el fondo, dándome unos segundos para recuperar el aliento antes de empezar a moverse.

—El trasero de mi amo necesitaba ser llenado.

Sentí cómo palpitaba dentro de mí. Estaba tan duro que creí que me partiría en dos.

—Sí… Sí… ¡Aaaah! Fóllame. No pares.

Comenzó a moverse con un ritmo preciso, brutal, como si mi cuerpo fuera suyo desde hacía tiempo. Las embestidas eran cada vez más salvajes, profundas e intensas.

Mi espalda se arqueó mientras me giraba para quedar cara a cara con Luc y rodear su cuello con los brazos. Le arañé los omóplatos, aferrándome a su polla como si así pudiera evitar que saliera de mí.

En cambio, mi falo se encontraba atrapado entre nuestros vientres, disfrutando del roce de su piel y estaba a punto de correrse. El sonido húmedo de nuestros cuerpos chocando llenaba la habitación, y Lucas hundió los dientes en mi hombro, dejándome una marca que ardería durante días.

Me corrí, con un gemido roto que él atrapó entre sus labios. El espasmo me sacudió de pies a cabeza, y tuve que luchar por respirar entre beso y beso.

—Te ordeno que te corras.

Apoyó su frente contra la mía, apretó mi cintura con fuerza y siguió embistiendo con una urgencia salvaje hasta que gruñó profundamente. Se corrió dentro de mí, derramando cada gota de su semen en lo más hondo de mi cuerpo y me llenó por completo.

Se dejó caer sobre mi pecho, jadeando intensamente, mientras su corazón golpeaba de forma frenética contra mi piel. Lo rodeé con mis brazos, hundí mis dedos en su espalda y lo retuve entre mis piernas, sintiendo su calor y su respiración agitada contra mí.

—Dijiste que no follabas sin condón a no ser que fuera con tu pareja.

—¿Te molesta?

Sacudí la cabeza.

—Pensé que sería algo que hacías solo con Óscar…

Antes de que pudiera seguir, me tapó la boca con un beso. Lucas se dio cuenta de que empezaba a obsesionarme con ese capullo que se rio de mí por ser un don nadie. Así que no dejó que pensara más en él.

—Olvídalo —dijo, saboreando mis labios—. Aquí solo estamos tú y yo.

Tenía que aceptar que estaba celoso del actor.

Aunque él me demostrara lo contrario.
Una parte de mí sabía que Lucas no lo olvidaría.
Y eso me molestaba tanto que me quitaba el sueño.

Capítulo veintiocho

Lucas Bosch

Levanté mi copa y comencé un discurso improvisado, procurando no incomodar a nadie. Solo quería expresar mi gratitud por el esfuerzo diario que cada uno realizaba y, de paso, lamentar que muchos no hubieran podido acompañarme en aquella celebración que organizó mi madre en uno de los hoteles de la señora Medina.

—Siento interrumpiros. Antes de que siga la fiesta y se os vayan los pies con la banda, quería daros las gracias —hice una pausa y dejé que mis ojos recorrieran sus rostros; algunos se veían cohibidos por el momento, y otros simplemente sonreían. El personal de la casa llevaba años conmigo y, para mí, eran como parte de la familia —. Muchos no podréis asistir a la fiesta principal, aunque eso no significa que os quedéis sin celebración. Por eso tendréis catering, barra libre y música en vivo para que disfrutéis de esta gran noche.

Un murmullo de aprobación se escuchó por toda la sala, y alguien silbó. Eso me hizo sonreír.

—Soy muy afortunado de teneros en mi vida. Gracias por cuidar de mi hogar como si fuera el vuestro. Por estar ahí, incluso cuando nadie ve lo que hacéis. Por hacerme sentir en casa, incluso en mis peores días. Esta noche —agité una vez más la copa de champán— solo quiero que os relajéis, que brindéis, que comáis y bailéis como si no hubiera un mañana. Hoy no sois el personal de servicio. Hoy sois mis invitados. Y os merecéis esta fiesta tanto como cualquiera. Así que… —fue el momento de brindar por todos ellos— ¡a vuestra salud!

Todos me felicitaron y alzaron sus copas con una alegría que hacía tiempo no sentía tan cercana. La banda arrancó con las primeras notas de la noche y enseguida animó a varios a cantar o a dejarse llevar por el ritmo del baile. Verlos soltarse, moverse y reír a carcajadas fue, sin duda, el mejor regalo que podían ofrecerme.

Correspondí a sus abrazos con gratitud antes de abandonar la planta principal, permitiéndoles continuar con la celebración mientras yo subía las escaleras para reunirme con Izan.

Para asegurarme de que su madre no se quedara sola ni desatendida, le pedí a Arnau que asignara a sus enfermeras más empáticas y profesionales para cuidar de Claudia durante toda la noche. Izan no me lo había pedido, pero sentía la necesidad de velar por ella, ahora que sabía lo grave que estaba… y que ni siquiera había encontrado el momento de contárselo a su hijo.

Cuando llegué a su dormitorio, él seguía frente al espejo, vestido y peleándose con la corbata que le había prestado. Me acerqué sin hacer ruido y me coloqué detrás de él, apartando con suavidad sus manos para ayudarle.

—¿Tan terrible está quedando?

—La verdad es que sí eres un desastre.

Sonreí.

Solo me hicieron falta un par de segundos para anudarle la corbata y alisarla con cuidado sobre su camisa blanca, sin dejar una sola arruga. Noté cómo se ponía nervioso, cómo me observaba de reojo a través del espejo.

Mi cercanía aceleró su pulso y tiñó de rojo sus mejillas.

Me incliné con suavidad, besé la coronilla de su cabeza y le susurré al oído que ya había terminado.

Giró sobre esos zapatos que tanto detestaba y me mostró, con una mezcla de timidez y orgullo, lo bien que le sentaba el esmoquin.

—¿No parezco un pingüino?

—Un poco —me burlé de él—, aun así, te ves atractivo.

Jugó con mi pajarita.

—¿Atractivo como una estrella de cine?

¿A qué venía esa pregunta?

Me di el placer de tocar su cabello perfectamente peinado hacia atrás y alcé su rostro para provocarlo un poco más antes de irnos.

—Atractivo como un pingüino que ha preferido ponerse una corbata en vez de una pajarita.

Izan arrugó el ceño.

—Es el peor halago que podías hacerme —suspiró—. Me he puesto corbata por ti, si no, ni de coña lo habría hecho.

Al girar el rostro, evitó mirarme.

Pero no quería que apartara la mirada.

Una parte de mí se moría de ganas por besarlo, justo después de haberle molestado con lo de la ropa.

—Para mí serás el invitado más guapo de la noche, y solo tendré ojos para ti.

—¿Más guapo que Óscar Vellido?

Que insistiera en hablarme de Óscar no hacía más que confirmar que habían hablado. Me esforcé en tranquilizarlo, aunque solo podía pensar en él

Solo él.

Nadie más.

—Terriblemente guapo. Mil veces más que ese actor.

Se puso de puntillas y me besó.

Fue un beso sin prisas, pero de esos que necesitas intimidad. Buscó ansioso mi boca y me ahogué en su deseo. Nos besamos con hambre, con complejidad, y me atrevería a decir que con ternura.

Lo rodeé con los brazos, pegándolo a mi pecho, y sentí cómo se endurecía contra mí. Mi entrepierna respondió al instante, y por un momento imaginé lo fácil que sería arrancarle la ropa, tumbarlo sobre la cama y convertir su cuerpo en un desastre delicioso antes de ir a mi fiesta de cumpleaños.

—Luc… —jadeó, cuando mis manos se aferraron a su trasero y lo masajearon sin pudor.

Todo ese calentón que nos nubló los sentidos desapareció cuando me avisaron de que el chófer estaba listo junto a la limusina. Nos separamos como si nos hubieran echado agua helada, e intenté recuperar el aliento contra su boca.

Izan se arregló con torpeza la camisa y, antes de que abandonara su habitación, lo besé por última vez para no quedarme con la frustración de no haber podido tocar su cuerpo.

—Contrólate o todos se darán cuenta de que estoy cachondo.

Solté una carcajada y lo abracé.

***

En la limusina, el ambiente fue más tranquilo. Izan se quedó en silencio, observando las luces nocturnas de la ciudad por la ventana. Me apoyé sobre él para llamar su atención y rocé su mano con la rodilla.

—Detestas ser el centro de atención, ¿verdad?

—Si no es para hacer negocios, sí. La idea de estar rodeado de desconocidos o contactos de mi madre —me sinceré con él— me pone de los nervios. Al menos no estaré solo esta noche.

Me miró con una expresión tan adorable que me dieron ganas de abrazarlo ahí mismo.

—Estaré a tu lado durante todo el evento.

—¿No piensas divertirte?

—Sí, pero contigo. Además —volvió a desviar la mirada—, después de la fiesta te lo voy a compensar. Sé que te mueres de ganas de deshacerte de este esmoquin hortera que me he puesto para parecer más sofisticado.

Quería besarlo y desnudarlo ahí mismo.

Aunque tuve que contenerme.

—Por cierto —sacó algo del bolsillo interior del abrigo y me lo tendió, nervioso—. Feliz cumpleaños.

Por fin me sostuvo la mirada y esperó a que desvelara su regalo. Me aparté de su hombro y me acomodé en el asiento mientras examinaba su obsequio, que venía envuelto.

—Es una tontería, pero… no sabía qué regalarte. Tú ya lo tienes todo. Así que… hice esto.

Destrocé el papel emocionado y el corazón me dio un vuelco al ver un llavero de madera pulida, en el que habían tallado la abeja que usaba como logotipo de empresa y la misma cabeza de alienígena que él llevaba tatuada.

Ambos símbolos estaban unidos por una anilla, y en la parte trasera habían grabado nuestros nombres.

Por ese hermoso detalle acabó con los dedos llenos de cortes.

—Sé que es infantil y que no tenemos quince años, pero no tienes un llavero que destaque entre tus llaves. Así que pensé en unir las dos cosas que valoramos y hacer esta chorrada.

—No es una chorrada —no podía dejar de sonreír.

Nadie se había tomado la molestia de desperdiciar su tiempo en algo hecho a mano para mí.

Y, sin pensarlo, lo besé.

Sostuve su rostro como si fuera lo único que me importara en el mundo y lo besé con la ternura que antes no me había permitido mostrarle. Cuando nos separamos, le di las gracias contra sus labios.

—Para mí tiene muchísimo valor.

Izan rio, algo nervioso.

—Puedes dejar de besarme —bajó la mano hacia su entrepierna —. Si alguien me ve con esta tienda de campaña, va a pensar que llevo un arma cargada. Por favor...

Guardé el llavero y le limpié los labios antes de bajar de la limusina.

—Eres mi idiota favorito.

—¿Luc?

—¿Sí?

—Tú… me… gus... —parecía inquieto—. Esta noche quiero decirte algo muy importante. Resérvame cinco minutos cuando acabes de saludar a todos los invitados.

Me dio un último apretón de manos antes de bajarse. Lo vi perderse entre la multitud, todavía nervioso, mientras yo seguía con esa sonrisa de imbécil por haberme enamorado de él.

Me adentré en el salón principal y enseguida una ráfaga de felicitaciones me rodeó. Sentí palmadas en la espalda, abrazos de desconocidos y besos en las mejillas mientras todos sonreían esperando que correspondiera con el mismo entusiasmo.

Toqué el llavero, que me parecía palpitar en el bolsillo del esmoquin, y busqué la confianza necesaria para mantenerme cordial aquella noche.

Los problemas comenzaron cuando me crucé con mi hermano, que avanzaba con el brazo de nuestra madre enroscado al suyo.

Había ganado peso en el último mes y volvía a vestir con el estilo que nos impuso nuestro padre.

Sonrió con malicia y fingió ser un buen hermano delante de todos.

—Estás guapísimo, cielo —correspondí al abrazo de mi madre y le di las gracias bajo la atenta mirada de Miguel—. Feliz cumpleaños.

—Hermanito... —me tendió la mano, y cuando la acepté por cortesía, Miguel tiró de mí y terminó abrazándome—. Vamos, hermanito. Es una noche especial. Hasta te he traído un regalo —yo quería zafarme, pero siguió aferrado—. Esta noche quiero redimirme. Por cierto, ¿ha venido Izan contigo?

—Sí. Está en la fiesta.

No dejó de sonreír mientras escaneaba a los invitados buscando el rostro de quien consideraba su amigo.

—Qué pena que no pueda beber.

—Tengo que seguir saludando al resto de…

Me interrumpió de nuevo.

—Ya lo harás luego. Quiero ser el primero en felicitarte delante de todos y disculparme por todo el daño que te he causado en estos años —miró a nuestra madre, que se le llenaron los ojos de lágrimas al ver cómo su primogénito parecía haber cambiado—. Por favor, hermanito, disfruta de este gran momento.

Me quedé junto a ella, inmóvil, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. De Miguel podía esperarme muchas cosas, casi todas malas; una disculpa, sin embargo, no era una de ellas. Lo vi subir al escenario con paso seguro, como si nada le afectara. Tomó el micrófono y pidió silencio, o más bien lo impuso golpeando una cucharilla contra una copa de cristal.

La música se cortó de golpe y el ambiente se tensó como un hilo a punto de romperse. Las risas se apagaron, las conversaciones se esfumaron, y todos, sin excepción, giraron la cabeza hacia él.

—Buenas noches a todos —era increíble lo amable y correcto que podía parecer cuando no se dedicaba a arruinarme la vida—. Empezaré esta noche presentándome. Soy Miguel Bosch, aunque todos me conocen como Miki. Soy el hermano mayor de Lucas —ningún dato nuevo—. Es cierto que he estado algo apartado de la

vida pública, pero esta noche no se trata de mí. Hoy es un día grande para mi hermanito. Feliz cumpleaños, Luc —todos se unieron a la felicitación—. Lucas es un hombre brillante, generoso y querido por todos.

Mi madre tiró de mi chaqueta y me incliné para oír lo que quería decirme:

—Te lo dije, hijo. Tu hermano ha cambiado. Él te quiere.

Mientras aplaudían las bonitas palabras hacia mí, yo seguía en tensión, preparado para cualquier golpe.

«*¿Dónde estará Izan*?», pensé, deseando que apareciera para tranquilizarme en ese momento tan incómodo que estaba viviendo por culpa de un familiar.

—Quiero dedicarle unas palabras porque creo que hoy no solo estamos celebrando su cumpleaños —continuó, con voz firme y un aire solemne que nunca le había conocido—, también estamos ante un legado. El legado que nos dejó nuestro padre.

Hizo una breve pausa, como si buscara a alguien entre el público.

—Todo comenzó con nuestra abuela, que invirtió hasta el último céntimo en lo que, por entonces, parecía una absurda idea de nuestro padre. Los Bosch siempre nos mantuvimos firmes. No nos dejamos arrastrar por el escepticismo y luchamos por hacer crecer nuestro negocio de seguridad todo lo posible.

No sabía adónde quería llegar.

—Nuestro padre nos dejó hace unos años. Lucas se encargó de todo; no me necesitó. Hizo las cosas a su manera, como siempre. Esta noche quiero mostrar su mejor faceta, la que muchos no conocen y que merece salir a la luz.

En la pantalla del escenario, el logo de la empresa desapareció y comenzó la reproducción de un vídeo. Miguel permaneció en silencio.

De pronto, la sala se llenó de gemidos. Se veía mi habitación. En la cama estábamos Óscar y yo, desnudos, follando en los tiempos en los que fuimos pareja. Lo habían grabado con una cámara oculta y sin mi consentimiento.

Se veía cómo me aferraba a su cuerpo, cómo jadeaba de placer y lo necesitado que estaba de tenerlo cerca. Los invitados se tensaron,

muchos apartaron la mirada. Los mayores no tardaron en marcharse. Cuando intenté subir al escenario para detener a Miguel, mi madre me retuvo.

Con lágrimas en los ojos y el rostro descompuesto, me pidió perdón:

—No… no sabía que iba a hacer algo tan horrible, cielo. Lo siento… lo siento muchísimo.

—Puedes ser el número uno, hermanito —siguió hablando sin detener el vídeo—, pero nadie te querrá jamás.

Miguel añadió una pista de audio al vídeo.

Era la voz de Izan, clara y reconocible:

—¿Y qué te hace pensar que soy gay? ¡Me da asco solo imaginar que un hombre pueda desear a otro! Así que saca de una vez esa idea enfermiza de tu cabeza. No tengo nada con tu hermano, ni lo tendré. Estoy viviendo con él porque necesito el dinero, y él me paga por hacerle compañía. Eso es todo.

Aquellas palabras me dolieron más que cualquier golpe. No hacía falta que gritara o me empujara. Solo bastó eso para sentir cómo algo dentro de mí se rompía sin remedio. Como si alguien metiera la mano en mi pecho y me arrancara el corazón sin miramientos, delante de todos los que seguían ahí, quietos, observando como si nada ocurriera. Como si no fuera yo el que se estaba siendo humillado.

—¿Eres sordo? ¡Jamás permitiría que me tocara! No sé a quién se está follando Lucas; a mí no me pondría un dedo encima ni borracho. Sería asqueroso.

Miguel sonrió, tranquilo.

—Te lo advertí, Lucas. Nadie te va a querer de verdad. Ni siquiera él.

Me alejé de mi madre y de todos esos que no apartaron la mirada. Algunos me juzgaban en silencio, otros ya me habían condenado como persona, y los más miserables simplemente disfrutaban de la humillación. De cómo el hombre al que debía llamar "hermano" me expuso sin escrúpulos, sin importarle lo que quedaría de mí después.

Entonces lo vi.

A Izan.

Vi su cara.

Su expresión.

Y cómo intentaba fingir que su mundo también acababa de derrumbarse.



Capítulo veintinueve

Izan Herrera

Ni siquiera lo pensé.

Después de ver a Lucas con la mirada fija en el suelo, herido, expuesto y humillado, mi cuerpo reaccionó por sí solo y atravesé el salón entre el murmullo de los invitados y las miradas de escándalo. El corazón me retumbaba en la cabeza y la respiración se volvió un nudo espeso que no lograba deshacer.

La pantalla seguía reproduciendo vídeo tras vídeo y, cuando subí a la tarima que Miki había tomado como suya, aparté con golpes todo lo que se interpuso hasta quedar frente a él.

—No te lo repetiré —gruñí, dejando que la ira me dominara—. ¡Apaga esa mierda ahora mismo!

Su risa solo me volvió más loco.

—¿No te parece divertido?

No respondí. Busqué al técnico que trabajaba para él y lo empujé hasta hacerme con el control del aparato. Cuando los jadeos cesaron, cogí el mando y se lo lancé a Miki a la cabeza.

—Eres un hijo de puta. Un maldito cabrón que no merece la compasión de nadie —grité, destrozando mis cuerdas vocales. Quería que todo el mundo lo escuchara y declarar frente a Lucas cuánto detestaba a su hermano—. Estás enfermo. Has vivido para hacerle la vida imposible a Luc. ¿Cómo pudiste humillarlo de esa forma? ¡¿Por qué insistes en joderle la vida?!

Interpreté su silencio como una burla y terminé propinándole un puñetazo, igual que aquella noche, semanas atrás, cuando decidió reavivar ese estúpido juego que empezó en nuestra adolescencia.

Me miró sorprendido, tratando de entender por qué no estaba de su lado. Se limpió el hilo de sangre que brotaba de la comisura de los labios y se acercó, tal vez para plantarme cara o para devolverme el golpe.

—Solo he mostrado al verdadero Lucas.

—¿Qué? ¿No escuchas las tonterías que dices? ¿Crees que mostrarle a la gente que Lucas tiene relaciones sexuales hará que dejen de verlo como la buena persona y el gran empresario que es?

—Él no debería ocupar el lugar de nuestro padre. Mi padre…

—¡Cállate! No estás bien de la cabeza —era imposible razonar con él; necesitaba destruir a alguien que nunca le hizo daño ni le opacó—. Fui un idiota por admirarte, Miki. Lamento haber sido amigo de alguien que no respeta ni a su propia familia.

—Izan —intentó retenerme del brazo.

—Nunca le llegarás a la suela de los zapatos.

Cuando me dispuse a bajar de la tarima, dos guardias de seguridad se plantaron frente a mí. Pensaron que estaba relacionado con el espectáculo que montó Miki y me tumbaron en el suelo para retenerme.

—Soltadme, joder —forcejeé con todas mis fuerzas.

Necesitaba hablar con Lucas y explicarle que la conversación que había escuchado no era cierta. Que durante los meses que estuvimos juntos, dejé de verlo solo como el hermano de Miki y empecé a interesarme en él de verdad. Y que, aunque nunca antes me había sentido atraído por un hombre, me hacía feliz que mis sentimientos surgieran por alguien como él.

Busqué desesperadamente entre la gente y no lo encontré.

Ya no estaba.

Había abandonado la sala.

Sin mí.

Sin darme la oportunidad de explicarme.

No fue necesario que Miki me devolviera el golpe; el nudo que tenía en el estómago me ahogaba y la culpa volvió a recordarme lo cabrón que había sido —y seguía siendo— con Lucas.

La señora Sanz pidió a los de seguridad que me soltaran. Sentí cómo mi móvil vibraba en el bolsillo del pantalón, pero lo ignoré para preguntarle dónde estaba su hijo. Marta Sanz parecía rota y hundida por lo que uno de sus hijos había hecho en aquella noche tan especial.

—¿Dónde está Lucas?

—Se ha... —contuvo el llanto— ido.

—¿A dónde?

—No lo sé.

El teléfono volvió a sonar y tuve que atender la llamada.

—¿Izan Herrera?

—Sí, soy yo.

—Le llamamos del hospital Santa Aurora —el hospital privado del doctor Arnau—. Su madre ha sido ingresada de urgencia. Su estado es grave. Necesitamos que venga cuanto antes.

Eso fue todo lo que necesité para venirme abajo. Me desplomé de rodillas, comprendiendo por fin que lo estaba perdiendo todo, absolutamente todo… y que no podía hacer nada para evitarlo.

***

Cuando reaccioné y me levanté del suelo, mis piernas comenzaron a correr y busqué desesperadamente un taxi. Un vehículo amarillo y negro frenó delante de mí. Sin aliento, le pedí que me llevara hasta el hospital privado y recé para que a mi madre no le hubiera pasado nada grave.

«*Sigue luchando, mamá*.»

Tenerla a mi lado, con una sonrisa en el rostro y disfrutando de todas las comodidades que teníamos en la mansión de Lucas, me hizo olvidar que últimamente no se encontraba bien. Ella insistía en que solo estaba un poco mareada y que, en poco tiempo, un buen médico la visitaría para controlar su tensión y descubrir qué le provocaba los dolores de cabeza.

Quería creer que nunca me mentiría; y, si lo hizo, no podía reprochárselo porque su hijo era un mitómano con máster.

El trayecto se me hizo eterno. Solo podía escuchar mi respiración entrecortada y los latidos de mi corazón, que amenazaban con salirse del pecho.

Me clavé las uñas en la palma de la mano y me mordí el labio para no romper a llorar delante de un desconocido.

Solo deseaba estar a su lado y verla sonreír como siempre, como cada mañana cuando nos reuníamos a desayunar y me contaba la

última lectura que había tenido antes de irse a dormir.

Entré al hospital y exigí que alguien me llevara hasta la mujer que me dio la vida. Una enfermera intentó calmarme, pero lo único que hice fue gritar que era el hijo de Claudia Gaya y que tenía derecho a estar junto a ella.

Me pidió amablemente que la siguiera y me condujo por un pasillo donde familiares de otros pacientes estaban destrozados y terminaban reuniéndose en la capilla.

Al parecer, había un médico que quería hablar conmigo.

—¿Izan Herrera?

Me quedé paralizado, aunque asentí con la cabeza.

—Lo siento. Su madre ha fallecido hace unos minutos. Hicimos todo lo posible...

Desconecté.

No fui capaz de escuchar nada más.

En el momento en que pronunció que mi madre había muerto, caí en silencio al suelo y me encogí, pegando las piernas al pecho.

Mamá.

Mamá.

Mi madre...

Mi madre había muerto.

No.

Tenía que ser un mal sueño.

Era imposible que las desgracias me golpearan de dos en dos.

Les pedí que me dejaran solo. Me quedé en el pasillo y cerré los ojos con la única esperanza de despertar de aquella maldita pesadilla.

Mamá.

Las lágrimas no tardaron en llegar.

Lloré como un niño pequeño.

Me negaba a aceptar que la había perdido.

Que me había quedado solo.

Por más egoísta que sonara, necesitaba el cariño de quien era mi única ancla a la realidad.

La única persona que soportó mi descaro y siguió amándome, aun sabiendo cómo era.

Mi madre ya no estaría aquí para ver cómo alcanzaba mis sueños.

La había decepcionado en vida, y ahora era demasiado tarde para redimir mis errores.

«*Lo siento, mamá*.»

***

Al despertar, todo perdió su sentido. La luz fría del día se colaba entre los ventanales del hospital, dibujando sombras que parecían bailar con un aire de desconsuelo. En el pasillo, a lo lejos, se escuchaba el llanto contenido de quienes acababan de perder a un ser querido.

A mi lado, una enfermera permanecía en silencio, como esperando a que abriera los ojos. Su rostro, serio y lleno de compasión, parecía cargar con todo el peso del mundo. Cuando finalmente la miré, su voz suave rompió el silencio que había mantenido durante horas.

—Izan —dijo con cuidado, acercándose—. Sé que esto es muy difícil, pero si quieres, puedes despedirte de tu madre. Está en la habitación de al lado.

Mi corazón se aceleró de golpe. No era solo un cuerpo inerte, era ella, mi madre, que ahora estaba a punto de dejarme para siempre.

Y me negaba a decirle adiós porque no era capaz de aceptar que la había perdido.

—Además —continuó la enfermera, con un suspiro que arrastraba toda la tristeza del mundo—, aquí tienes todas sus pertenencias.

Sus palabras resonaron en mi mente como un eco doloroso. Sentí que el aire se me escapaba, que la realidad me golpeaba sin una pizca de compasión.

La enfermera me tomó suavemente del brazo y me acomodó en un asiento, dándome un tiempo para asimilarlo. Fue el instante más cruel de mi vida: enfrentar la realidad de despedirme de ese cuerpo frío y aceptar que nunca volvería a abrazarla ni a escuchar, con ese tono dulce que tanto me calmaba, cuánto me quería y lo feliz que era solo por verme sonreír.

Las lágrimas comenzaron a brotar sin control, y el dolor se volvió insoportable; con el nudo en la garganta que parecía querer asfixiarme, avancé con pasos temblorosos hasta acercarme a ella. Su rostro, pálido y sereno, parecía dormido, pero el frío de su cuerpo me recordaba que ya no estaba.

Cerré los ojos con un peso insoportable en el pecho y apoyé mis labios temblorosos en su frente fría, entregándole un último beso que contenía todo el amor, la culpa y el dolor de perder a la persona más importante de mi vida.

—Te quiero, mamá.

***

Tenía su bolso descansando sobre mi regazo, uno que le regalé hace años y que no quiso cambiar ni siquiera cuando el cuero comenzó a desgastarse. En su interior estaba su teléfono móvil, la cartera con un par de fotografías nuestras y el retrato de mi padre. Y, pegada a su kit de maquillaje, había una carta escrita con su puño y letra.

"*Mi pequeño Izan,*

Si estás leyendo esta carta es porque ya no estoy a tu lado.

Quiero que sepas que desde hace un tiempo los médicos me dijeron que me quedaba poco tiempo y, aunque me asusté, me fui preparando hasta que este momento llegó.

No quería preocuparte, así que tomé la difícil decisión de no decirte nada y acompañarte en mis últimos días.

Lo único que siempre he deseado es verte feliz, hijo. Ver esa luz en tus ojos que llena mi alma. Me alegra saber que has encontrado a alguien que te quiere y te acompaña. Lucas me parece una buena persona, alguien dispuesto a cuidarte, y eso me da tranquilidad.

Por favor, cariño, prométeme que serás tú mismo y dejarás de fingir para gustar a los demás. No importa si no trabajas en una multinacional o si te arrepientes de haber escogido una profesión que no te hace feliz. Tienes que estar orgulloso del camino que has elegido y cumplir todas tus metas para ser feliz en la vida.

Te amo más que a nada en este mundo.
Cuídate, y cuida de Lucas.
Con todo mi amor,
Mamá."

Arrugué la carta entre mis dedos y terminé empapando el papel con mis lágrimas. Cada línea fue como un abrazo cálido en medio de una despedida para la que no estaba preparado.

Nunca creyó en mis mentiras.

Aun así, no me reprochó nada.

Me pidió que siguiera luchando y que disfrutara la vida junto a Lucas.

No quería perderlo.

Y tampoco quería abandonar mi sueño de crear el mejor videojuego que pudiera tener la industria del entretenimiento.

—Te lo prometo, mamá. Esta vez no fallaré. Haré que estés orgullosa de mí, donde sea que estés. Te quiero con todo mi corazón.

Capítulo treinta

Izan Herrera

Bloqueó mis llamadas y no respondió a ninguno de mis mensajes. Lo intenté durante días, con la esperanza de que me permitiera dar mi versión. Incluso fui hasta el edificio de Bosch Cyber Defense Solutions, sin embargo, me negaron la entrada sin darme oportunidad de excusarme. Estaba tan desesperado que pensé en ir a su casa. Aun así, no quise cruzar esa línea ni molestarlo más de lo que seguramente ya estaba.

Al final, respeté la distancia que él decidió poner entre nosotros, aunque me consumiera por dentro. Lo extrañaba y necesitaba disculparme con él por el audio que Miki reprodujo en su cumpleaños.

Erik me acogió en su piso y hasta me ayudó a conseguir un nuevo empleo. En las horas que no estaba sirviendo mesas, me sentaba a los pies de la cama y, con un viejo portátil, seguía desarrollando mi videojuego.

Estaba a punto de salir para trabajar cuando un número desconocido apareció en la pantalla de mi teléfono. Sin dudarlo, descolgué y atendí la llamada.

—¿Hola?

Solo pensar que podría ser Lucas aceleró mi corazón como un idiota. Era patético, pero no podía evitarlo.

—Buenos días, Izan. Soy Arthur Moore —por un lado, me decepcionó, pero por otro, podía aprovechar la llamada para pedirle que me pusiera en contacto con él—. Te llamo porque necesito verte. ¿Podrías venir al club Ébano?

—Por supuesto —respondí.

Le pedí a Erik que me cubriera el turno y salí corriendo hacia el local de Arthur. Tomé una buena combinación de autobuses y en una hora ya estaba en el club, donde me reencontré con Lucas después de diez años.

A diferencia de aquella noche, no había nadie, salvo un par de trabajadores que arreglaban la sala principal por si se repetía la subasta de sumisos y amos.

Arthur me atendió de inmediato y me pidió que lo siguiera hasta su despacho. Me sirvió un café y se sentó frente a mí con el rostro serio, como si estuviera a punto de darme malas noticias.

—No sé qué habrá pasado entre vosotros. Esta mañana me llamó Lucas y me pidió que finalizara el contrato. Faltaban cinco semanas, lo que significa que recibirás una compensación mayor a la acordada por incumplimiento.

Me quedé paralizado.

No quería su dinero.

Solo necesitaba que me escuchara.

—No lo quiero.

—Izan...

—Por favor, Arthur. Ponme en contacto con él —supliqué—. Malinterpretó mis palabras. Jamás quise hacerle daño. Le devolveré todo el dinero que gastó en mi madre y en mis caprichos. Juro que le daré hasta el último céntimo. Por favor —se me cristalizaron los ojos—, necesito hablar con Lucas.

Arthur negó con la cabeza.

—No puedo desobedecer la orden de uno de los miembros del club —¿A quién quería engañar? Lucas no pertenecía al club y mucho menos era un amo—. No obstante, me dejó un mensaje para ti. Me dijo que siente muchísimo la muerte de tu madre, que lamenta que sucediera la noche en la que os tuvisteis que separar. Me pidió que te diga que no seas imbécil y que aceptes el dinero para finalizar ese juego de marcianos —alzando una ceja, confundido—. Y que, por favor, no vuelvas a ponerte en contacto con él. Es lo único que te pide.

Quería que me lo gritara en la cara, que se desahogara conmigo, no que se despidiera a través de Arthur como si no mereciera ni su rabia. Sus palabras me dolieron; cada una me atravesó el pecho como una maldita daga, aunque hasta el final quisiera lo mejor para mí.

Al levantarme, arrastré la silla hasta derribarla.

—No quiero su dinero —insistí.

Arthur se levantó y posó una mano sobre mi hombro.

—Conozco a Lucas desde hace años, y nunca lo vi tan destrozado como ahora. Dale tiempo, Izan… Es lo único que puede hacerle replantearse las cosas.

Salí del club con el corazón hecho trizas, convencido de que lo había perdido para siempre justo cuando, por fin, entendí lo que realmente sentía por él.

«*Me he enamorado perdidamente de Lucas*.»

***

Al llegar a casa, me tumbé sobre la cama y Erik me hizo compañía. Intentó animarme, proponiéndome salir un rato para distraernos y no pensar en nada más.

Mi teléfono sonó y ni siquiera quise leer el mensaje.

—Es un ingreso del banco —Lucas no tardó en hablar con sus gestores financieros para transferir el supuesto dinero que me debía por no haber cumplido con el contrato de seis meses—. ¿Qué harás con tanto dinero?

—No lo quiero.

—Pero…

—No es mi dinero, es suyo.

No estaba dispuesto a escucharme, y yo no aceptaría ese pago como compensación por no haber sido mi amo hasta el final.

Capítulo treinta y uno

Izan Herrera

Pasaron meses y logré terminar el desarrollo del juego. Las noches se me hicieron eternas, porque trabajaba por las mañanas y, en mis ratos libres, corregía bugs y hacía ajustes de última hora. Solo me faltaba contactar con un ilustrador para el arte promocional y con alguien que pudiera ayudarme con la estrategia de marketing. Y, sobre todo, necesitaba encontrar una distribuidora que creyera en el proyecto tanto como yo.

No perdí el mal hábito que adquirí al separarme de Lucas, y le enviaba un mensaje cada semana para preguntarle cómo estaba y si todo le iba bien. Nunca respondió, pero yo seguía sintiéndome cerca de él, aunque solo apareciera una palomita en lugar de las dos que confirmaban la entrega.

De repente, un día, me llamó Miki. Insistió en que quería hablar conmigo, y acabé yendo al centro de rehabilitación en el que estaba internado tras haber recaído en las drogas.

—Puedes burlarte de mí por haber vuelto a caer en la misma mierda que, irónicamente, es lo único que me mantiene en pie —me lanzó una mirada seria y golpeó la mesa con impaciencia—. Lo siento.

—No deberías disculparte conmigo. Más bien con tu hermano.

—Hace meses que no veo a mi madre, es imposible contactar con él. ¿Tú has hablado con Lucas?

—Me ha puesto en la lista negra por tu culpa.

Miki rio.

—No te puse una pistola en la cabeza para que dijeras todas esas cosas. Al igual que no te obligué a ser un capullo con él en el instituto —se cruzó de brazos—. ¿No crees que ya eres lo suficientemente mayorcito para hacerte responsable de tus cagadas?

En eso tenía razón.

—No dejaste de presionarme.

—Solo quería saber si tenías una relación con Lucas.

—¡Sí! —me harté de esconderlo—. La tuve. ¡Y fui feliz, joder!

Ni siquiera se sorprendió.

—Ya lo sabía.

—¿Qué?

—El tal Óscar, el exnovio de Luc, me vendió unos cuantos vídeos que grabó con la cámara que dejó en la habitación de mi hermano. En uno de esos vídeos salías tú… ¡Mierda! Eso sí que fue repugnante.

—¿Óscar Vellido?

—Sí, el actor.

—Hijo de puta.

—También quería vengarse de Lucas por haberlo dejado por un don nadie llamado Izan Herrera. En cuanto salí del centro, me contactó y me convenció para soltarle dinero a cambio de unos vídeos que, según él, conseguirían humillarlo —se cruzó de brazos, y la ira que antes sentía hacia su hermano… parecía haberse esfumado—. Tienes razón. No sé por qué quiero hacerle daño. Ni siquiera entiendo por qué me afecta su indiferencia. Lucas podría haberme dejado sin un céntimo, tirado a la calle, y permitir que las drogas me mataran. No importaba cuánto insistiera mi madre: si él se hubiera negado a ayudarme, hoy estaría muerto.

»Me da igual el tipo de persona con la que se acueste. Solo lo usé como ataque porque pensé que le dolería hasta el punto de perder la cabeza. No te imaginas las cosas que he hecho yo por conseguir una raya de coca cuando no tenía nada en efectivo. Así que el hecho de que Lucas y tú tengáis una relación… me da igual. Ya me he cansado de joderlo sin motivos. He sido un cabrón y me he rendido.

Lucas no lo perdonaría con tanta facilidad.

Ni siquiera a mí.

Pero lo que hizo Óscar… eso tampoco tenía perdón.

—Si te preguntas qué hice con Vellido, puedes quedarte tranquilo. Estará un tiempo sin actuar.

—Lucas me pidió que no volviera a contactar con él.

—Eso solo puede significar una cosa.

—¿El qué?

—Que está enamorado de ti —echó la cabeza hacia atrás y se balanceó sobre la silla—. Tus palabras le rompieron el corazón. Fuiste un cabrón, Izan.

—Me dan ganas de partirte la boca otra vez.

Su risa estalló por toda la sala y captó la atención de los otros pacientes.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—No, gracias.

—Te lo daré de todas formas —dejó caer la silla y esbozó una sonrisa—. Si algo sé de mi hermano, es que no le cuesta olvidar a la gente… salvo a quienes de verdad le importan. Puede que lleve meses desaparecido; no te rindas. Cuando esté mejor y tú sigas ahí, entonces te escuchará —se levantó con la intención de volver a su cuarto, y antes de irse, me recordó algo que conocía de primera mano—. Además, estamos hablando del pequeño Luc. Él es mejor persona que nosotros, que somos unas mierdas andantes.

Me había dado un consejo inútil.

Aunque me alegré de que no me llamara solo para seguir sembrando el caos.

***

Erik llegó jadeando a mi habitación y se dejó caer sobre la cama mientras yo terminaba de enviar unos correos electrónicos. Se le notaba nervioso, tenía la frente empapada en sudor, y me arrebató el portátil para obligarme a prestarle atención.

—¿Estás bien?

—Mmmm… sí.

—¿Seguro? ¿Qué pasa, Erik?

Su expresión no cambió, y eso solo hizo que me preocupara más. Se cruzó de piernas sobre el colchón y me sujetó la mano para evitar que saliera corriendo.

—He hablado con el señor Ruyman y me ha dado una noticia: esta misma mañana ha adquirido el edificio de BCDS. Lo ha comprado por el doble de su valor —explicó. Lo primero que pensé fue que Lucas estaría haciendo negocios porque habría fichado otro edificio más grande y con mejores vistas—. Lo que intento decirte es que Bosch se mudará a Alemania.

Él me dijo que no se iría.

—Llevan días vaciando las oficinas, y muchos de sus empleados ya se están mudando a Baden-Baden.

El mundo se me vino abajo en ese instante. Todo lo que creí que podía recuperar parecía escurrirse de entre mis manos. Erik también me confesó que Lucas se marcharía esa misma noche en un avión privado, antes del amanecer.

Pensé en mi madre y recordé la carta que me dejó escrita con amor y esperanza, deseando que mi vida fuera mejor junto a la persona de la que me enamoré. Me pidió que fuera feliz al lado de Lucas, pero él había decidido alejarse de mí.

¿Cómo podría hacerlo feliz si me detestaba?

Si ni siquiera me dio la oportunidad de pedirle perdón y lamentar mis palabras asquerosas y todos los actos horribles que cometí contra él.

Mi amigo me sacó de aquellos pensamientos dolorosos y me dijo:

—Si realmente no quiere estar a tu lado, que te lo diga mirándote a los ojos. Y si de verdad es así, tendrás que rendirte, Izan. Pero todavía tienes una oportunidad.

Tenía razón. Podía intentarlo una vez más.

Me abrazó para mostrarme su apoyo y comprensión, y me dejó las llaves de su scooter. Salí del piso y esperé a que me enviara la dirección de la pista privada. Sin pensarlo dos veces, arranqué el motor y dejé que el GPS me guiara por las calles de Barcelona.

Llegué a la pista con el cielo ya oscuro, y estaba llena de seguridad. Quise colarme entre los trabajadores, aunque fue imposible. Tenían órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie que no fuera a abordar el jet privado.

—No puedes pasar —me advirtieron.

—Por favor.

—No.

Me dieron ganas de golpearle la entrepierna y arriesgarlo todo para que Lucas me viera; sin embargo, no quería acabar en prisión ni con antecedentes que arruinaran mi vida.

El corazón me latía tan fuerte que apenas escuchaba las amenazas de los guardias. Me aferré a la verja metálica y escaneé con desesperación a los hombres que se movían por la pista.

Hasta que lo vi.

Lucas estaba a punto de subir al jet privado.

Y entonces perdí el control de mi voz.

Salió rota, desgarrada; aun así, grité su nombre.

—¡Luuuuucaaaas!

Uno de los hombres me agarró de la chaqueta de cuero y me tiró al suelo.

—¡Cállate! Me estás dando dolor de cabeza.

«*No, no te vayas, por favor*.»

—¡Lucas!

Se detuvo un instante, pero no me miró.

«*Por favor, gírate*.»

Sabía que estaba a unos metros de él, y aun así siguió avanzando.

«*Ni hablar. Quiero que me mires a los ojos y me digas que no puede haber nada entre nosotros dos*», pensé, mientras me incorporaba y encaraba a los guardias, que medían más de dos metros y parecían sacados de un equipo de lucha libre.

—Qué os jodan.

Aproveché que era más delgado para colarme por un hueco entre las rejas. Salieron corriendo detrás de mí, y yo aceleré lo que pude, gritando con todas mis fuerzas.

Por primera vez, en seis meses, pronuncié la palabra de seguridad:

—¡Duuuulceee! —él no se detuvo—. ¡Duuuuulceee! —me quedaba sin aliento y la pista parecía interminable—. Duuu… Duuulceee.

Uno de los tipos me alcanzó, y caí al suelo golpeándome la barbilla. Enredó mis piernas con su brazo para impedir que me

levantara y siguiera corriendo tras Lucas.

—Por favor, Lucas. ¡Dulce! ¡Dulce! ¡Duuuulceeeee! Por favor…

Lo perdí.

No necesité levantar la cabeza para saber que ya estaba dentro del avión.

Y me lo merecía.

—Lo siento —golpeé el asfalto, destrozándome los nudillos—. Siento haberte hecho daño. Me arrepiento de haberte golpeado e insultado en el instituto. Estoy muy, muy arrepentido por haber insinuado que era asqueroso estar a tu lado, cuando en realidad ha sido lo mejor que me ha pasado. Y me duele haber dicho la palabra de seguridad demasiado tarde. ¡Joooodeeeer!

Mis lágrimas se mezclaron con las gotas de sangre. Y repetí, una y otra vez, de forma sincera, la palabra que creí que lo detendría:

—Dulce. Dulce. Duuulceeee.

El guardia me soltó y quedé tirado en mitad de la pista.

—No me abandones —supliqué—. No me queda nadie más. Eres el único que me ha querido sin esperar nada a cambio. Por favor, Lucas. No te vayas.

Cuando estuve a punto de gritar "Dulce" una vez más, una mano se posó sobre mi cabeza y me dejó inmóvil.

—Está bien —susurró. Lo miré con temor al escuchar su voz—. Lo he escuchado.

—Lu… Lucas.

Se arrodilló a mi lado y me lancé sobre él para abrazarlo e impedir que se marchara. Lloré en su hombro, descargando todo lo que llevaba dentro.

—No me dejes. Dulce. Por favor. Dulce. Quédate conmigo. Dulce. Te quiero.

—Shhh —susurró, presionando sus labios sobre mi cabeza—. No lo haré. No voy a irme a ningún lado.

Me secó las lágrimas y, antes de que ese momento se desvaneciera como un sueño, lo besé como si el mundo estuviera a punto de acabarse. Me aferré a sus labios como si pudiera desaparecer en ellos. Al principio, fue un beso torpe y desesperado, pero sus caricias lo transformaron en algo lento, firme y ardiente.

Entendí que, con su boca, me estaba prometiendo que no se marcharía. Porque, al final, él se convirtió en mi hogar.

Y aprendí a quererlo sin pensar en si éramos dos hombres.

Solo sabía que lo amaba.

Y con eso, ya me bastaba.

Capítulo epílogo

Izan Herrera

Dos años más tarde…

Mi móvil empezó a sonar en el peor momento de la mañana. Me estaba escurriendo por la silla de la oficina, pero aun así levanté el teléfono y atendí la llamada al ver el nombre de mi socio. Intenté contestar sin parecer agitado, me mordisqueé la punta de la lengua y lo saludé con la mayor naturalidad posible.

—Buenos días, David.

—¡Son mis mejores buenos días en años, Izan! —gritó tan fuerte que tuve que alejar el aparato de la oreja—. Te prometo que, si me cruzo con Lucas Bosch, le plantaré un beso en los morros —eso me molestó, y mucho—. Ese niño bonito me dijo que si quería ganar dinero invirtiera en tu estúpido juego. ¿Y adivina? ¡Las cifras de venta se han disparado! Es oficial… ¡Somos jodidamente ricos!

Sonreí y se me escapó un gemido que David alcanzó a escuchar.

—¿Estás bien?

—Sí… sí —miré bajo la mesa y me crucé con la mirada de Lucas. Fue capaz de esbozar una sonrisa incluso con mi miembro en su boca. Pasé mis dedos por su cabello y le rogué que parara; él continuó con la mamada, disfrutando de lo nervioso que me tenía manteniendo una conversación con el socio que me consiguió—. Estoy… muy feliz.

—Jamás pensé que multiplicaría mi fortuna gracias a un estúpido juego de bichos verdes —tuve que poner el altavoz porque no lograba sostener el teléfono—. Ya puedes moverte con tu equipo y aceptar todas esas entrevistas pendientes con los medios, influencers del sector, plataformas de streaming y hasta las grandes revistas de tecnología y videojuegos.

Antes de responder, le pedí a Luc que parara.

—Vas a dejarme seco —exclamé al sentir cómo lamía cada gota de presemen.

—¿Qué? —David me escuchó.

—Nada… nada —reí nervioso—. ¿Puedo llamarte más tarde? Me pillas algo ocupado.

—Está bien, está bien —repitió mientras seguía aplaudiendo—. Descansa y sigue con ese puto DLC que tienes en la cabeza. ¡Somos millonarios, joder!

Colgué antes de que sus gritos me dieran dolor de cabeza y pasé ambas manos por el rostro de Lucas. Siguió arrodillado entre mis piernas, disfrutando de la humillación que viví mientras no dejaba de succionar mi miembro.

—Felicidades —susurró, y en lugar de besarme, deslizó un beso dentro del muslo—. Has hecho un buen trabajo. Me alegra que cambiaras de opinión y no dejaras que el jugador solo tuviera una oportunidad.

Volvió a chuparme con una urgencia que me hizo perder el control, mientras su lengua jugueteaba de forma traviesa con la punta de mi polla. Dibujó círculos lentos y provocadores que me quemaban por dentro, y cada roce suyo era una caricia venenosa que me excitaba hasta hacerme desear correrme en su boca.

—Todo es gracias a ti. Me has… ayudado… muchísimo.

Me cansé de que solo se encargara de mi entrepierna, así que me liberé del tormento de su boca y logré que saliera de debajo de la mesa. Mis dedos se aferraron a su corbata roja y tiré para recibir ese beso que tanto ansiaba desde que me visitó a primera hora de la mañana.

Aunque Lucas no accedió con facilidad.

Alzó mi cuerpo de la silla gaming, me pegó a su pecho y me quitó el pantalón deportivo que me colgaba del tobillo. Caí sobre él y mis manos se deslizaron entre los botones de su camisa para tocar su pecho desnudo. Mi respiración estaba agitada, al igual que mi corazón. Froté mi trasero contra él y busqué su miembro, que estaba tan duro y listo para penetrarme que hasta dolía.

—Me gusta cómo ha quedado la oficina, y lo cerca que estás de mí.

Arropé su falo con mis manos y lo guie despacio hasta mi entrada. Cogí aire, me preparé y, sin más, me dejé caer sobre él,

sintiendo cómo me penetraba de golpe. Un escalofrío me recorrió al notar su dureza dentro de mí, caliente y palpitante, desatando todo el placer que recorría mi cuerpo.

—Básicamente estoy debajo de tu despacho.

Gemí.

Lucas no se quedó quieto y siguió follándome.

—Te quería lejos de esas personas que se pasan las horas jugando a League of Legends. Dicen que son muy buenos con los dedos, y me niego a pensar que uno de ellos pudiera fijarse en ti.

Que se pusiera celoso ante una probabilidad tan baja me hizo reír. Mientras saltaba sobre su polla, recogí su rostro, lo besé y solté lo que sentía por él.

—Te quiero.

En muy pocas ocasiones abría mis sentimientos, y las veces que me armaba de valor para decírselo a la cara, las podía contar con los dedos de ambas manos.

En cambio, él se quedó paralizado.

—¿Qué?

Quizás no lo escuchó entre los gemidos.

—Te quiero.

—Dilo otra vez.

Negué nervioso con la cabeza y bajé hasta esconderme en la curva de su cuello. Me atemorizaba la idea de confesarle cada día que lo amaba y que cualquier mañana terminara cansándose de mí.

—Izan —insistió.

Así que acudí a nuestra palabra de seguridad.

—¡Dulce! —grité.

Luc me alejó de su cuerpo y clavó sus ojos marrones en los míos. Me mostró su mejor sonrisa y nos levantó para tumbarnos sobre el escritorio.

—Le estás pillando el gustillo a detenerme cada dos por tres —no dejó de mover sus caderas—. Ni siquiera tenemos la habitación de juegos. ¿Por qué sigues usando la palabra?

Jadeé.

—Porque te detienes y no… me presionas.

Acarició mi mejilla que ardía del calor concentrado en el despacho y me besó. Lo hizo como si lleváramos años sin saborear la boca del otro.

—Yo también te quiero, idiota.

Confesó mientras empujaba su cuerpo sobre el mío, follándome sin piedad sobre el escritorio. Su polla entraba y salía de mí con ganas, cada embestida más salvaje que la anterior. Sentí cómo me corría de golpe al escuchar esas palabras y me retorcía entre sus brazos.

Lucas no tardó en seguirme; hundió su rostro en mi cuello y gimió mientras soltaba toda su leche dentro de mí, apretándome fuerte por la cintura.

—Te quiero —lo dije una vez más, sin temor.

Nunca imaginé que terminaría encontrando a la persona que me llenaría de paz y alegría en un club de BDSM. Gracias a Arthur Moore, me enamoré de Lucas Bosch y compartí mi vida con él, un regalo inesperado y hermoso que me cambió para siempre.

Fin.

Siguiente libro de
Millonarios y malvados
Entregado

Otros libros escritos por el autor

hombres sucios de la mafia
Bestia indomable
Ángel indomable
Pasión indomable
Furia indomable
Corazón indomable

Bandidos de carretera
Tentado por un motero (Próximamente)
Seducido por un motero
Cautivo por un motero

Bandidos de carretera
Arrogante
Entregado (Próximamente)

Contacta conmigo

Tiktok: @author.aserheart
Instagram: @author.aserheart
Correo electrónico: AserHeart@outlook.es